

Fragmento de *República Angelical*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989.

XVII

Cuando el Nash atravesó la talanquera de la finca, tomó por un camino que ascendía serpenteando entre la tierra bermeja hasta una casa de techo de guano levantada encima de un cerrito minúsculo. Bamboleándose, saltando sobre los camellones, enterrando los neumáticos hasta los ejes, el automóvil se fue aproximando a la vivienda. La lluvia fina que hasta hacía poco caía había cesado, y, Oscar Valdivieso, que venía al volante, detuvo los limpiaparabrisas. En el vehículo viajaban también Juvenal, director de *Alma Mater*, y Washington Paniagua, el integrante de la delegación del Directorio en Santiago de Cuba, incorporado como miembro pleno al de La Habana desde que, a finales de la dictadura, huyó de Oriente luego de un atentado contra el gobernador de la provincia.

Ayer, luego de que el día anterior Angel, después de una carrera loca despistara en la Quinta de Dependientes a sus perseguidores, y dejaran a Cástor en el Pubillones, el Directorio había sostenido una reunión en la clínica Quintana, el cuartel de Pro Ley y Justicia. En ella, no sin que se escuchara la vacilación de algunos que pidieron entregar al traidor a la justicia, se ratificó lo que todos preveían calladamente desde los inicios de la cacería: serían ellos mismos, convertidos en tribunal, quienes lo juzgarían. Angel, el último en pronunciarse durante el debate, quizás apretando en la mano el rosario que solía llevar en el bolsillo, con la vista nublada, fue quien dijo las palabras finales. Expuso que si bien sospechaba que había en ellos demasiado deseo de venganza, no tenían derecho a esperar por ninguna otra justicia que viniera "de la tierra o el cielo". Entonces, fijaron la celebración del juicio para el día siguiente.

En la casa, antes de salir, Oscar sólo había tomado café, porque desde el comienzo de la huelga de los panaderos, que siguió a los del Sindicato de Bahía y la de los torcedores, escaseaba el pan. En el trayecto, malhumorado, tuvo muy pocas ganas de hablar. Solamente en Neptuno, al pasar frente al Encanto, el cinematógrafo de decorado morisco, se obligó a romper su silencio. Al ver las carteleras exteriores, Washington había comentado: "Hoy estrenan *Las explotadoras de 1933*, con Joan

Blondel." El repuso: "Ya esa está vista aquí hace rato..." Washington, sorprendido, aseguró que no, que en el anuncio decía estreno. "Pues está equivocado. Ya esas se estrenaron aquí, hace muchos años: la Compañía de Electricidad, la de Gas y la de Teléfonos." Después volvió a un mutismo del que no salió en todo el viaje. Sabía a qué se debía su malhumor. ¡Y cómo no!, si apenas había dormido durante la madrugada. No sólo porque eran demasiados la tensión, los jaleos, los correos y todo este vendaval en el que se veía envuelto, y por lo que estaba seguro de que después iba a recordar las imágenes de estos días como esas que se divisan desde un carrusel, sino también porque en la cama, cuando ya creía que iba a dormir de un tirón, incluso a pesar de que se había sentido extrañamente anhelante por la noticia de que Lila Fraga, de un momento a otro llegaría de México, y con cada uno de los átomos de su cuerpo macerado por el cansancio, comenzó a interrogarse sobre lo que le esperaba al despertar. El pensamiento le provocó un escalofrío súbito, intenso, y allí quedó durante no sabía cuanto tiempo con los ojos abiertos, recordando el incidente que esa noche habían protagonizado su padre y él.

Durante la comida Clara Luz le había preguntado por la reapertura de la Universidad. El le respondió que sería después de que depuraran el claustro, pero que ahora no tenían tiempo para andar pensando en las clases. Debían preocuparse por cuestiones más trascendentes. El padre le salió al paso. Hablaba poco, pero cuando lo hacía era duro, como para cortar toda réplica. "Déjense ya de tanta revolución. Ustedes no son los salvadores del mundo", dijo. Colérico, le contestó que por actitudes como esa Cuba estaba como estaba. Para refutarle, su padre sacó a relucir una letanía a la que últimamente se aferraba en cada disputa: afirmó que con el país en ruinas lo único que se podía hacer era trabajar y tranquilizarlo, para que los norteamericanos firmaran el nuevo tratado comercial y concedieran su ayuda. Comprendía que esa forma de pensar de su padre era hasta cierto punto lógica. No le quedaban ilusiones. La vida, día tras día, en aquella oficina de la Zona Fiscal, terminaba expulsando los sueños, dejando a los hombres reducidos a espectros y sirviéndoles de meros riñones a la situación. Sin embargo, no pudo contenerse y, tal como acostumbraban a decir altisonantemente en los manifiestos, le campaneó que eso lo repetían los que como él pertenecían a una generación irrevocablemente atada a un pasado injerencista y claudicante y, por lo cual, la actual generación tenía encima la tarea de solucionar lo que "por falta de pantalones" no habían hecho ellos. Resultado: su padre se levantó de la mesa sin terminar de comer. Pero quizá el malestar que

este reveló estuvo causado realmente porque esa tarde había encontrado unas panfletos comunistas que él, en un descuido, había dejado olvidados en la sala. Puyí Domingo se los había entregado un rato antes, en el café Vista Alegre, cuando en compañía de Jabalina tomaban algo.

Y aquella evocación de Jabalina, le inculcó una nueva sensación de disgusto por no haberle informado de lo que se proponían hacer hoy. Lo mortificaba pensar que si no lo había hecho era porque no había podido rebasar el paraván mental, que seguía levantado entre ambos grupos estudiantiles. Total, no sabía para que mantenía tanta fidelidad a su bando si de ningún manera Felo, Horta y René, llegarían nunca a aceptarle la postura que mantenía desde la prisión. ¿Acaso no conocía que, a pesar de todo, no lo miraban como a uno de ellos, sino como a un ajeno, soportable sólo hasta que alguna vez decidiera largarse del Directorio? Estaba seguro que ellos esperaban lo hiciera un día cualquiera. A él, qué le debió importar lo que pensarán. Debió haberle dicho a Jabalina que hoy juzgarían a Cástor. Y, finalmente, en medio de la madrugada, halló una explicación de por qué no se lo había confesado: era a causa de la lealtad a sus principios. Por algo, como lema de su vida, tenía uno: fiel a sus convicciones. Como en la reunión de la clínica no había expuesto su criterio de que, por un deber ético, debían avisarle al Ala, no se creyó con derecho a hacerlo.

Mientras, el auto llegó al costado de la vivienda de la finca y se detuvo junto a los seis o siete hombres que estaban allí. Después de un saludo seco, circunspecto, le indicaron que metiera el vehículo detrás de un cobertizo levantado a unos metros, donde ya estaban otros autos.

Luego, él y sus acompañantes vinieron hasta donde estaba el grupo.

Oscar, se dirigió directamente adonde estaba Angel y le preguntó por el número de miembros del Directorio que ya estaban allí. Angel le dijo que entre los que esperaban en la casa y ellos el total no llegaba aún a la docena. Oscar sabía que la mayoría de las caras que estaban en el exterior, no correspondía a la de los miembros de la organización. Por un momento, su vista se tropezó con la del doctor Vega. Dejó a Angel con la palabra en la boca, cuando este le subrayaba que todavía faltaban Horta y Felo, y se aproximó al abogado cincuentón, que había sido el ponente del programa estudiantil. Le estrechó la mano. El abogado estaba serio, sombrío. "Esto es una tragedia", comentó, y Oscar asintió. De inmediato, mientras sentía el cloqueo de las gallinas, el trino de los pájaros y el

canto de los gallos, que creaban un ambiente especial en la mañana caliente, Oscar descubrió que nada tenía que decirle al abogado.

En ese momento vieron aparecer tres autos. Sin quitar los ojos de la senda, los esperaron. En el delantero venían Horta y Felo Moreno. Oscar, sin esperar a que llegaran y con un deseo de demostrarse a sí mismo y, quizá de evidenciar su independencia -de lo cual posiblemente nadie se iba a percatar-, echó a andar hacia la casa de tablas de palma. Cruzó delante de unos crotos, subió por una escalerita de tablones que ascendía hacia la puerta de la vivienda sostenida sobre unos pilotes de un pie o dos de alto, que la hacían aparecer como atornillada sobre la superficie, y entró en la sala. Todas las personas que aguardaban allí eran hombres. Ninguna de las compañeras del Directorio femenino estaba en el lugar. Oscar conocía la razón. En la reunión, a propuesta de Horta, se había decidido que no acudieran a la cita para que no se complicaran en lo que sucediera. El lo aceptó. Sin embargo, después se preguntó por qué si las muchachas una y otra vez se habían comprometido en hechos mucho más peligrosos, no las habían dejado asistir. Era absurdo, se confesó y, mortificado, trató de precisar cómo le funcionaba ese mecanismo retardante, que siempre le hacía llegar a conclusiones cuando el momento para establecerlas ya galopaba a su espalda. En aquel instante se dijo que le hubiera gustado tener la agilidad de juicios de Horta o la resolución de Felo, pero luego rechazaría estas comparaciones por inútiles. Cada quien, era como era.

Se aproximó a la salida posterior de la sala. A través de la puerta del aposento contiguo, en lo que era el patio de la casa, delante de una arboleda, distinguió una tendedera con ropa colgada. Siguió y se asomó a esa habitación inmediata. Era el comedor. Y, de pronto, en aquella estancia de piso de cemento, esmerilado por las pisadas, descubrió a dos hombres sentados junto a la mesa del comedor. No los cubrían los sombreros de yarey usados por los campesinos para protegerse de los solazos, no vestían de mezclilla, no usaban polainas, no cargaban machetes ni tenían tatuado una y otra vez sobre la piel el color opaco que deja el sol. Quien le quedó de frente volvió la vista con una mirada de una tristeza inmensa. Tenía el rostro picado por antiguas huellas de acné y, con un movimiento de sus labios, lo saludó. El otro, que sostenía sobre sus piernas un winchester 30-30, le dijo solamente: "Hola". Quizás fue ese encuentro, a la vez esperado e inesperado, pero más desagradable de lo que hubiera imaginado, lo que le hizo volver la espalda y marcharse a la sala casi sin notar, a través del

vano de entrada, a un lado, un recinto de piso tierra, donde estaba una montura sobre un burro de madera, unas sogas sobre la mancera de un arado y un yugo para los bueyes.

Encabezados por Felo y Horta, al fin vio aparecer por la puerta de la sala, a los que estaban frente al cobertizo. Ambos estudiantes se colocaron al centro, como para que los demás los rodearan, y enseguida dijeron: "Es necesario comenzar de inmediato. El ejército, la policía y el ABC están por todas partes. En cualquier momento pueden descubrir el sitio y producirse un enfrentamiento."

Jordi Prats, el hombre nacido en Villafranca del Panadés, tenía un semblante rubicundo. De sus cuarenta años unos cuantos los había vivido en Cuba, adonde llegó siendo ya militar. Precisamente por esa razón y por cuenta de un caballo, había viajado a la isla. Años atrás había ingresado como quinto en una aldea cerca de Tarrasa, donde trabajaba la tierra como payés. Después, pudo pasar a la caballería y, por su enternecido amor a los equinos, llegó a palafrenero del tercio de caballería número 1 de Cataluña. Por tanto, el perfume más placentero para él era indudablemente el de un establo. A tal punto que, como elemento escogido, fue destinado un día a la propia Guardia Real y posteriormente a la regalada del rey. Cuando ya ostentaba el grado de sargento lo sorprendió la noticia. El soberano le obsequiaba uno de los sementales más exquisitos de su cría al Presidente de Cuba, que parecía tan amante de estos cuadrúpedos como Jordi, pues el lema de sus campañas electorales, a diferencia del que después había usado el Mocho de "A pie", era "A caballo". Y él, con aprobación de la corona, fue escogido para conducir el corcel hasta poner sus bridas en las propias manos del Mayoral, como después se enteró que motejaban al Presidente. Jordi Prats era un tipo rústico, pero como buen catalán, un hombre listo. Aquello era una ocasión que ni pintada para conocer "las indias", y sobre todo para zafarse por algún tiempo del compromiso posible de ir a Ceuta, Melilla o Tetuán. "Porque cualquier día de estos, como están los moros de levantiscos, me cambian de destino y tengo que ir a pegarme tiros con esa gente, y ¡ni hostia! que a mí no se me ha perdido nada con la morería.", se decía. Y un mes de octubre Jordi Prats embarcó con su caballo rumbo a Cuba.

Cuando el vapor atracó en el muelle de Caballería (evidentemente su destino se cruzaba con todo lo equino y lo ecuestre) se preguntó quién sería el personaje tan importante que sin el saberlo viajaba a bordo. El muelle estaba embanderolado y una banda de música y una guardia de gala esperaban en la explanada, listas a rendir honores al recién llegado. Al subir a cubierta aquel comandante, ayudante del Presidente de la República, y el ministro español en Cuba, el capitán del buque los llevó hasta él, que todavía no tenía la menor idea de lo que se trataba. El comandante, muy protocolarmente, después de saludarlo, le preguntó cómo había hecho el viaje.

-Muy bien, a Dios gracias.

-No, usted no, el caballo.

-¡Ah! perdón -respondió confundido-. Pues muy bien, ni se ha mareado.

-Entonces prepárelo para rendirle el saludo.

Rápidamente fue al establo donde se encontraba Mulhacén y le pasó la raqueta. Por una pasarela colocada expresamente lo condujo hasta el espigón y, mientras Jordi, orondo, con las bridas en la mano, paseaba al equino por delante de todo aquel gentío apiñado en las cubiertas del buque y el muelle, la banda de música comenzó a ejecutar una marcha, a la vez que la guardia presentaba armas. Jordi comprendió que su amor por el semental, a esa hora, rebasaba todo lo imaginable. Gracias a él, recibía por primera vez en su vida un honor tal.

Pero todavía faltaba más. En días posteriores, en ceremonia solemne, después de un entorchado discurso del ministro de España en Cuba, tuvo el privilegio, luego de un pomposo saludo militar, como le habían indicado en el ensayo, de poner las bridas en manos del propio Presidente. Llevaba el pedigree del caballo en la mano, en un *stud-boock* atravesado con una cinta roja y gualda en cuya tapa, impreso en oro, aparecía el escudo real español. También, ceremonioso, hizo entrega de la carpeta al ministro y este al Presidente. Luego el mandatario, eufórico, una vez que mostró la bestia

a sus secretarios de despacho, se volvió hacia él y le estuvo preguntando por las características del animal, de que lado tiraba, sus mañas y veinte detalles más. Jordi Prats hizo gala de grandes conocimientos hípicas. El Presidente no se quedaba atrás. El ministro, que lucía casaca rameada y bicornio de plumas blancas, se sentía alborozado. Parecía pensar en las alturas a que estaba llegando su misión en Cuba, y que gestos como este borraban viejos resabios entre países que eran como madre e hija. Entre ellos, las huellas de las guerras, que en todo caso habían sido peleas de familia. ¡Qué rico informe dirigiría al Palacio de Oriente, todo lleno de relinchos gozosos!

Por eso, cuando el Presidente le dijo al diplomático que sería conveniente para el cuidado del animal, que el sargento se quedara un tiempo, hasta que algún palafrenero criollo se compenetra con él, no pudo responderle otra cosa:

-Excelencia, lo que usted diga. ¡Hecho!

Nadie se acordó de preguntarle a Jordi si accedía. Pero estaba de acuerdo. Ya había recorrido La Habana y visto aquellas mozas que lo dejaban embrujado. ¡Y había que ver! Unas eran blancas, rosadas y rubias -a veces oxigenadas- como las gallegas; otras de piel morena y ojos negros de remembranzas moriscas -¡ay de mi alhama!- como las andaluzas; pero sobre todo había unas tías negras y guapas, rotundas, desquiciantes, estremecedoras. La isla era el edén. Lo único que estos cubanos tenían un sentido de la guasa ¡que vaya usted a ver! Al poco tiempo, a causa de una falta de cortesía de Mulhacén, que tuvo la mala uva de descabalar al Presidente, le sacaron una conguita burlona al regalo, al Presidente y al rey.

Los fines de semana, cuando el primer magistrado llegaba a su quinta de El Chico, allí estaba Jordi, al pie del cañón, es decir, del caballo. Las conversaciones sobre el tema eran largas. Y él vivía ufano de su cuadrúpedo. De manera que cuando un día el propietario le dijo:

-Sargento, ¿qué pensaría usted de quedarse permanentemente aquí? -no vaciló en la respuesta.

-Con mucho gusto, Excelencia. Por mi parte, mande usted.

No se entristeció ni un segundo cuando, al llegar el nombramiento de sargento en el Ejército Nacional, cambió de uniforme. Sólo olvidaba una cuestión. Cuba no era una monarquía sino una república y, cuando el Presidente terminó su mandato, le dieron un nuevo destino. Casi lloró cuando se separó de Mulhacén. Pero más se afligió cuando lo mandaron a trabajos de intendencia. Rodando y rondando fue a parar al batallón de trabajos mecánicos, en el cuartel de San Ambrosio, y ahí tiraba sus días mientras continuaba añorando los caballos con un pesar tan hondo que estremecía a cualquiera que lo viese, pero ya estaba tan ajustado a Cuba que ni pensar en volver.

Esta mañana, al incorporarse en la litera, había comprobado que durante la madrugada tuvo malos sueños. Después, ojeroso, dando tumbos, con la toalla colgada del hombro, se acercó a la ventana del dormitorio y miró la mañana. Estaba pálida y brumosa. Parecía que una llovizna fuese a descender sobre el puerto. El sol, que apenas comenzaba a alumbrar, era lo suficientemente tímido como para anunciar que ya en la tarde iba a esconderse totalmente detrás de un manto de nubarrones y que un chinchín comenzaría a caer. Eso lo ponía de mal humor, porque de todas formas la sofocación seguiría sintiéndose hasta la noche; el agua no refrescaría y por el contrario la evaporación produciría más calor. Eso pensaba cuando de pronto recordó la visita que la noche anterior había hecho al cuartel el sargento Felipe, ese de Columbia. Había llegado bastante tarde y, de inmediato, comenzó a agitar a los alistados. Mencionaba, como si fuera la espada de Espartero, que era hora de luchar por el decoro y la vergüenza del soldado, y que la dignidad de este era cuestión fundamental; que nunca más debían ser obligados a meterse a chivatos de la propia tropa y que para ellos, desde el jefe del Estado Mayor hasta el último oficial debían tener el mayor respeto y, así, un montón de cosas más, por la conquista de las cuales, si era necesario, merecía la pena ir a parar a los calabozos o ante el propio pelotón de fusilamiento. Cuando los soldados hablaron de que los pesos para el vestuario se les debían dar en efectivo, les confirmó que eso también era necesario demandarlo. Si no, la insubordinación era un deber. También informó, que en la mañana se iba a celebrar una asamblea en Columbia, y propuso que designaran delegados. "Si los mandos se resisten a cumplir nuestras demandas, nos echamos arriba los aparatos y les tomaremos los cuarteles", aseveró. Los sargentos, los cabos y los alistados, al principio confusos, aceptaron por último la propuesta y hasta se mostraron eufóricos. El qué iba a decir; también asintió a todo. Quizás fue esa la razón de que,

con veinte o veinticinco más, lo designaran para participar en la reunión. ¡Qué imbéciles, qué chiflados! ¿No se daban cuenta de que lo tramado constituía un delito militar? Pero este hombre los había soliviatado y bien soliviantado. ¡Había que ver cómo quedó aquello! Parecía una ramería tocada a sometén. A él, el instinto le dijo que tuviera cuidado. Y cuando se levantó ya tenía una decisión tomada. No quería terminar sus días expulsado a Barcelona o Madrid, y mucho menos en un calabozo de La Habana acusado de un delito de sedición.

Jordi Prats se vistió y se fue a ver a otro sargento. "¿No sería bueno poner todo esto en conocimiento de la superioridad?", tanteó a su colega. El otro sargento asintió, pero propuso hablar con otro más. Y el tercer militar, después de pensarlo, estuvo de acuerdo con ellos. Finalmente, casi una hora después de haber pedido los recibiera el jefe de San Ambrosio, este les permitió pasar a su oficina.

Cuando entraron en el despacho, el teniente coronel Erasmo Hernández parecía redactar unas órdenes.

-¿Una asamblea de alistados en Columbia? ¿Y autorizada por el Estado Mayor? ¿Ustedes están locos o qué? -exclamó sorprendido el oficial.

Pero de pronto pareció cambiar de actitud y pasar a una más cauta.

-Miren, asistan. Pero cuando regresen quiero conocer todo lo que allí se haya hablado. ¿De acuerdo? -dijo.

-Según la información, a las once se va a celebrar una asamblea en Columbia. Parecen tener un plan sedicioso. ¿Procedo a arrestarlos? -dice, atropellando las palabras, el teniente Pichegrú, mientras sostiene contra su oreja el auricular del teléfono. Está visiblemente excitado.

Momentos antes, allí, en el quinto distrito, en el cuartel Abalo de la calle Dragones, unos sargentos le habían hablado al teniente Montoro, que está junto a él, de una gran reunión que iba a tener lugar

esa mañana en Columbia. Le explicaron que la intención era organizar una protesta contra la rebaja de los sueldos y las plantillas y el desorden en el país. Ellos querían proponer la modificación de la ley de retiro, para que las pensiones fueran el setenta por ciento del salario. Al final lo dejaron estupefacto cuando le propusieron elegirlo jefe del distrito "...porque usted es una persona decente y con usted no tenemos problemas". El teniente se sintió mareado. Creyó por un momento que la tierra se le iba de los pies y, al terminar, salió a toda prisa para la jefatura. Pero no pudo localizar al comandante de la unidad. Así que fue a buscar al oficial de día. El hombre que ocupaba esa función tenía un rostro que parecía modelado a hachazos, cabeza braquicéfala y pelo muy corto. Luego de contarle lo sucedido, le dijo que había reprendido a los sargentos por esa conducta. ¿Cómo era posible que se les ocurriese una cosa tan descabellada?

Pichegrú se paseó por la habitación y por fin hilvanó una idea. Sabía que el comandante no vendría en la mañana. Tampoco el ayudante había llegado. Por eso, tomó el teléfono y llamó al Castillo de la Fuerza y pidió hablar con el jefe interino del Estado Mayor. "Salió esta mañana para provincias, con el señor Presidente, a inspeccionar los daños del ciclón", le informaron. Entonces, pidió hablar con el teniente coronel Quesada y, cuando este respondió, le explicó lo ocurrido.

-Cálmese, teniente -escucha, ahora, que le dicen del otro lado-. He sido informado desde ayer de esa reunión de los alistados. Está aprobada y he dado instrucciones de que no se les moleste. Usted no haga nada, y déjese de esas preocupaciones.

Pichegrú sacude la cabeza. Casi no cree lo que está oyendo. ¿Será verdad que habla con el Estado Mayor?

-¡Pero óigame, teniente coronel...!

-Ya le dije lo que había. ¿No entiende, teniente? Además, para la próxima vez déjese de estos procedimientos desordenados y fuera de los conductos, ¿eh?

Esta vez el tono del alto militar que le habla desde el otro lado de la línea es lo suficientemente

imperativo, como para que de inmediato Pichegrú frene sus impulsos.

-¡A la orden, mi teniente coronel! -responde, y cuelga el auricular.

El otro oficial inquiera por lo que han dicho desde el Estado Mayor. Pichegrú le narra lo acontecido. Al escucharlo, Montoro abre los ojos desmesuradamente. "¡Pero ese cretino está comiendo mierda delante de una sublevación!" exclama, y parece señalarle con la mirada que no ha sido suficientemente firme, que es un necio o algo así.. Pichegrú, ante la reacción de su compañero, experimenta un anonadamiento total. Una orden es una orden, y debe ser cumplida. Le han dicho que no haga nada. Por tanto, debe hacer eso, nada. Pichegrú, entonces, intenta justificar el punto de vista del superior: "Este sabe lo que hace. Además, nosotros hemos cumplido con informarle de lo que hay. En todo caso, lo que suceda no será responsabilidad nuestra, sino de allá arriba", alega. Pero su interlocutor continúa irritado, inquieto, y da paseítos por la habitación, en tanto murmura que se debía haber obligado a Quesada a oír una explicación en detalle de lo ocurrido. Pichegrú valora que ha cometido un error. Mejor habría sido que este tipo se hubiera puesto al habla directamente con el teniente coronel, para ver si tenía tantas agallas como para andarle discutiendo.

Mas el otro oficial continúa sin retroceder, y al fin explota y lo acusa directamente de no haberle expuesto los hechos con toda claridad al jefe del departamento de dirección, a la vez que reitera su opinión sobre la gravedad de estos. Sintiendo culpable, Pichegrú, intenta un gesto conciliador y le dice que hará otra cosa.

-¿Cuál?

-Avisar a Columbia -precisa, mientras marca un número en el teléfono.

-¿A quién? -interroga el otro oficial], pero Pichegrú no le da explicaciones, porque del otro lado ya le han respondido.

-Duarte, Duarte -dice Pichegrú. Y comienza a relatarle, nerviosamente, al capitán ayudante lo

sucedido en el cuartel de Dragones.

Aquellas palabras de Horta sobre un posible enfrentamiento, pronunciadas tan pronto el grupo entró a la vivienda de la finca donde se verificaría el juicio contra Cástor Quirós, alteraron a los presentes. No lo entregaremos de ninguna forma, afirmaron varios. Y Horta reiteró el propósito de comenzar de inmediato el proceso que los había llevado hasta allí, aunque faltaba una parte de los integrantes de la organización.

No obstante, fue sólo una hora después que le dieron inicio al juicio, porque los miembros del Directorio previamente habían tenido que tomar ciertas decisiones. Encerrados en un cuarto, para que su deliberación no fuese escuchada por nadie, acordaron formar un tribunal amplio de número impar, que sería el encargado de dictar sentencia. Uno a uno, eligieron a sus nueve miembros. Como por un consenso sabido desde siempre, designaron a Regino para presidirlo. Luego, pasaron a escoger al secretario. Quien tomara para sí esa misión tendría un papel ajeno a la codicia: el de fiscal. Fuentes propuso a Horta. Pero este rehusó, con la alegación de su relación antigua y estrecha con Cástor. "¿Y no puedes desprenderte de ella?", inquirió Juvenal, quizás preguntándose por qué sin embargo había aceptado ser parte del tribunal. Pero Tomás de Aquino no le permitió seguir. Dijo que si el propio Horta lo requería así, debía ser escuchado. Y, de inmediato, propuso a Quevedo. Al preguntársele este aceptó, y solicitó media hora para prepararse. Horta planteó después que el inculpado debía elegir a su defensor. Por lo que tan pronto lo convinieron salió del cuarto, y se dirigió al lugar donde se hallaba. Al regreso, informó que Cástor le rogaba a René Ortega que asumiera el papel.

Como en la sala no había suficientes muebles para que todos pudieran sentarse, en tanto René Ortega se reunía con Cástor, entre todos prepararon unas bancadas con unos taburetes y unos tabloncillos. Una mesita de la que retiraron un búcaro de vidrio y flores de pasta serviría de pupitre al presidente y el secretario del tribunal. Mientras, aparecieron tres automóviles más. En cada uno

llegaron miembros del Directorio, con algunos acompañantes.

Pasada las nueve, cerca de treinta personas ocuparon lugar en la sala y trajeron del comedor al acusado. Lo sentaron en una silla a un costado del local. A su lado se colocó René Ortega. Regino, visiblemente tenso, tomó el lugar dispuesto para la presidencia. A su izquierda se acomodó Quevedo. Oscar, en ese instante, observó el reo. No parecía angustiado, pero estaba profundamente pálido. También observó que Angel parecía ausente. Y pensando en él mismo, se hizo consciente de una sensación experimentada en los huesos, que parecieran de pronto se le hubiesen mineralizado.

"Vamos a comenzar", anunció Regino, casi solemnemente. Su figura de pie, a contraluz, se extendía como en un claroscuro por la sala. El murmullo en el lugar cesó, como para que se escuchase allí sólo el sonido del aire al ventear contra las ramas y las hojas de los árboles. Entonces, el presidente del tribunal, se dirigió a Cástor y como si hubiese creído que este desconociera la razón de su presencia allí, que hubiera estado alejado por parajes ignotos, le explicó el proceso que se desarrollaría entre las paredes de la sala de aquel tribunal inusual. Al finalizar, le preguntó si tenía algo que oponer. Con la cabeza, Cástor le respondió que no. Luego, Regino expresó: "Quiero apelar a todo lo honrado que pueda haber en ti, para que les digas a tus antiguos compañeros si eres culpable o inocente de lo que se te acusa." La vista de los presentes, como si fuera el de los rastreadores de una caza, se dirigió de inmediato, unánime, hacia Cástor. Este, que tenía un tabaco encendido entre los dedos, había escuchado serenamente esas palabras. Cuando le dio una chupada a la breva la lumbre se hizo más intensa y, con la vista baja, sin retar, sin desafiar, con la misma voz que podría haber usado al llegar a viejo, declaró "Inocente".

Al cabo, el presidente le indicó a Quevedo que podía comenzar. El estudiante de Derecho tenía una memoria minuciosa. Narró pormenorizadamente, consultando en raras ocasiones sus notas, hechos sobre los que quería recapitular para que no fueran desterrados de los recuerdos: la aparición de la policía en lugares donde se celebrarían reuniones, la Universidad rodeada por los gendarmes la mañana del 30 de septiembre, la reunión sorprendida en la casa de Porras, el periodista, la información que les había transmitido el teniente Gallo, las detenciones de agosto del 31, la caída de Sergio, cuya localización conocían los expertos con una certidumbre pasmosa. Después, se detuvo y

dijo que quería hablar especialmente de la captura y asesinato de Margolles. Así que, mirando al acusado, planteó su deseo de hacerle unas preguntas, y pidió que Cástor dijera si estaba de acuerdo en responderlas. El acusado, con la vista vuelta derechamente hacia él, asintió. Quevedo lanzó la primera interrogación: "Fuiste prácticamente el último que vio a Margolles. ¿Qué sucedió esa noche?" Cástor, que había concluido su tabaco, arrojó los restos por la puerta abierta. Aún antes de responder solicitó cigarros y, uno de los presentes, se levantó y le alcanzó una cajetilla de Aguilitas. Encendió uno. El interrogador le pidió que dijera si necesitaba que le reiterara la pregunta. Cástor expresó que no. Explicó que había encontrado a Margolles en el aire libre del Payret. De allí salieron juntos hasta la casa de unas muchachas -así las llamó- que él conocía. Al rato, decidió marcharse pero Margolles prefirió quedarse allí un rato más. Al salir, se dio cuenta de que por los alrededores rondaba un auto de los expertos. Buscó un teléfono, llamó a la casa para advertirle del peligro, pero cuando pudo comunicar le informaron que el estudiante ya se había ido. A continuación Quevedo le preguntó si era cierto que a la noche siguiente, borracho, se apareció en la casa de las mujeres, escandalizando en su puerta y acusándolas de ser las culpables de la muerte -que hasta ahí era sólo probable- de Margolles. Castor bajó la mirada, como en un gesto de bochorno. De pronto, su piel pareció la de un enfermo. Sudaba y unas roletas bajo las axilas traspasaban el saco claro que llevaba puesto. Era cierto, afirmó con dificultad. Luego explicó que desde la mañana se corría que habían llevado a su compañero para Atarés, y que este no aparecía. Conocía demasiado el método de los expertos, se convenció de que Margolles ya estaba muerto. Entonces, un dolor sin límites lo invadió, esa noche tomó unos tragos demás. Se sentía enloquecido, algo le decía en el corazón que ellas eran las responsables de todo. Margolles había cometido la imprudencia de identificarse. Eso era grave. Se le vinculaba con el atentado al supervisor de Guanabacoa. Recordaba haber visto cuando una de las mujeres había hecho una llamada telefónica. No tenía pruebas, pero un impulso lo llevó a la casa, y frente a su puerta estalló.

-Esas putarracas me denunciaron también a mí -afirmó-. De ahí que viniera la policía y me llevara. En la estación, logré confundiros. De haberme reconocido, ahora quizá yo también estaría muerto... Posiblemente eso hubiera sido lo mejor -concluyó, con un tono cercano al sollozo.

Castor parecía haber hecho un esfuerzo colosal. Estaba agotado. El sudor era más copioso que

nunca. "¿Cástor, no sería que esa noche los fantasmas inventaron para ti el insomnio?", comentó Quevedo. Pero Cástor no hundió la barbilla en el pecho, la levantó y, apuntando con ella a su interrogador, dijo:

-¡Juro ante Dios y por mi honor, que cuanto he dicho es así!

Como si quisiera destruir el efecto dramático de esa afirmación, Quevedo tomó unos papeles de la mesita y agitándolos ante la mirada hipnotizada de todos, afirmó: "Sin embargo, a pesar de lo dicho, aquí están dos pruebas irrefutables, dos cartas de los archivos de los expertos firmadas por Cástor. Creo que ellas confirman definitiva, concluyentemente, su culpabilidad. Estas son pruebas, no palabras."

A continuación, René Ortega habló. Su comienzo fue lento, como si no pudiera encontrar alguna ruta certera. Vacilaba. Parecía que aun cuando no lo desease una pesadumbre permeara su voz. Dio una explicación para los demás, para Cástor, o quizás para sí mismo, con vistas a justificar la posición que le tocaba asumir. Era duro ser defensor cuando se quería ser fiscal. Desearía, en todo caso, estar entre los demás, colocado imparcialmente ante el reo, pero no había oficio más noble que el de defensor, consignó, y les recordó a todos el principio de justicia grabado por Beccaría: "El reo es inocente, mientras no se le pruebe su culpabilidad."

Desde su lugar en el banco, Oscar miraba fijamente moverse los labios y el fino bigote de René. A su lado, Juvenal, incómodo, le cuchicheó que aquel se equivocaba. No estaba en estrados, sino ante un tribunal extraordinario. Lo aprendido en las clases del doctor Portela, no era válido allí. Estaban entre revolucionarios. Pero Oscar no asintió ni negó. De reojo, a su lado, observó nuevamente el rostro transfigurado en máscara de Angel, que seguía encerrado en un mutismo impenetrable. Ni un solo rasgo se le acentuaba más que otro. Sus ojos claros estaban quietos, como clavados en un punto invisible. ¿Estaba ajeno a todo aquello? De pronto, al fijarse en quien tenía delante, descubrió que un redondel se abría en la coronilla de su vecino. Si, un día, cuando pasaran los años a Tomás de Aquino posiblemente solo le quedarían unos pocos cabellos atados al cráneo. Y de nuevo comenzó a prestar atención al defensor.

René Ortega adelantaba ya en su exposición y, como si hubiese conseguido la confianza que inicialmente le había faltado, a cada paso la hacía más fluida e inteligente. Expuso que en un examen de conciencia, todos debían revelarse que hasta el momento las denuncias no pasaban de rumores y las imputaciones no iban más allá de hechos no probados. Aludió a los comentarios que rodaban sobre el dinero gastado continuamente por Cástor en los aires libres. Para esas sumas, que en grandes cantidades el acusado gastaba, había dos explicaciones: familiares que se las entregaban y, otra, prestaba al garrote. Era reprobable que hubiese caído en tal conducta, pero no estaban allí juzgándolo por eso, sino por traición. Se hablaba de que Cástor había salido temprano de la prisión. Pero no se decía que en dos ocasiones había estado prisionero, y que su tiempo detrás de las rejas sumaba casi dos años. ¿Y acaso había sido el único en abandonar tempranamente la cárcel? Cuando salió ya a muchos los estaban liberando, porque así lo determinaba la dictadura, con el propósito de lograr una normalización paulatina del país. Además, todos sabían que el régimen era arbitrario. Por fin, se refirió a las cartas. Expuso que una estaba firmada sólo con iniciales.

-¿Por qué no pensar que pertenecen a César Quijano o a Claudio Quesada? -interrogó-. En lo referente a la otra, quedaría por ver si la firma es realmente de Cástor. Puede ser apócrifa. Eso no está probado. Y, por si fuera poco, ninguna dice nada en concreto; son simples peticiones de dinero. Ni siquiera tienen fecha.

El acusado había permanecido tranquilo a todo lo largo de la exposición, sólo un detalle desmentía su normalidad. A medida que la mañana y el juicio avanzaban, el sudor se le iba haciendo tan grueso que parecía que por último le reventaría los poros. Además, fumaba de manera incesante. Cuando el defensor concluyó, Cástor pidió la palabra. Al tomar en sus manos su propia defensa, algunos pensaron que se mostraría suplicante. Sin embargo, su voz resultó firme. Amplió con detalles los argumentos de René. De la cárcel, recordó su conducta irreprochable y pidió que si alguien podía tacharla con alguna actitud confusa o censurable, lo expusiera. Parecía haber comprendido con toda lucidez, la lucidez cenital en los ojos de los abogados, cuáles aspectos podían hacer llegar allí la duda. Como si adivinara los pensamientos de sus jueces, dijo que comprendía lo que podía haber de inconsistente en lo que argumentaba, pero también en las acusaciones. "La convicción en ustedes me

hunde o me salva. Yo si les apporto hechos" , afirmó. Y, como si fuera el momento justo, lanzó sus palabras más inquietantes:

Yo conocía muchas cosas de las acciones de los compañeros que están aquí presentes. Siempre supe dónde Angel guardaba explosivos. ¿Fueron estos ocupados por la policía? Angel, Cándido o Fuentes, nunca fueron detenidos. Yo los exhorto a que digan si lo que afirmo es cierto o no.

Un silencio monstruoso se hizo en la sala. Nadie pidió la palabra. Nadie la tomaba. Y Cástor, con una voz vibrante, vigorosa, reiteró su petición. No fue un ruego el que hizo cuando esta vez se dirigió específicamente a Angel, sino una apelación imposible de esquivar. Angel pareció, al fin, escucharla. Se levantó muy lentamente y sin mirar al acusado, expresó:

-Sí, es cierto.

Enseguida el acusado le preguntó si había sospechado alguna vez o tuvo indicios de que aquellas huacas repletas de explosivos -intercaló que fue más de una- habían sido rondadas por la policía.

-No -fue la respuesta.

Cástor logró en ese momento remover en el auditorio la certidumbre anterior sobre su culpabilidad.

Durante la intervención de René Ortega, Cástor le había pedido a Regino que le permitiese ver las cartas. Ahora, refiriéndose a ellas, dijo:

-Se me imputa el haberlas escrito. Sólo quiero preguntar ¿Puede alguien ser tan tonto, como para haberlas firmado con su nombre? ¿Tiene eso alguna lógica? ¿Puede haber sido tan estúpido, como para haberme incriminado por mi propia mano? ¿No es más lógico que hubiese usado un seudónimo? ¿Y si el seudónimo usado por alguien fue mi nombre? -el argumento constituyó para los presentes una nueva inquietud. En ese momento, casi el preciso, Cástor añadió:- Pido comprueben la firma que ahí aparece contra la mía y se diga si son iguales o siquiera parecidas.

Por unos segundos, como si una cristalización hubiese invadido los organismos, todo se hizo rígido entre aquellas cuatro paredes. La seguridad de Cástor, ahora, resultaba plena. Parecía un reto a una adversidad que lo hubiese conducido hasta este lugar, al destino autodestructivo que las luchas y las rencillas introducen en las revoluciones.

Finalmente, Regino, recuperando su papel, buscó en los ojos de los presentes un consenso. Este quedó implícito en los gestos y en las miradas. Entregaron un papel y una pluma a Castor. El secretario pidió que firmara con una y otra mano. A continuación de signaron a tres miembros para que hicieran el cotejo.

Estos se retiraron y estuvieron afuera durante algún rato. Después regresaron.

-¿Cuál es el resultado? -les preguntó, inmediatamente, el hombre que dirigía el juicio.

Una luz se fue abriendo en los ojos del prisionero y una desazón profunda en todos los demás, cuando escucharon el veredicto.

-Las firmas no son exactamente iguales y a simple vista no podemos afirmar que sea la misma letra. Es difícil asegurar nada -explicaron.

Todavía la información que Jordi Prats y los otros sargentos le dieron hundían su ánimo en algo parecido a la perplejidad, cuando el teniente coronel Erasmo Hernández entró en la clínica y solicitó ver al enfermo. Los médicos no querían ceder. Había logrado rebasar el peligro, pero aún no estaba en condiciones de recibir visitas. Disgustados, comentaron que ya adentro, desde hacia pocos minutos, estaba otro oficial, al que los familiares habían autorizado a pasar. Precisamente por esa brecha Hernández logró también acceso a la habitación en penumbras del infartado. Al entrar, saludó

al hombre tendido sobre la cama y lo saludó. Tuvo que mentir piadosamente, como siempre se hace ante los enfermos graves, y decirle que lo veía muy bien. Allí, en una silla junto al lecho estaba el otro oficial que le mencionaron. Se aproximó y le estrechó la mano, como lo hizo también con el teniente Mendiolita, quien, de pie, permanecía a un lado de la cabecera de la cama del enfermo. Fue el teniente quien lo invitó a tomar asiento y, mientras lo hacía, súbitamente, apenas sin proponérselo, Erasmo Hernández concluyó un juicio: el hombre cubierto por las sábanas no podría regresar nunca más a la vida de las armas. De manera que una vieja idea lo trastornó por un segundo: ya no tenía rivales en su aspiración a la jefatura del Estado Mayor, porque Pagán no era más que un tránsito. "La vida dispondrá", se dijo para finalizar, y regresó a ocuparse del enfermo y de su misión. Al recibir la noticia de lo que estaba sucediendo, había considerado que Mendiola era quien únicamente podía decidir lo que debía hacerse. Este, seguramente, le encargaría solucionar el asunto. Entonces, escuchó que Jorge Duarte Brier continuaba una narración que su llegada había interrumpido.

Sorprendido, descubrió que el capitán le estaba exponiendo a Mendiola preocupaciones de la misma índole de las suyas. Duarte apuntaba que después de la llamada de Pichegrú, había hablado con Graverán en busca de elementos, quien le dijo que la asamblea de alistados estaba autorizada por Quesada. De inmediato, fue a interrogar a algunos soldados, y estos le informaron que la reunión de las once se convocaba con el propósito de presentar unas demandas al Estado Mayor. Aún así, como lo planteado a Montoro en el cuartel Abalo le había parecido delicado, había decidido venir a pedir instrucciones. Por las dudas, había prohibido que los alistados de la jefatura asistieran, señaló.

Al concluir Duarte, Erasmo Hernández, molesto por haber perdido la primicia en el traslado de la información, habló. Dijo que coincidentemente estaba dominado por las mismas inquietudes y, a continuación, refirió lo sucedido en San Ambrosio. Expuso también que ya que el general Pagán no estaba, había decidido venir a consultar lo que debían hacer. Mientras desarrollaba su exposición, Erasmo Hernández había tratado de identificar la expresión que asumía el rostro recortado sobre las almohadas. No sabía realmente si el coronel lo escuchaba, porque vio sus ojos tan entrecerrados que pensó que las drogas, de las cuales estaría atiborrado, tendrían al enfermo en un estado casi letárgico.

Efectivamente, Mendiola, entre las sábanas blancas, no había movido en todo el tiempo ni los

músculos del rostro. Su piel rojiza ahora estaba coloreada por un tinte terroso. Le tenían prohibido hacer el menor movimiento, y los militares cumplían siempre las órdenes. Además, el pánico a experimentar de nuevo aquel dolor espantoso en el pecho y la espalda, que la morfina le alivió, era también una orden poderosa. Una barba de varios días le cubría el rostro. Estaba demacrado y los ojos estaban hundidos en las cuencas. Se sentía mal. El estómago, estragado por la falta de alimentos y por la inactividad en que estaban sus jugos, era ya una bolsa insensible. Su cabeza funcionaba débilmente. Momentos antes le había confesado a Duarte que la sentía volátil y llena de pájaros. Sí. Estaba totalmente débil. Débil la cabeza. Débil el cuerpo. Débil la voluntad y la decisión. Su energía estaba consumida por la enfermedad, por la cama, por esa triste habitación en penumbras, por las paredes blancas, las sábanas blancas y las almohadas blancas, por los tubos blancos de la cama y la silla y el sillón blanco y por el pato de peltre blanco donde tenía que orinar incómodamente, a través de un músculo inerte. De peltre blanco era también aquella maldita cuña que le metían debajo de la sábana, con el propósito de que vaciara el contenido de un vientre flatulento por el cual sólo se movían los gases. Todo esto, mientras le era vigilado hasta el último salto de sus músculos flácidos. Todo era una gran agonía. Sentía que había dejado de ser un hombre. Por eso, había pensado que si lograba retornar a la vida, él, el hombre enérgico que había sido, retornaría hecho un guñapo, un mutilado, y no por la guerra, como hubiera sido digno de un militar, sino por la enfermedad... y se sentía deprimido... muy deprimido... Hacía un momento, al ver a Duarte, casi deseó echarse a llorar. Pero un hombre como él no podía llorar, no iba a llorar, y menos aún delante de sus subordinados.

Quizá esa fue la razón de que una vez escuchada la información dada por sus oficiales, con una voz salida de unos labios agrietados, que apenas se movían, limada una y otra vez para hacerla salir de forma monocorde, hubiese dicho:

-Ve allá, Duarte. Trata de averiguar todo lo que hay de cierto. Tú tienes prestigio en el ejército. Si es necesario trae a alguno de los organizadores, mañana o pasado, para que se entreviste conmigo y me exponga sus quejas. -Por último, cuando ya los oficiales iban retirarse, musitó unas palabras siempre escogidas por los sabios-: Y acuérdate. No hay que precipitarse. ¡Acuérdate!

Cuando Erasmo Hernández abandonó la clínica minutos después, llevaba una sola idea en su cabeza:

"Si le encargó a Duarte el asunto, que este lo resuelva. Yo ahora si que no me meto", y decidió que lo mejor era irse hasta Santa Fe, donde tenía un barquito en el cual solía irse a pescar.

-¡Allá afuera ya hay como cuatrocientos! -exclama Lalo, eufórico, cuando entra en la oficina del club. Beno le presta atención. La información debía ser cierta, porque el rumor de voces escuchado en el momento en que la puerta se abrió para darle paso al soldado, fue como el de una marejada que aprovechara para inundar el local-. En unos minutos seguramente llegaran los cuarteles que faltan -añade el soldado.

Beno era un hombre que parecía construido hacia adentro. Por eso estaba seguro de que ninguno de sus compañeros había podido percatarse de todo lo que había entrevisto aquel día de la reunión con los estudiantes, sobre todo a partir de la frase de Valdivieso: "Es el temor que los soldados les inspiran a los mandos, el que los ha llevado a autorizarlos a reunirse." Durante muchos días, bocarriba en la cama, reflexionó sobre ella. Parecía cierto lo dicho. De modo que la tomó y la volteó al derecho y al revés, para penetrar en su meollo. ¿El meollo sería acaso las armas, los cinco mil fusiles depositados en las armerías de las compañías de Columbia, cuyas llaves dormían bajo la custodia de los cuartelmaestres? Esos eran cinco mil argumentos sólidos para cualquier temor. Pero no, la actitud inerte de los mandos debía desprenderse de algo más inmediato. Siempre estos fusiles y esas llaves habían estado en las mismas manos, antes y ahora, y, sin embargo, nunca a ningún oficial se le había ocurrido temer. La base misma del ejército era una relación casi sagrada, el contrato inapelable e inviolable de subordinación, cuyas cláusulas especificaban claramente que la autoridad del mando o el grado tenía una fuerza más indiscutible que si fuera de origen divino. Curiosamente, ni él mismo se había preguntado jamás si era posible que un día ese ordenamiento se subvirtiese y que los semidioses no pudieran darles órdenes, casi a gritos, mientras un aliento agrio viniera a chocarles en el rostro. Sí, la actitud, relajada o temerosa, o lo que fuera, de aquellos, debía de tener una causa más profunda, sutil y cercana. Pero, en última instancia, qué importaba que fuera la desmoralización de los uniformados con derecho a usar sable u otra razón cualquiera. Lo decisivo

era su secuela: que ese óxido que corroía las coyunturas de los cuarteles, pudiera ser aprovechado para que ellos lograran sus propósitos. Y, a medida, que se han sucedido los acontecimientos ha comprobado que sus cálculos eran incluso desproporcionadamente cortos.

Lo anterior lo había valorado día tras día, y si sus compañeros no habían podido descubrir la iluminación que en él producían tales ideas, era porque nunca creyó bueno hablar de lo que se pensaba, hasta casi desnudarse del pellejo. Eso sería como contar lo que sólo debían saber las sábanas de la cama de la mujer de uno. Pero considera que no es el único en haber callado sus lucubraciones. ¿Acaso hubo alguien en las reuniones que revelara lo que de verdad estaba pensando? ¿Es que alguno confesó sus aspiraciones más íntimas? ¿Quién dijo, por ejemplo, que aspiraba a aprovechar la protesta para limpiarse de una trastada, para encubrir una ratería, para tapar una delación o para ocultar un galletazo a un civil? No, y sin embargo muchos debían estar concibiendo que iban a lograr plasmar en hechos esperanzas añoradas, como la de engancharse las barras de segundo teniente. Y, hacían bien, porque la vida era una competencia, donde no ganaba quien tuviese más cosas en la cabeza, sino quien supiera aprovechar mejor las circunstancias. Sobre todo, a quien se le ocurrieran cosas como la de la Orden General sobre el recorte de las plantillas y los sueldos, que inventó en el polígono la misma tarde en que desmintieron el rumor que circulaba y tuvo que ir corriendo a la esquina de Toyo a mecanografiarla, en el papel de la secretaria que acostumbraba a llevarse para hacer sus trabajos. Esas verdades ha tenido que aprenderlas con más patadas en las nalgas que los golpes que da caerse sentado por una escalera, sabiduría que reunió sumando lo que decían el manojito de libros que ha leído (muchas veces en medio del sobresalto de una letrina), y la que salía de los empujones que pega la vida. Una vida que para él no ha sido cómoda ni fácil. Es bueno que todo eso se lo repita ahora, cuando ya está al tener que pronunciar una frase descubierta en un tono de un tal Suetonio, en la biblioteca de aquel Presidente de la República, de cara agria y grandes bolsas bajo los ojos, en cuya quijada aparecía un solitario y único diente, leída, con los ojos acalambrados, bajo una miserable bombilla en los tiempos en que estuvo destacado en la guarnición de su finca: "la suerte esta echada".

Todavía podía recordar al Chino pasando a su lado y mirándolo curioso, aquellas veces en que este lo sorprendía fuera de las horas de servicio, leyendo bajo el jagüey que crecía junto a la veranda.

Momentos en que él se ponía de pie, en "firmes", pero sin soltar el librito comprado por un par de reales a algún vendedor callejero. Quizá eso hizo que le cayera en gracia al viejo que lo había apodado "el soldadito polilla". Hasta que al fin, en una de esas ocasiones, al pasar por su lado, aquel se detuvo y le preguntó innecesariamente si le gustaba leer, y si había leído mucho. Le respondió que cuanto podía, y le habló de sus preferencias por la historia y, sobre todo, por las biografías. Ante nuevas preguntas, tuvo que confesarle que ni siquiera había completado la primaria y sus conocimientos eran un ripio. Pero le informó que estudiaba taquigrafía y mecanografía. Animado entonces, y calculando la posibilidad de un apoyo decisivo para su vida le dijo que lo hacía porque con eso podía aspirar a una plaza de sargento mayor. Pero lo desalentó la respuesta del viejo. Avaro de sus dones y sus cuartos, como si él le hubiera pedido algo del premio gordo ganado en la lotería, cuando misteriosamente la primera bola del bombo coincidió con un billete completo que había comprado el Presidente, el 4 444, se limitó a hacer un comentario cominero sobre lo útil que podía ser eso para el ejército, "porque los soldados deben estudiar". Tuvo que asentir, pero sus pensamientos no se igualaban a los del Chino. A él, qué le importaba lo útil que pudieran serle sus estudios al ejército. "El problema es que lo sean para mí, y sólo para mí", había recapacitado en aquel momento. Ese era su lema. Por eso en situaciones, como la que se estaba desarrollando, siempre le venían vividas las escenas de la vida miserable de su niñez aplastada, de su faena de sol a sol en el campo. Nadie le había dado nunca una mano. Y si alguien lo hizo él ni se acordaba, porque siempre había tratado de devolver los favores, para que nadie se creyera su acreedor. Así no tendría nunca que rendir cuentas y sería más fácil escupirle la cara a cualquiera. Mas aquel día el Presidente lo autorizó a ir a su biblioteca y tomar los libros que quisiera.

-Pero, eso sí, Beno, uno a uno -le advirtió-. Y, por favor, lo anotas en la libreta que está sobre el escritorio. Los libros que se prestan tú sabes que no vuelven solos.

Nunca, nunca, pudo olvidar aquella tacañería disfrazada de orden.

En este momento los ocho miembros de la junta, reunidos en la oficina del club de alistados desde hace cerca de media hora, junto a otros sargentos y cabos, terminan de examinar lo que plantearán en la asamblea. Sirique, por último, formula una pregunta clave: ¿Quién expondrá las demandas?

-Graciliano -responde Antonio Felipe, como si fuera obvio.

Por unos instantes, el cuartelmaestre queda pensativo. Parece la estampa misma de la vacilación. Por fin, habla. Se niega, refugiándose en su dificultad para expresarse fluidamente en público. Felipe recuerda, una vez más, cómo en el banquete ofrecido al dictador el cuartelmaestre había hablado sin tropiezos. Quizás Graciliano haya pensado, por un momento, proponer a Felipe. Pero se detiene y plantea: "Que hable Benó, él sabe explicar bien las cosas." Benó, al escucharlo, parece aturdido. Después levanta el pecho. Cualquiera diría que va a aceptar. Mas, hay en él un gesto de contención casi inadvertido, y sugiere que sea Felipe. Graciliano reitera su propuesta: "Tú eres el secretario de la junta", señala, "y eres el de mayor graduación."

En eso se escuchan unos toques agitados en la puerta y un sargento de la jefatura aparece en la estancia. Su cara revela un desconcierto total. De inmediato exclama:

-¡Allá afuera está el capitán Duarte Brier. Dice que viene de parte del Estado Mayor a investigar lo de esta asamblea. Quiere que inmediatamente se presenten los que están dirigiendo la movilización.

En el puesto sonó el teléfono.

-Teniente coronel, una llamada para usted del Estado Mayor -anunció el mecanógrafo cuando abrió la puerta de la oficina del jefe de Columbia.

Al conocerlo una expresión enturbió los ojos del teniente coronel Graverán que, parado ante la ventana, había estado mirando rumbo al club de alistados. Se aproximó al escritorio y tomó el teléfono. Su voz, al repetir un "Oigo" apremiante, reveló inquietud. Del otro lado pidieron que aguardara y, mientras, Graverán quedó atento. Sí, ya sabía que podía estar metido en un asunto

delicado. ¿Qué diablos lo habría impulsado a dejar que se convocara esa maldita asamblea, propuesta por Graciliano? Lo único que seguramente le traería era dolores de cabeza. Pero cuando Graciliano el día anterior pidió su aprobación, él se dijo que no iba a estarse buscando por gusto un problema con los alistados, negándose. Además, si hubiera dicho que no, y luego el Estado Mayor o la secretaria de Guerra, pasando por encima de su decisión la autorizaba, lo harían quedar en ridículo. Total, que querían los alistados sino no hablar de mudas que no llegaban o del rancho que no servía. "Tú sabes que yo no tengo la culpa de nada de eso, Graciliano. Yo hago lo que puedo por ustedes, le expresó al sargento en el que creyó ver cara de no estar dispuesto a permitir que lo contrariaran, y hasta agregó que se acordara de que en el tenían al primer delegado y el primer sargento. Pero, en fin, él no tenía ninguna responsabilidad en la autorización. Bien que llamó al Estado Mayor para que la ratificaran, y ahí estaba el telefonema cursado un rato antes por Quesada a todas las unidades, aprobándola, incluso sin la participación de los oficiales. Por tanto, si ahora de la secretaria venían a pedir cuentas, que se las exigieran a Quesada... Pero, ¿y si Antolín le estaba telefoneando, porque alguien lo había llamado a capítulo, y para hacerse el inocentón quería endilgarle a él la responsabilidad del asunto? A lo mejor, lo que tramaba era deshacerse del muerto, preguntándole quién la había autorizado. Una estratagema, posiblemente delante del propio secretario de Guerra y Marina, para intentar lavarse las manos. Sí, sí, eso mismo debía de ser, porque el jefe del departamento de dirección era una anguila. Por algo, violando todos los reglamentos, llevaba tantos años incrustado en el Estado Mayor. Desde hacía quince años, por lo menos, no se acercaba a una tropa. Ya ni debía recordar lo que era una barraca y una maniobra. Pero ¡ah, no! a él no iba a hacerle eso. Le recordaría de forma bien tajante: "Antolín, fuiste tú, sí, tú mismo, quien la autorizó..." Aunque no, seguramente lo que ahora trataría era de dar una contraorden. Porque, ¿cómo negar que había pasado el telefonema?... Si, pero era capaz de usar cualquier otra argucia... Eso sí, no debía desconocer que Antolín estaba arriba... Sí, tenía que manejar el asunto con cuidado. No iba a buscarse tampoco un problema con el jefe del departamento de dirección, que era quien proponía destinos y ascensos... Sin embargo, en este momento todo el mundo parecía haberse inquietado con la asamblea de marras. El propio Duarte, cuando de regreso de ver a Mendiola le anunció la preocupación que había, se veía tenso y hasta le dijo que le preocupaba que precisamente, ese día, le hubieran dado pase a la mitad de la oficialidad del campamento. El le quiso restar importancia a todo, y le repitió otra vez lo que Graciliano le había expuesto el día anterior; hasta le comentó a

Duarte: "Bah, no hay que preocuparse tanto. Lo que quiere esa gente son baratijas." Pero no logró que Duarte cambiara de talante. Quizás es que Duarte lo miraba todo con esa desconfianza con que solía enfrentar lo que él mismo no hiciera. Duarte le había referido las instrucciones de Mendiola.

-¿Y qué vas a hacer? -le preguntó.

Y el ayudante del distrito le explicó que pensaba entrevistarse con los sargentos. Era necesario frenarlo todo. Sonaron graves sus palabras cuando apuntó:

-Hay que evitar de cualquier forma tener que armar una escabechina.

El, echándose hacia atrás en su silla flexible, había insistido en tratar de suavizar la apreciación de Duarte sobre los hechos. Le manejó elementos que le parecieron convincentes.

-Tú te estás preocupando demasiado. Cuando el Estado Mayor le dio el permiso ese a Graciliano, es porque es hombre de confianza. Es fiel y, además, está bien comprometido. ¿Crees que con lo que saca de la cantina se va a arriesgar a una expulsión del ejército? No seas bobo, chico -y ya más seguro, agregó-: Además, ya se les ha informado que lo de las rebajas es falso.

Duarte, sin embargo, había reiterado que iría al club de alistados.

-Me reuniré con ellos, y veré que puedo hacer para abortar la asamblea -afirmó al final.

-Pues si quieres ir, ve. Yo quizá me llegue después -le anunció, mientras hacía un ademán indefinido.

Ahora, del otro lado del teléfono, una voz conocida le habló.

-Dime, Antolín, dime -contestó enseguida.

-Graverán, la situación en el distrito de Santiago no es buena. Se ha decidido que te hagas cargo de ese mando.

Al escuchar lo que le ordenaban, Graverán lanzó un suspiro y quedó pensativo unos segundos.

-¿Cuándo? -preguntó escuetamente.

-En dos o tres días.

-Está bien, Antolín. Pero yo voy a resignar aquí inmediatamente. Necesito ese tiempo para arreglar algunos asuntos -dijo, e inmediatamente hizo una pregunta: ¿A quién le entrego?

Del otro lado quedaron, por un momento, en silencio.

-Saca del tercio a Soto Palacios. Que él se haga cargo interinamente, hasta que llegue tu relevo.

Cuando colgó, quedó inmóvil. Sí, debía recoger muy rápidamente. Tenía que ir a Güines. Debía dejarle unas cuantas instrucciones al mayoral de la finquita que tenía por allá. Ya lo tenía preocupado no haber visto el asunto ese del ojo enfermo de uno de sus bueyes.

Graverán miró hacia la ventana, y no quiso recordar lo que un alistado había venido a advertirle esa mañana sobre los conciliábulos de los sargentos. Ya Duarte sabría cómo desenredar todo este asunto.

¿Podrían haber dudas de su culpabilidad?, se preguntó Oscar. Y su mente revoloteó hacia los tiempos idos, tratando de precisar si Cástor había conocido acciones que merecieran ser delatadas aun a riesgo de descubrirse él mismo? También se interrogó por que no habría denunciado los escondrijos de dinamita, y comenzó a hacer deducciones. Quizá porque Bravo, que era un policía hábil y disfrutaba su oficio, hasta el punto de pagar de su bolsillo soploneerías, con tal de mantener

cubierto a su agente le permitía dejar coartadas. ¿Incluso, comprendiendo que un día las sospechas podían hacerse inevitables, no había intentado echarlas sobre él?... Cabía otra alternativa: que tal como la prostituta a ratos odiaba al rufián que la había perdido, el traidor le ocultara cosas al policía... Y había otra más, que sus delaciones dependieran de sus simpatías y antipatías. Sí, de todo podía haber, pero lo cierto era que Cástor nunca había sabido de actividades fundamentales, pues cuando "lo de Miramar" estaba todavía en la cárcel. Y también lo estaba en el momento del atentado al propio Bravo. Allí no podía captarlo todo... Sólo las filtraciones. Sin embargo, estuvo cada vez que se produjeron los arrestos. Mas, aquellas afirmaciones de los calígrafos habían creado incertidumbre porque todos habían esperado una confirmación irredimible de la culpa.

Oscar hacía esas valoraciones, cuando se escuchó que un motor se acercaba. El estudiante que vigilaba afuera asomó la cabeza en la sala e hizo una seña: no había problemas.

Pocos instantes después Cuco Setián, Cándido, Juan E. y Mike Díaz penetraron en la sala. Cuco se aproximó directamente a Regino y le cuchicheó algo. Y el estudiante, con la preocupación surcándole el rostro, le indicó a Escopeta que llevara a Cástor hacia el interior. Entonces, determinó hacer un receso.

"Dime", interrogó Oscar al primero de los recién llegados, cuando casi todos se arremolinaron junto a la mesa. Pero este no tuvo tiempo de responderle, porque Regino le pidió que informara a todos lo que le había dicho. "En la carretera hay varios camiones del ejército. En cualquier momento se aparecen aquí", expuso. Regino consultó si debían continuar o no. Felo reiteró la necesidad de seguir, pero pidió que se apresurara el juicio.

Mientras esperaban para reanudar, y algunos aprovechaban para ir a la letrina levantada detrás de la casa, Cuco, apartándose un poco, le preguntó a Oscar cómo iba el proceso.

-Quiere que la duda lo salve. Pero...

-¿Pero, qué?

-Pero los muertos son testarudos.

En ese instante, a su lado, Quevedo, como si lo hubiera escuchado, comentó:

-Hay muertes sin testigos, pero el asesinato siempre tiene al menos uno, el asesino -y se volvió para revisar sus papeles.

Antes de regresar a su lugar, porque ya Regino había planteado seguir y habían traído a Cástor, Oscar miró hacia el exterior. Un sol enganchado en los penachos de las palmas le indicó que la mañana avanzaba. Miró su reloj: ya eran más de las once.

Enseguida Quevedo pidió hablar. "Quisiera llamar aquí a un testigo", dijo, y salió al exterior. Al regresar venía con él una mujer joven de un vestido negro que le marcaba unas caderas muy anchas. Estaba turbada y parecía que de un momento a otro intentaría escapar. Como nadie reaccionó, Quevedo tuvo que pedir para ella una silla. Oscar miró el rostro de Cástor y creyó ver en este una palidez más acentuada. Cuando la muchacha tomó asiento, Quevedo informó a los presentes que la mujer era una de las que vivían en la casa visitada por Margolles y Quirós, la noche en que aquel desapareció.

-¿Cuándo la trajeron? -susurró Oscar, tocando en el hombro a Tomás de Aquino. Este giró ligeramente la cabeza y le contestó que había llegado con ellos y la habían hecho esperar en el cobertizo. Horta y Felo la habían convencido de que viniera a declarar.

-¿Quiere usted contar lo que sucedió aquella noche? -inquirió Quevedo, dirigiéndose a la mujer, que continuaba nerviosa. Quevedo comenzó a recordarle la visita recibida la noche de la desaparición de Margolles. Ante su incapacidad de hilvanar las ideas, el secretario intentó ayudarla. A la pregunta con que este quiso precisar lo sucedido después que Castor se marchó de la casa, ella contestó que poco después Margolles también había decidido irse.

-¿Qué sucedió entonces?

-Lo cogieron preso. Lo vi desde el balcón. Había un auto en la esquina, y lo montaron -dijo la mujer.

Quevedo, al parecer inconforme, en busca de exactitud en la respuesta interrogó nuevamente:

-Sí, ¿pero qué sucedió? ¿Por qué Margolles decidió marcharse?

-¡Ah, porque momentos antes llamó ese hombre -arguyó mientras señalaba a Cástor, que miraba al piso-. Por eso decidió irse inmediatamente.

Un rumor se levantó en aquella sala. Los bancos se agitaron. Oscar miró a Angel. Lo vio apretar los labios.

Quevedo ya proseguía.

-¿Al día siguiente, él se apareció en la casa?

-Sí. Formó una escandalera tremenda, acusándonos a nosotras de que habíamos denunciado al otro señor... Hasta vino la policía.

-¿Oyeron ustedes lo que le dijo a la policía?

La mujer buscó los ojos de Quevedo, como preguntándole que deseaba saber.

Quevedo, con la mirada húmeda, como para dirigir aquella mente hacia un punto, precisó:

-El les dijo algo a los policías. Les explicó algo. ¿Qué fue lo que les dijo?

-¡Ah sí! -exclamó esta-. Dijo que era sobrino de un general del gobierno, de esteee... -y su eco quedó vagando por la estancia y su vista bajó, como tratando de encontrar la respuesta en las rendijas de la madera del piso-. Del general... esteee... -repitió.

Para ayudarla, Quevedo mencionó un apellido:

-¿Marrero?

-Sí, sí, de ese... creo que de ese mismo.

-¿Y se lo llevaron?

-Sí, se lo llevaron.

El secretario, ya de pie, se dirigió a la bancada, y subrayó:

-Al día siguiente estaba en la calle ¿no?

Regino le preguntó a René Ortega si quería hacer alguna pregunta, pero el defensor hizo un gesto negativo. Quevedo, dando fin al testimonio, se encaminó hacia la mujer, le dio las gracias y luego se volvió hacia los bancos y dijo que quería presentar un segundo testigo.

Los comentarios llenaron el local. Oscar observó que Regino trenzaba sus manos y bajaba la cabeza. René Ortega clavaba su vista en un punto lejano. El acusado seguía con la barbilla hundida.

Todavía en la puerta, como si hubiese recordado algo importante, Quevedo expuso:

-Señores, el testigo que vendrá dice haber visto a Cástor en cierto momento. Por esto pido que Cástor se coloque entre los demás, para que se pueda hacer evidente si es cierta o falsa la acusación -y, dirigiéndose al reo, le preguntó-: ¿Estás de acuerdo, Cástor?

Este, ahora, parecía lejano, como si en medio de una bruma hubiese escapado de allí.

-¿Te pregunto si estás de acuerdo? -repitió Quevedo.

Ortega le rozó el hombro al acusado, como para llamarle la atención.

-Sí -musitó, poniéndose de pie, indeciso, sin saber adónde dirigirse.

Oscar observó que de inmediato Angel abandonaba su sitio, y escuchó cuando pedía que le abriesen lugar al reo. El se corrió hacia el puesto donde había estado Angel, y le rogó a Juvenal que ocupase el suyo, como queriendo impedir toda contigüidad con Cástor.

Entretanto, Angel fue a recostarse en el tabique del costado. En eso, entró la persona prevista por Oscar. Habían acordado el día anterior que Felo y Horta se encargarían de forzar al juez de instrucción y al capitán De la Cruz, para que les "presentaran" al testigo.

Por la escalera ascendió un hombre ventrudo, cubierto por una pajilla adornada con una cinta de colores. Su rostro se asemejaba al del bebito del anuncio del talco Mennen. Detrás venía Quevedo. Lo custodiaban dos estudiantes con armas largas.

El recién llegado parecía confuso y no sabía qué hacer.

Quevedo le indicó que tomara asiento donde había estado Cástor.

-Muchos de los presentes conocen al ex sargento Magín -dijo el secretario, y de inmediato se dirigió al testigo- Señor, ¿está usted en disposición de responder preguntas?

El hombre con cara de bebito Mennen asintió, mientras con los ojos muy abiertos miraba a su interrogador.

-Hace dos años, el 7 de agosto, cuando la revolución, detuvo usted a cinco estudiantes en una casa de La Habana.

Magín volvió a asentir con la cabeza.

-¿Con anterioridad a ese día, había visto usted en la oficina de su jefe a alguno de los que fueron detenidos?

-No -balbuceó-. En la oficina no. Fue cuando bajaba la escalera. Lo vi de medio lado.

-¿Y cómo puede estar seguro de quién era?

-Porque a ese hombre lo habíamos detenido ya tiempo atrás y el capitán lo soltó, porque...

-¿Por qué?

-Iba a colaborar. Decidió colaborar, y el capitán lo soltó.

Quevedo había acorralado a la presa. La había colocado a su entera satisfacción en la mirilla. Ahora iba a disparar casi a mansalva. Cualquiera hubiese podido predecir el resultado.

-Magín, oiga bien. Queremos que usted se fije en todos los presentes y nos diga si aquel hombre que usted vio, está entre nosotros. Si lo reconoce espere a que yo le pregunte. ¿De acuerdo?

El ex sargento titubeó sorprendido pero, al fin, con un gesto asintió. Quevedo le ordenó que se pusiera de pie. Luego Magín miró a la concurrencia. Primero dirigió su vista a la fila delantera, y enseguida la movió hacia las demás. Avanzó un paso a la vez que su cabeza se adelantaba. Se detuvo un instante brevísimo. Casi imperceptible. No continuó.

-Ya -le dijo a Quevedo.

-¿Ese hombre está aquí?

-Sí.

-¿Puede señalarlo?

Levantando el brazo, con el índice clavado en una dirección, dijo:

-Es ese -mientras apuntaba a Castor Quirós.

De pronto ha parecido que el ambiente de aquella habitación se hubiera vuelto turbio. Con los hombros caídos, Ruiz Esteban mira a todos los demás. Sirique, como si tratara de apoderarse de unas ideas que se le desbandan, da la impresión de haberse vuelto de pedernal. La mirada dura de Cardoso, de otras veces, está yerta. Graciliano, desencajado, revela la misma indecisión sentida el día anterior cuando le pidió a Graverán que a la reunión no asistieran oficiales y vio en el rostro de este una contracción que le hizo temer que en ese mismo instante le gritara: "¿Te crees que soy tonto. Ya sé en lo que andan. Estás arrestado!" El albéitar, Olvido, es la imagen de la confusión... y del terror. Lalo, como en busca de apoyo, ha pegado la espalda a la pared. La piel de Beno se ha tornado lívida, las aletas de la nariz se le han ensanchado, su respiración se ha hecho gruesa y sus ojos oscuros fulguran, como cuando está nervioso. Los otros tres o cuatro sargentos y cabos presentes quedan rígidos. Por su parte, Antonio Felipe da la impresión de que ha sido sacudido por millones de agujetas que le puntearan la piel. Aquel estado hubiera podido durar un tiempo indeterminado, si no llega a ser que el sargento de la jefatura los obliga a reaccionar. "¿Qué le digo al capitán?", pregunta. Finalmente, Antonio Felipe sale del estupor que los ha agarrado. Parece sereno cuando señala:

-Ve y dile que ahora vamos -y aún antes de que el mensajero dé la espalda, con los ojos entrecerrados, inquiere-: ¿Viene solo o... hay más oficiales?

-Viene solo -le responde el sargento de la jefatura.

Cuando se marcha ninguno se ha movido todavía.

-Bueno, ¿vamos o qué? -compulsa Felipe, con un desenfado aparente. Y, de inmediato, en forma desafiante, dice-: ¡Vamos, Beno! ¡Vamos, Graciliano! Parece que llegó la hora de desenfundar los cañones.

Aquellas palabras ayudan a salir del desconcierto, porque son como si les recordaran a todos que siempre habían sabido que tarde o temprano llegarían a un punto decisivo, peligroso.

Quizá para alguno fue este el momento de la alternativa: volver para todos los tiempos a encerrarse en su piel, o lanzarse dentro de una espiral de dirección desconocida. Al menos para Beno parecía ser así. Había intuído que arribaría una hora en que todo se pondría en juego. Pero merecía la pena enfrentarla. No iba a seguir toda la vida calculando las ganancias obtenidas en el puesto del Mercado Unico por la venta de unos boniatos jojotos, unas naranjas podridas o un serón de ñame. No obstante, esta encrucijada resultaba peligrosa. Era una de esas que podía significar un escalón que lo echara como de un zancajazo adelante en la vida, o... lo encallara en la costa, como a los barcos, para aprisionarlo y dejar poco a poco que el salitre se encargara de desguazarlo. Aún titubea. ¿Han calculado bien?... Pero si el Estado Mayor está investigando es porque quizá todavía no han logrado atar los hilos de lo que se proponen. Debe de ser así, porque si todo estuviese decidido no habría un jíbaro solitario merodeando en el camino, vendría la jauría. En consecuencia lo que cuadra es ver qué rumbo trae el viento.

Después, con dificultad, se levantan de los asientos y se encaminan a la puerta. Pero cuando van a salir, Beno, pálido, se detiene y detiene a Ruiz Esteban. "Negro, tú quédate, le dice. Agarra el teléfono y llama a todas partes. Que vengan para acá todos los que puedan... armados, armados",

repite, como poseído por una mala visión.

En el arremolinamiento de la salida, casi sin proponérselo, Beno y Felipe inician la marcha. Desfilan a través de un salón atestado, repleto de voces. Uno de los presentes pregunta qué está sucediendo. Sirique, pusilánime, con una mirada atontada, dice:

-Afuera hay gente del Estado Mayor. Quieren hablar con nosotros.

A sus espaldas unos alistados sudorosos, susurran: "¡Del Estado Mayor! ¡Del Estado Mayor!". Otros, con los ojos muy abiertos, afirman: "¡Seguro vienen a coger preso a todo el mundo, seguro!"

En la acera, acopiando una serenidad humillada (nunca supuso que tendría que ir en busca de un subordinado), fumando, está Jorge Duarte Brier. Al salir de la oficina de Graverán se había sentido perturbado por la visión de los camiones cargados de alistados que, procedentes de otros cuarteles, aparecían en el campamento. Los había escuchado llegar, pero fue diferente verlos y, si anteriormente creía que se trataba de una asamblea de sargentos, comprobó que en la reunión iban a participar cabos, soldados y hasta reclutas. Era una torpeza insólita de Quesada y Graverán haber autorizado algo así. El había previsto, días atrás, la posibilidad de utilizar a favor de sus aspiraciones las peticiones de unos cuantos sargentos, que seguramente terminarían esgrimiendo unas solicitudes de poca monta (a excepción de lo que le interesaba: el reclamo de la depuración), pero esta convocatoria sacaba de cauce todos los cálculos y amenazaba con que todo se fuera de las manos.

Eso valoraba al dirigirse al club, cuando por la acera y en marcha para el lugar divisó a dos sargentos de la jefatura. Una vez que recibió su saludo, les preguntó innecesariamente a dónde se dirigían. Al informarle que a la asamblea, quiso fulminarlos. "¿Pero yo no dije que no asistieran?", exclamó. Los sargentos, pálidos, temerosos, tartamudeantes, le respondieron que sí, pero que no habían desobedecido sus órdenes, porque la asamblea estaba autorizada por el Estado Mayor. Fue él quien en ese momento quedó casi petrificado. Sabía que en tales palabras había descaro y un desacato subterráneo. Pero no podía desautorizar al Estado Mayor, ni tampoco reconocer el desaire. Con uno de ellos envió el aviso adentro.

Ahora, al ver aparecer por la puerta a los sargentos, comprueba que siente una inquietud secreta. "Siempre tienen que actuar como una gavilla de cuatrerros", se dice al verlos.

Respetuosos, los que marchan delante se cuadran. Los siguientes quedan a la expectativa. Es a Beno a quien Duarte se dirige.

-¡Qué, taquígrafo, organizando reuniones! -y Beno capta el tono irónico, como también que esa forma es inhabitual. No ha habido la dureza de filas ni el reproche previo a la orden de arresto. Primer tanto.

Beno, todavía sigue en "firmes", tieso, igual que Felipe y Graciliano, cuando ruega:

-Permiso para hablar, mi capitán.

-¡Pónganse cómodos! -ordena Duarte. Pero no le permite hablar a ninguno, porque enseguida expone-: El Estado Mayor está interesado en conocer el motivo de esta reunión. Vengo a investigarlo para trasladar cualquier petición que ustedes tengan.

Para Beno lo dicho funciona como una clave descifrable, y siente que todo comienza a marchar bien. Perfectamente bien. Casi diría que inobjetablemente bien. No, no hay ninguna agresividad en el oficial. Los conoce tanto como a sus reacciones. Se están tratando de potencia a potencia, no de jefe a subordinado. Su mente busca cada detalle en lo explícito, pero aun más en lo implícito. Y, como se ha dirigido a él, no le queda más remedio que enfrentar la prueba y responder.

-Mi capitán, queremos reunirnos para elevar un conjunto de problemas que deseamos conozcan los mandos.

-¿Cómo cuáles, sargento? -pregunta Duarte.

-Problemas con el vestuario y la comida... Usted conoce que desde hace meses no se nos entregan

las mudas y el rancho está malo. Además, se habla de que se rebajarán los sueldos y que se van a recortar las plantillas. El soldado está preocupado, ¿usted sabe?

Duarte no se deja convencer por esas palabras. Las peticiones mencionadas no pueden resumir la totalidad de lo enhebrado. Sin embargo, debe aceptar las reglas establecidas para esta entrevista. Si hace ver que desconfía, sólo le quedaría un camino: ordenar su arresto. Mas, ¿dónde están los colmillos que le pongan orden a los colmillos? Y, por si fuera poco, sabe que Mendiola, al dar su consejo, debe de haber valorado que un enfrentamiento, un desorden en las tropas, sería desastroso. De todas formas, el que su presencia los haya hecho rebajar sus demandas es ya algo. En consecuencia, es suyo el primer golpe. Incluso temió encontrarlos más agresivos, pero siguen siendo los mismos elementos obedientes, al menos en apariencia, de siempre. Seguramente hablando, acabará de ponerlos en el carril. De inmediato lo que cabe es dejarlos que se desfoguen, lanzarles algunas piltrafas y en su momento licenciar a algunos. La revoltura de los tiempos los ha contaminado de civilidad.

-Pero, para plantear esas peticiones no tenían que haber citado una asamblea -apunta Duarte-. Podían haberse dirigido por conducto reglamentario al jefe del distrito, y exponer sus problemas.

Entretanto, casi sin que Duarte se percate, un gran número de aforados que aún llegaban, ha ido rodeándolos. El círculo que se cierra en torno a ellos suma ya cerca de cien hombres.

-Mi capitán, pudiéramos explicarle con más detalles nuestras necesidades. ¿Por qué no continuamos adentro? -propone Beno, en lo que algunos consideran un gesto audaz.

Antonio Felipe va a objetar. De hecho la asamblea se tornaría una reunión con el oficial. Pero Beno es más ágil e impide la otra intervención .

-Es mejor adentro -reitera la invitación.

-Sí, es mejor. Podemos hablar con más calma -asiente Duarte.

Duarte no ha querido rechazar el ofrecimiento aunque en el Morro tantas veces le fue repetido que en el ejército no había deliberaciones, pero valora que en un diálogo directo puede hacer que todo concluya de inmediato. Ya retornarán los relojes a hacer que las horas lleguen puntualmente.

Entran en el salón en medio de aquella mañana del septiembre temprano, en que el calor es el mismo de agosto y la luz la misma del verano, aunque ligeramente más opaca. Al final, en el local, hay una mesa y detrás de esta varias sillas. Hacia allí se dirigen, en medio del silencio y la expectación de los soldados que han permanecido en un recinto en el que se han abierto claros.

El oficial, Felipe y Graciliano, toman asiento junto a la mesa. Beno queda de pie y toma la palabra. Les explica a los alistados que el oficial ha venido a conocer -cuida de subrayar el término-, en nombre del Estado Mayor, los motivos de queja de los alistados. Después repite las mismas cuestiones que ha expuesto en el exterior del edificio de madera. A su lado, Antonio Felipe percibe a veces en los matices de la voz de Beno un tono desagradable, bajo, sumiso. Es quizá eso lo que hace que poco a poco sienta que en la garganta se le va acumulando una repugnancia grasienta. Por un momento, ante los lamentos renovados sobre la comida, la ropa y lo que considera veinte naderías, casi experimenta el deseo de no seguir escuchando. Sin reflexionar demasiado, cuando cree que ya no puede continuar resistiendo, exclama:

-¡Beno, no hables más mierda y di la verdad de lo que hay!

El embarazo en el lugar es total. La frase ha salido sonora, restallante, perfectamente pronunciada. Beno se tensa como una arco de ballesta. El color cetrino de su piel se vuelve más intenso. Después se torna pálida. La furia y el odio son como chispazos que se le acumulan en los ojos, tal vez para no desaparecer nunca más. No vuelve la vista a Antonio Felipe, la deja vagar por el salón sin fijarla en ninguno de los rostros cuajados de sorpresa que están ante él. Da la impresión de que una sensación de ridículo y una inhibición le quemasen los intestinos. Sin embargo, logra el equilibrio y hace que desaparezca. Retoma un nuevo ánimo y consigue seguir adelante, decidido a borrar en fracciones de segundo el mal efecto de aquella embestida. En otro de los sargentos, posiblemente en Graciliano o

Cardoso, hubiera significado desenfundar el revólver y que pasara lo que pasara. En Beno, no. Sabe que cada agravio tiene un lugar en el rencor y un momento para el desquite. Ese llegará, cuando el daño se haga irreversible. Engola aún más la voz y, con un sosiego crecido entre la vaharada a yerbas húmedas que parece impregnar el local, resume algunos de los fines de las demandas. Los mandos y la oficialidad decidieron la caída de la dictadura sin contar con ellos -expone-. Los han conducido como un rebaño y eso los mortifica. Ahora, toda la gloria se la atribuye la oficialidad. Agrega el descontento reinante por el deslucido ceremonial con que fueron enterrados los restos del quizás único mártir del ejército. Habla sobre los maltratos y las ofensas recibidas por los alistados, víctimas de oficiales despóticos. Describe el triste papel de los asistentes, más parecido al de criadas. Afirma: "Hay revolución en el país y en el ejército no sucede nada" y, por fin, entra en el tema más escabroso: "En muchos mandos continúa en funciones personal maculado, y eso nos duele. El uniforme debe quedar limpio.

Antonio Felipe, aunque no totalmente conforme, a medida que observa el asentimiento de los presentes y oye los murmullos de aprobación, va tranquilizándose. Si Beno hubiera seguido con tantos circunloquios acerca de lo que pretenden, no iba a inspirarlos a jugársela a fondo. Querían escuchar esto aunque nunca supieran que querían oírlo, y ahora están oyéndolo.

-¡Todo eso y más son verdades! -exclama desde el fondo una voz de apoyo imprevista.

Un murmullo generalizado subraya los sentimientos alojados en aquella reunión, donde los presentes ya se acercan a los cuatrocientos o quinientos.

Duarte Brier se siente atezado. El planteamiento sobre la depuración podía haber sido positivo. Ahora podría haber dicho en el Estado Mayor "¿Ven, ven como era necesaria la depuración?" Sin embargo, por haberse manifestado de esta forma, por un tiempo ya no será posible llevarla a cabo, para que no se piense que ceden ante los alistados. Además, lo escuchado rebasa los límites de lo permisible, porque los ánimos están soliviantados. Posiblemente, si este mulato diera una voz, ahí mismo una manada enloquecida se desbordaría en la dirección que apuntara, una turba más, pero de uniforme y armada. Ahora comprende que hay muchos agravios acumulados. También, que una

revolución es muy peligrosa. No, no es posible jugar con ella si no se está dispuesto a llegar hasta el final. Se hace evidente que en esta tropa, que hasta días atrás nada tenía que ver con la revolución, se puede esperar hasta un ¡viva! para la anarquía... "Aquí debe de estar funcionando una célula comunista o algo así", se dice. En eso, mira hacia el final del salón y siente más confianza. Allá, al fondo, descubre a varios oficiales.

Beno parece haber terminado. Entonces Duarte se pone de pie y toma la palabra. Despaciosamente arguye que ya el Estado Mayor está tomando medidas para solucionar muchos de los problemas planteados, y sus efectos pronto se dejarán sentir. La culpa de todo la ha tenido el régimen anterior. Sin embargo, mientras habla teme que no le crean porque él mismo no puede suscribir todo lo que afirma. Como entre las cuestiones mencionadas por Benó está una supuesta arbitrariedad cometida en el campamento con un sargento, Duarte dice que ha sido precisamente él quien ha tomado la decisión de licenciar a Migdonio. Pregunta si es que acaso no se conocen todas las bellaquerías cometidas por Migdonio, y agrega: "Que se sienta satisfecho de que no lo haya metido en la prisión. Lujuria, no es más que un bandolero que ha estado medrando en el campamento con todo lo que puede." Cuando termina, cree que con lo dicho es suficiente. Pero no, hay más, porque Antonio Felipe pide hablar. Según sus palabras, resulta claro que en todo el tiempo transcurrido no se ha movido un dedo para solucionar nada. ¿A qué se espera? ¿Dónde está la depuración? Y formula una pregunta: "¿Cuándo las tachaduras del escalafón, se volverán hechos?" Sus palabras conmueven y encolerizan a Duarte. Para desmoralizarlo Felipe ha utilizado su propio gesto, hasta el momento inocuo. Y es en esa voz que Duarte siente finalmente que allí merodea la sedición. Además, por otra causa, esas palabras resultan harto peligrosas. Felipe tiene ascendiente sobre la tropa por una de esas razones que en Cuba es siempre un argumento poderoso: "¡Es un cojonú!", dicen de él. De manera que Duarte lo interrumpe y lanza una apelación definitiva para obligar a cerrar este capítulo. "Deben tener confianza en los mandos, en sus jefes."

Beno, desde que pronunció su alegato, ha quedado alterado. Antonio Felipe delante de varios oficiales (él también ha observado la presencia de los que están al fondo), lo ha empujado públicamente hasta un punto sin retorno. Pero quizá pueda atajar el mal, quizás un gesto borre algo de la imagen revoltosa que se cierne sobre él. Por lo que dirigiéndose a Duarte, expresa:

-Quisiera explicarle que nuestros planteamientos no han ido contra los señores oficiales, los cuales son unos caballeros. Aquí todos los acatamos. Es bueno que sepa, mi capitán, que si ahora mismo usted da un "cuatro derecha" todos obedecíamos inmediatamente.

En respuesta, en una frase con la cual quiere aflojar las tensiones, pero que resuena entre la tropa como despreciativa, insultante, Duarte exclama:

-¡Y cómo no!

Antonio Felipe mira a Beno. No necesita decirle nada. Se burla de él. Pero ya el capitán ayudante parece creer que cualquier otra cosa sobra y todo está dicho, por lo que ahora sólo le queda usar la razón última de un militar, la autoridad.

-Pónganme todos sus planteamientos por escrito -le señala a Beno-. Vendré a buscarlos a las tres de la tarde. Mañana o pasado los veremos con el jefe del Estado Mayor. Ahora, ordeno que se disuelva esta reunión y regresen a sus unidades.

A partir de entonces, a Duarte parece retornarle un optimismo un tanto difuso. Ha impuesto su decisión y se abre una tregua, un plazo suficiente para seguir haciendo pesquisas acerca de la protesta y sus líderes. Casi pudiera decir que lo peor ha pasado. Sí, es verdad, ¿quién puede negar que muchas veces las tormentas en el Caribe rompen sus vientos antes de llegar a la costa?

Al reconocimiento de Cástor, lo había precedido un silencio tenso, como si cada uno hubiese experimentado un íntimo temor de que por un azar caprichoso cualquiera de ellos pudiera haber sido el señalado, como si cada uno quisiera haberse asegurado que, sorpresivamente, no se hallaba sobre las gradas de la piedra grisosa del Coliseo de Tito y Vespasiano, y pudiese ser castigado por la

imprudencia de estar allí. Todavía después, por un instante, cuando Magín identificó a Cástor, el silencio sucedió al silencio, un silencio sucio, que pareció milagrosamente largo, como si todos estuviesen preparándose para la tragedia que sobrevendría. Así, hasta que por fin la atmósfera estalló y un abejorreo de palabras y denuestos, con los que unos a otros se confirmaban que lo habían sabido desde el principio, que el espacio para la compasión y la clemencia había desaparecido, encenagó el local y la atmósfera.

Por un momento, los asistentes parecieron olvidar al ex sargento Magín. El policía continuaba de pie, allí, junto a la silla, pero su brazo ya no se extendía acusadoramente apuntando a Cástor.

Oscar volvió la vista, leve, endurecida, a su izquierda. No miraba a Juvenal, que ahora estaba rígido, sino a Cástor, que ya no era un hombre sino un muñeco roto, con su cabeza caída hacia adelante, cómo si de un mazazo le hubieran destrozado las cervicales. Oscar comprendió que para él no hubo sorpresa ni golpe de dados. Desde que había visto a Magín, sabía que todo estaba perdido.

En eso, desde atrás, alguien lo tocó en el hombro. Era Washington Paniagua quien, farfullando, preguntó si Magín no habría visto la fotografía de Cástor en los reclamos pegados en los postes y las paredes de la ciudad. Oscar sacudió la cabeza, y le contestó: "Ya estaba preso cuando se repartieron." Al volverse, fugazmente contempló a Angel. Seguía allí, recostado al tabique de madera. Su compañero no miraba a ninguna parte, sino hacia dentro de sí, como si se preguntara cuál era la condición real de los seres humanos. Mas debió presentir que era observado, porque levantó la mirada y, a su vez, la dirigió a Oscar. Entonces pudo leer en los ojos de Angel, la cólera sorda y terrible que se tramaba en ellos.

De pronto, en un lugar impreciso de la sala un sollozo convulso estremeció el ambiente, y se escuchó una exclamación:

-¡Que le den un revólver! ¡Que se lo den, coño, que me bato ahora mismo con él!

Al buscar, Oscar se encontró con que Fuentes forcejeaba con otros miembros del Directorio, para

tratar de salir de la fila.

Regino, intentando dominar la situación, le susurró algo a Quevedo, quien se adelantó hacia Magín y lo hizo abandonar el local mientras Regino comenzaba a pedir orden. Ya Oscar no quiso escuchar más. Bajó la cabeza para encontrarse con otros pensamientos.

Sumido en la meditación lo halló la conclusión del juicio. Apenas hizo caso cuando escuchó a Regino preguntarle a Cástor si quería exponer algo más, pero comprendió que el acusado no pudo o no quiso responder. Luego, el presidente del tribunal pidió al resto del jurado que saliera afuera. Junto a ellos marchó Oscar. Se congregaron bajo una mata de caimitos. Las expresiones de los rostros no eran unánimes, en uno era dura, en otro preocupada. Otro más parecía de nuevo al borde de un sollozo y aún otro, perplejo, parecía no acabar de descubrir la responsabilidad que había contraído al aceptar el papel de juez en un conflicto de pocas alternativas. Pero todos estaban estremecidos. Y, uno de ellos, con voz trémula, como si adelantara la interrogación que nadie hubiese querido lanzar, preguntó cómo se ejecutaría la sentencia. Hubo quien propuso entregar al ya tácitamente sentenciado, para que verdugos oficiales la llevaran a cabo. Pero alguien dijo que eso era infantil. Horta sugirió abrirle una ruta para que se hiciera justicia por su propia mano. "Sólo le queda el suicidio", afirmó. Aun así, algún otro apuntó que eso era demasiado benigno y hasta honorable, pero tan pronto Regino sometió el asunto a consulta, todos aceptaron. "¿Quién se encarga...?", preguntó. Y, Horta, con una expresión como de quien sabía que irremediablemente le tocaba la misión, se propuso para ella. De manera que le pidió a Tomás de Aquino su smith-wesson, al cual le extrajo del cilindro cinco balas y, colocándoselo en la cintura, salió rumbo a la casa. Momentos más tarde, cuando los últimos cigarros estaban siendo encendidos bajo el caimito, apareció Horta. A su lado marchaba Cástor. Al pasar cerca del grupo, camino de la arboleda, ni Cástor ni Horta los miraron. Daban la impresión de que fueran dos amigos que charlaban sobre cuestiones intrascendentes, estudios, hembras, pecados recientes. Sin embargo, el ambiente de la tarde lechosa, desmentía esa imagen.

En tanto esperaban, los presentes continuaron en un silencio tirante, pero Cuco Setián, que en ese momento salió de la casa y llegó hasta ellos, lo interrumpió para preguntar qué se pretendía. Fuentes,

aparentemente calmado, hizo un gesto que Cuco entendió. Pasaron diez o quince minutos, más no sucedió nada. Y cuando Felo Moreno, preocupadamente volvió de nuevo a mirar su reloj, de entre los árboles, seguido por Horta, surgió el condenado. Al acercarse, Horta le hizo un gesto al grupo y Cuco siguió a Cástor a la casa.

-¿Qué pasó? -preguntó Juvenal adelantándose a los demás, cuando el otro estudiante estuvo a su lado.

-Le di el revólver. Lo dejé solo. Pero me llamó, y me dijo que no podía -explicó.

Y el grupo quedó sumido en el desconcierto.

-¿Entonces...? -interrogó Oscar Valdivieso.

Por un instante todos quedaron en silencio, hasta que Tomás de Aquino lo rompió para proponer un sorteo que determinara quién debía ejecutar la sentencia. Escopeta, tartamudeando, opinó que debían juramentarse para que nunca se supiera a quién le había tocado la misión.

-No puede ser aquí. Comprometeríamos a la familia de la finca -objetó Felo Moreno.

Pero Fuentes alertó que era arriesgado salir con él a la carretera.

Fue ahí que el único que no había pronunciado una palabra en todo el tiempo, afirmó secamente:

-No hay sorteo. Yo me encargo del asunto.

Beno trata de forzar el trespatá todo lo que puede y, Felipe, distraídamente, observa la pieza metálica

colocada entre el chofer y él, bajo el parabrisas, donde asoman los números del cuentamillas que precisa la velocidad a que marchan por la calzada de 10 de Octubre. El calor es sofocante. Al menos el parabrisas está levantado y, aunque sea, por la abertura penetra un aire cargado de un vapor acuoso que presagia lluvia. Beno ha insistido en pasar por su casa antes de regresar a Columbia. Estaban cerca y podrían saber si allí había alguna noticia. "Aprovecharemos también para echarle algo a la paila", dijo, y él casi le soltó que la idea le gustaba porque así no tendrían esta noche que comer el rancho de la prisión militar. Pero contuvo la jarana para evitar de nuevo la mortificación del sargento, ahora que andaban excitados y, este, al pedirle que lo acompañara al cuartel Máximo Gómez, después de la última discusión y de casi irse a las manos en la oficina del club, le había hecho un gesto de buena voluntad.

Una vez que la asamblea terminó, los miembros de la junta y otros sargentos y cabos, se metieron en la oficina del club. "¿Qué vamos a hacer?", preguntaban unos. "Estamos presos", comentaban otros. Por su parte, Graciliano parecía el recuento de todas sus indecisiones, mientras Sirique, Olvido y Ruiz Esteban, con los hombros caídos y un sentimiento de pesadumbre en el semblante, daban la impresión de ser la derrota misma. Beno habló entonces. "Esto está malo, muy malo", y, Felipe, no por incomodarlo, sino por levantar los ánimos, lanzó un comentario.

-¡Esto es una cuestión de timbales, no de lamentos!

Beno, sentado sobre el buró, hizo un ademán como para ponerse de pie e irle arriba, en tanto le gritaba que iba a demostrarle que le sobraban. Graciliano intervino y logró frenar el pleito. "¿Ahora, como están las cosas, se van a poner con porquerías?", exclamó. Y todo quedó allí. Beno, luego, a manera de una reflexión, señaló: "Hay que tomar de inmediato los mandos del campamento y antes de que esa gente reaccione hacer que en los demás cuarteles los sargentos hagan lo mismo. Si no, nos afrijolan." Y de un solo golpe, empezando por Graciliano, Lalo y Cardoso, todos parecieron salir de la postración en que estaban sumidos. Hasta alguno pareció pensar, en ese instante, que algo tenían que agradecerle a la presencia del capitán: verse obligados a impulsar definitivamente los hechos. Por eso, acordaron convocar para las ocho de la noche una nueva asamblea. Beno propuso también que de inmediato los miembros de la junta se repartieran entre los cuarteles para citar a los

delegados e imponerles de la necesidad de tomar los mandos. Ruiz Esteban, aún confuso, le preguntó al sargento taquígrafo si se iba a redactar el papel pedido por Duarte. Y este le respondió:

-¿Tú eres bobo? que se lo haga su madre. No ves que lo quiere para tenernos en sus manos y meternos ante un consejo de guerra. ¿Para qué crees que vino de investigador?

Más tranquilo, el sanitario, con la misma expresión bovina de algunas veces, comentó:

-Sí, ya me lo parecía.

Por último acordaron encontrarse allí mismo, sobre las cuatro.

Poco antes de salir se había producido el gesto que, de golpe, aparentaba haber aflojado el conflicto entablado entre Felipe y Beno. Con motivo del reparto de los cuarteles a visitar, Beno se propuso para ir al Máximo Gómez. Pero volviéndose a Felipe, le dijo: "¿Vienes conmigo?", y el sargento de la compañía 4, perplejo, le respondió afirmativamente.

Ya en el dormitorio del Máximo Gómez, en medio de unas continuas miradas vigilantes hacia la puerta, se entrevistaron con unos sargentos. Hablando en voz muy baja, de manera que a unos pasos casi no se escuchaba, les explicaron los planes. En uno de los momentos, Felipe, a la vez que vehementemente expresaba algo, señaló en la dirección hipotética del Castillo de la Fuerza. Los otros sargentos asintieron.

Al salir del cuartel tomaron hacia el suroeste de la ciudad, y se detuvieron frente a una casa de la calle Infanta. Poco después fueron recibidos en la sala por un hombre con rasgos de campesino y cubierto por un sombrero stetson. Llevaba polainas, cinturón grueso repleto de balas y una cartuchera en la que asomaba un colt 38. A pesar del armamento, su aspecto se acercaba sobre todo al de uno de esos guajiros que llegaban periódicamente a la ciudad, cargado de encargos de la familia. Era el autodesignado coronel Florestán Santiago, el alzado que durante años, internado en los montes comprendidos entre Santa Clara y Camagüey, había resistido la persecución de los

guardias, como siempre llamaba a los militares. Desde el triunfo se había aposentado en La Habana, entre los nacionalistas y los abecedarios. El héroe tenía unos criterios muy singulares en política, siempre estar en contra del gobierno porque él era un opositor de cepa. Eso lo había llevado a combatir a los liberales cuando pellizcaron la presidencia, a los conservadores cuando estuvieron en el poder, y a los dos cuando se sumaron para apoyar al Mocho. Por eso se hizo partidario de los nacionalistas. En estos tiempos parecía sentirse tan aupado por una prensa necesitada de vender leyendas de campeadores de la lucha contra la dictadura e historias de episodios en su contra, que parecía obligado a creerse todo un oráculo político-militar. Y, como Florestán Santiago arrastraba a mucha gente, al salir del Máximo Gómez, Beno propuso llegar a la vivienda en que el guerrero se hospedaba en La Habana.

Apresuradamente los sargentos le expusieron la situación. Necesitaban su apoyo para limpiar el ejército de "los enfangados que él mismo había combatido". Y el coronel les prometió ayuda. Disponía como de doscientos hombres armados.

-Si me necesitan me avisan, que yo me aparezco allá con mi gente y vamos a ver que pasa -aseguró.

Animados por los resultados de la entrevista, abandonaron la casa. Todo les iba saliendo bien.

Fue entonces que Beno propuso ir a su vivienda.

Ahora, al llegar a la esquina de Toyo, los sargentos dejan el automóvil y suben hasta el apartamento del taquígrafo. Cuando este mete el llavín en la puerta y abre, su mujer está plantada en el centro de la salita.

-¡Que bueno que llegaste! -exclama ansiosamente Casilda, dirigiéndose a Beno-. Me has tenido preocupada. Dijeron por radio que hubo un problema en el campamento.

Beno parece experimentar momentáneamente que algo se le ha entumecido en la cabeza, mientras Felipe siente tanta sorpresa como si de pronto descubriera que tenía el sombrero lleno de grillos.

-¿Qué dijeron? -inquire el sargento mayor.

-No. Yo no lo oí. Vinieron a contármelo; dijeron que hubo un plante, pero que ya todo se acabó.

-¿Y aquí ha venido alguien? -vuelve a preguntar el sargento mayor.

-No, aquí nadie.

Ambos militares se miran como si intercambiaran un mensaje cifrado. La noticia alarmante puede resultar todo lo contrario. Si radiaron algo así y no han venido a buscar al sargento mayor, esa es la mejor señal de que los mandos están confiados. La noticia pudo haberla dado a la emisora algún asistente a la reunión.

-Danos algo de almuerzo -le pide Beno en forma más sosegada a su mujer.

Ella entra en la cocina, y los dos sargentos toman asiento junto a la mesa.

-¿Qué crees? -dice Felipe como para remover el tema.

Los ojos de Beno revelan, pese a todo, una profunda inquietud.

-La caña está a tres trozos. Tenemos un cincuenta por ciento para imponernos... Pero... pero si se despiertan, nos chivamos.

La mujer de Beno se acerca y les pone delante un par de platos hondos, dos cucharas y dos vasos, de un vidrio tan grueso que seguramente si cayeran al suelo rebotarían sin romperse.

-Me perdona lo que hay -dice la mujer al dirigirse al cuartelmaestre-; Beno no avisó que iba a traer visita y sólo tengo frijoles y un poco de tasajo con harina, que estoy calentando.

Felipe, sin mirarla, le responde que no tiene por qué excusarse. "Eso es un banquete", afirma para halagarla. Y, de inmediato, el taquígrafo presiona a su mujer para que se apure. No pueden perder tiempo.

Mas, cuando Casilda ya está en la cocina hace una pregunta.

-¿Les falló lo que iban a hacer?

Beno, embarazado, levanta un poco la voz para que ella lo escuche y explica:

-No, el asunto va caminando, pero la situación está complicada. Vinieron del Estado Mayor a averiguar. Todo el mundo está trastornado.

Y por la puerta abierta del otro aposento se oye la voz de la mujer que exclama, como insinuando una recriminación:

-¡No se por qué tienen que tenerles tanto miedo! ¿Ustedes no son más que ellos?

Antonio Felipe queda apresado por las palabras y el juicio elemental. En ese momento concluye que la muchacha está bastante al tanto de los planes. "¡Caray con la mujercita!", se dice, y piensa que en la intimidad de la cama la blanquita debe soplarle muchas cosas al sargento mayor.

"Ya el papel debe de estar redactado", pensó Jorge Duarte Brier, cuando pasadas las cuatro de la tarde, en medio de una lluvia que se descolgaba sobre el campamento, regresó allí.

Después de la reunión con los alistados el capitán había ido a almorzar en el club. Los oficiales con

los que habló estaban perturbados. Dos de ellos le dijeron que, al escuchar lo expuesto en la asamblea, fueron a ver a Graverán para señalarle que de inmediato se debía arrestar a los instigadores de las demandas y si se resistían, abrir fuego, pero que este les expuso que no era para tanto, y que todo estaba autorizado por el Estado Mayor. Luego, Duarte salió nuevamente hacia la clínica donde se hallaba recluido Mendiola. Quería informarle de lo sucedido. El coronel le reiteró que tuviese mucha calma y no se precipitara. "Hay que evitar un conflicto grave. Ya sabes", afirmó. Y él le había respondido que no se preocupara, porque confiaba en que podía arreglar el asunto.

Ahora Duarte se dirigió directamente al puesto, adonde pensaba convocar a los sargentos. Atravesaba el antedespacho de la oficina de Graverán e iba a entrar en la de su jefe, cuando el mecanógrafo lo detuvo y le comunicó que el teniente coronel no estaba y que había sido trasladado a Santiago, por causa de lo cual en su lugar estaba el comandante Soto Palacios. Nada pudo causarle mayor asombro a Duarte. Que Graverán no lo hubiese localizado para despedirse era sorprendente, pero todavía más que al mando del distrito hubiesen dejado a Soto Palacios, nada más y nada menos que uno de los tachados por él en el escalafón. Pero no dijo nada, se limitó a preguntar, señalando la puerta, si el comandante estaba adentro. Al responderle el oficinista afirmativamente, sin tocar entró. Efectivamente, detrás del buró, con los brazos cruzados, mirando la lluvia que pegaba en los cristales de la ventana, estaba el jefe interino del puesto. El saludo entre ambos fue helado.

-¿Qué ha sucedido con Graverán? -preguntó secamente Duarte.

Sin cambiar de postura el oficial le respondió:

-La secretaría lo designó para que se hiciera cargo, de inmediato, del primer distrito. Quiso salir enseguida. Estaré aquí hasta que mañana o pasado llegue el relevo.

Duarte pareció contrariarse nuevamente. Examinó el rostro del comandante con una mirada malévol. No le gustaba nada la idea de enfrentar la situación, con el mando en manos de un nostálgico del viejo régimen. Pero no tenía más remedio. Por eso, le preguntó su opinión sobre los acontecimientos de la mañana. El otro militar, sin prestarle mucha atención, al finalizar un bostezo,

le dijo que aquello no tenía importancia. El país estaba revuelto y se hundía en el desorden y mares de peticiones. "Cuando se les concedan algunas demandas, todo volverá a su lugar", afirmó. Pero el rostro de Duarte reveló una duda. ¿Realmente este hombre pensaba así o estaba tan desmoralizado que le echaba agua a la sopa, para no enfrentar la realidad? "No estoy tan seguro como usted", replicó, y, al cabo de una pausa, le solicitó que un asistente fuera a avisarle a Beno que él lo aguardaba.

Después de una espera larga, mediada por el ambiente hostil que se interponía entre ambos, el asistente de Soto Palacios regresó con una noticia escueta:

-El sargento plantea que está ocupado, que lo dispensen. Vendrá en cuanto termine lo que está haciendo.

"Hoy no debí levantarme", consignó Duarte en su pensamiento como para evitarse una nueva irritación, a la vez que trataba de explicarse cómo era posible tal insolencia. Y, aunque enseguida se dijo que desde el 11 de agosto ya nada era lo mismo en el ejército, pegando un puñetazo en la mesa, exclamó:

-¡Por lo visto vamos a tener que mandarlo a buscar arrestado!

Soto Palacios, una vez que le ordenó al soldado retirarse, hizo un comentario:

-No se apure, no se apure, capitán. Debe de estar redactando el papelucho que usted pidió. Además, le ruego que sea cuidadoso. Esa gente está autorizada por el Estado Mayor, y yo no soy el propietario del mando. Aquí las órdenes, que las dé cuando llegue el nuevo jefe.

Duarte experimentó una irritación profunda por estas palabras. Valoró que Soto Palacios estaba acobardado y tan sucio, que no quería mover un dedo. Pero no importaba, se dijo, si tenía que hacer lo que fuese lo haría, en definitiva él actuaba como delegado del Estado Mayor. Mas, se detuvo y reflexionó: ¿De cuál Estado Mayor hablaba si Mendiola estaba fuera del juego? Así que concluyó

que debía andar con cautela, porque era posible que si trataba de hacer arrestos, el Estado Mayor (el otro) lo desautorizara, le quitara todo respaldo.

Ya el aguacero se había calmado y el sol de la caída de la tarde, afuera nuevamente, no empezaba aún a inclinarse detrás de Columbia, cuando Beno apareció. Antonio Felipe lo acompañaba. El sudor cubría sus rostros. Unas roletas pardas se les marcaban en los sobacos. Contra el reglamento, los botones de los bolsillos de sus camisas estaban zafados. En los de Beno sobresalían unos papeles.

-Venga el papel! -exclamó Duarte.

Beno quedó rígido. Tartamudeó ligeramente e informó:

-No hemos podido terminarlo, mi capitán.

Duarte reflejó enojo y sus palabras se cargaron de hostilidad.

-¿Nooo? ¿Cómo que no han podido? ¿Son tantas las peticiones? -recalcó irónicamente.

-Concedáanos otro plazo -pidió Beno, a la vez que en sus ojos se delataba un brillo muy especial-. Después de la reunión de esta noche lo tendremos listo.

El capitán, sorprendido, mientras unas arrugas pequeñas se le abrían junto a los ojos, preguntó:

-¿De qué reunión tú hablas?

-La reunión para la que pedimos autorización, mi capitán -respondió Antonio Felipe-. Como esta mañana no se pudo celebrar, la hemos convocado para la noche.

Y, como si hubiera considerado insuficiente lo expresado por el otro sargento, Beno añadió:

-Pedimos reunirnos con los alistados sin los señores oficiales, pero como no hemos podido celebrarla... -y sus próximas palabras quedaron en suspenso.

Duarte, renuente a aceptar la explicación, muy irritado, puntualizó:

-Sargento, esa reunión se celebró ya. No den más vueltas y denme el papel ese, que tengo que entregarlo allá arriba.

Los sargentos se miraron, y Felipe habló de nuevo.

-Mi capitán, el teniente coronel Quesada autorizó esa reunión sin la presencia de los señores oficiales.

Duarte fue a replicar, pero quizá por un reflejo causado por la mención del segundo hombre del Estado Mayor, se contuvo. Parecía como un gato al que hubieran sorprendido los ladridos de los perros a su espalda. Dirigiéndose al comandante, como si quisiera ratificarse a sí mismo lo escuchado, o en busca de una salida, dijo:

-¿Oyó usted? -a la vez que en sus términos se deslizaba la ira.

Por suerte, el comandante Soto Palacios salvó la situación con una propuesta:

-Llamemos al Estado Mayor, capitán, cerciorémonos.

Duarte asintió. Una expresión de triunfo se abrió en sus ojos.

El comandante hizo venir al oficinista y le pidió la llamada al jefe del departamento de dirección. Mientras esperaban en silencio, en los sargentos pudo percibirse la tensión que los embargaba. Comprendían que posiblemente la argucia, urdida momentos antes de llegar allí para justificar la asamblea, podía ser deshecha con una simple revocación. A su favor sólo contaban con el informe

pasado por el oficinista sobre el traslado de Graverán, a lo cual se agregaba el revoltijo de estas horas. Sólo, que en sus valoraciones no habían llegado a considerar la contingencia de una comprobación. El permiso, tal cual lo afirmaban, estaba dado. Pero, ¿entendería el Estado Mayor que había sido agotado por la asamblea de la mañana? ¿Y qué sucedería si decían que el permiso había caducado? Duarte, con toda seguridad, debía haber informado sobre lo acontecido, sobre la reunión. Los sargentos comprendieron que ahora la forma en que se desarrollaran los acontecimientos quedaba al arbitrio de lo que dijera el hombre con el que se trataba de establecer comunicación.

El aviso de que en la línea estaba el teniente coronel Quesada, llegó al fin. El comandante Soto Palacios descolgó el auricular del gancho y saludó al otro oficial, como a un viejo camarada. Impreciso, como si quisiese terminar rápidamente, como si no quisiese molestar con sutilezas, expuso la situación.

-...Sí, quieren celebrar una reunión esta noche sin la presencia de los oficiales. Dicen estar autorizados por ti... Sí... Pero es que aquí conmigo está el capitán. Sí, sí... son sólo unas demandas... Estoy de acuerdo contigo... ¿Por aquí? No, por aquí todo tranquilo... Lo que hay es mucho nerviosismo en todas partes... Sí, sí, ahorita hasta me llamó el secretario de Guerra porque le habían llegado rumores, pero le dije que no pasaba nada. Se han estado inflando las cosas... Sí... A tus ordenes, Antolín -y colgó.

El comandante se dirigió a Duarte, y expresó:

-Efectivamente, capitán. Están autorizados.

El oficial, sin esconder el malhumor de quien íntimamente se sentía burlado, a la vez que apretaba los labios balanceó la cabeza. Finalmente, con obstinación, afirmó:

-De todas formas, yo voy a asistir a esa asamblea.

Beno se sobresaltó. Miró a Felipe, y este abrió los ojos. Entonces, el mestizo pronunció unas

palabras que querían ser suplicantes.

-Le ruego que no lo haga, mi capitán. Así está dispuesto por el Estado Mayor. Este es un asunto exclusivo de los alistados.

Duarte volvió a apretar los labios. Había sido vencido.

Tenía que aceptar a regañadientes, si no, eran capaces de hacer otra reunión más hasta salirse con la suya.

-Está bien, Beno. Tengan el papel a las nueve. A esa hora pasaré a recogerlo. Y ni un minuto después, ¿eh?

Mejor que todo hubiese salido así, se dijeron los sargentos cuando abandonaban el local. El camino estaba irrevocablemente trazado. Si los hubieran arrestado, Sirique tendría que haber ido a rescatarlos.

Cuando el auto salió de atrás del cobertizo y por el camino llegó a la carreterita, el tripulante del asiento delantero le indicó al chofer que no tomara en dirección a Rancho Boyeros sino en la opuesta: rumbo a Arroyo Arenas. "¿Por qué?", le preguntó el chofer. Malhumorado, su acompañante, sin darle más explicaciones le reiteró que hiciera lo que le decía. Luego, de soslayo, comprobó que el prisionero parecía sereno.

En tanto el auto avanzaba por el terraplén, un silencio profundo, como de rigor, embargó a los cuatro ocupantes del vehículo, porque al lado del prisionero, otro viajero, con un winchester 30-30 en las manos, había sumado a su actitud alerta un mutismo penitente.

A partir de entonces, la vista del tripulante del asiento delantero no se separó del camino, de forma que vio pasar una tras otra dos o tres carretas tiradas por bueyes, las que como no era tiempo de zafra iban vacías. Y también jinetes, por los senderos paralelos abiertos a ambos lados de la vía, unas veces por el paso de los hombres y otras las bestias.

-Quisiera pedir algo -dijo en uno de aquellos momentos, desde atrás, con una voz apagada, el prisionero.

Sin volver el rostro, el joven que iba junto al chofer le pidió que lo expusiera. "Ver a un sacerdote. Quisiera confesarme." Por un momento el joven pareció estremecerse. Pero el prisionero no pudo notarlo, "Está bien", le respondió. Y, dirigiéndose al chofer, le advirtió que cuando llegasen a Arroyo Arenas se detuviera frente a la iglesia. Al escucharlo, el chofer refunfuñó. Debió de haber considerado que esa era una concesión peligrosa.

Llegaron a una curva, y el joven del asiento delantero aguzó la vista. Una nube de polvo bermejo del terraplén, que como una humareda seguía el paso de neumáticos, ahora que el mísero rocío de la llovizna tempranera había sido olvidado, le descubrió que en sentido contrario avanzaba otro vehículo, y continuó con la vista fija hasta distinguir que se aproximaba un camión. Por eso, con un gesto maquinal, afirmó el arma que llevaba sobre las piernas.

Cuando sólo los separaban doscientos o trescientos metros el joven pudo precisar que en el vehículo opuesto venían soldados. Inmediatamente, se volteó y les dijo al hombre armado del asiento trasero y al chofer: "¡Alertas, y no paramos pase lo que pase!"

El camino era estrecho. El automóvil, para cruzarse con el camión, tuvo que aminorar la velocidad. Y el joven pareció no dejar de observar ni por un instante el movimiento del otro transporte. Este, como si fuera a detenerse, había reducido también la velocidad. Sin hacerlo de forma muy visible, el ocupante del asiento delantero del auto empuñó su arma. Ambos vehículos continuaron acercándose. Parecían dos contrincantes que se estudiaran para conocerse las intenciones. Ya estaban tan próximos que mutuamente los choferes podían precisar sus rostros. El joven divisó en la cabina a

otro militar y, detrás, sobresalientes, las caras de unos soldados que miraban hacia el auto. En eso, comprobó que el camión se había detenido totalmente. "¡No vayas a parar! ¡No vayas a parar!", reiteró con fuerza, al dirigirse al chofer. Este asintió.

El camión siguió inmóvil. Después, en un cruce alargado por la ansiedad, las miradas recíprocas se clavaron en los rostros y en las manos que sostenían las armas, como si cada uno midiera al adversario para conocer de quién podría venirle la muerte. Hasta que, por fin, ambos vehículos se despegaron y lograron desdibujarse en la distancia.

El automóvil llegó a Arroyo Arenas cuando rompía sobre el villorrio una lluvia gruesa. La iglesia amarilla tenía cerradas sus puertas. "¡Espérenme aquí. Voy por la sacristía!", anunció el joven del asiento delantero, a la vez que colocaba su arma en el piso. Y bajo la lluvia corrió hasta desaparecer a la vuelta del templo. El calor en el interior del auto aumentaba. Todas las ventanillas, menos una, la del prisionero, estaban cerradas. "Súbela un poco", le sugirió el del winchester al prisionero, cuando vio que las salpicaduras comenzaban a empaparle. "No importa", le respondió este patéticamente. Y el hombre del winchester pareció sentirse mal incómodo, y enrojeció.

Unos minutos después, viniendo de la parroquia, reapareció el joven. Se le veía contrariado. "El cura no está", afirmó cuando ya estuvo sentado en el auto. Su ropa y su pelo estaban calados por la lluvia.

-¿Pudiéramos buscar otro sacerdote ? -preguntó el prisionero.

-El joven asintió.

El chofer, fue a argüir algo, pero su acompañante contuvo sus palabras con un gesto impositivo, y le ordenó que siguiera. "¿Para dónde?", preguntó el chofer. El hombre sentado a su lado le dijo que continuara por el mismo rumbo. Ya encontrarían otra iglesia por Marianao o los repartos. Sin hacerles el menor caso, silenciosos, vieron pasar las últimas casas del poblado.

El joven sentado en el asiento delantero, a la derecha, seguía con la vista fija en el camino, pero

parecía no ver. Sin embargo, un instante después descubrió algo que se recortaba en la lluvia. Un poco más allá de la salida de Arroyo Arenas tres militares cubiertos por sus anguarinas ocres les hacían señas de que se detuvieran.

El chofer le preguntó a su acompañante qué hacían, y el joven le ordenó que frenara. Al detenerse el auto, el joven bajó. Ahora cargaba la thompson. Caminó hasta aproximarse al lugar donde estaban los militares. Dos de ellos quedaron atrás cuando el tercero fue a su encuentro. El militar llevaba su fusil descolgado. Desde el auto los ocupantes, a través de la lluvia, vieron cómo el civil comenzaba a hablar con el soldado. El chofer, sin que apenas se notara, extrajo su revólver. El del winchester tomó también una actitud recelosa. Y, en ese instante, percibió que el prisionero hacía un movimiento hacia adelante y su mano se movía hasta la portezuela. En respuesta levantó el arma unos centímetros mientras sus músculos y sus nervios se tensaban. Sólo cuando la mano del prisionero se apoderó de la manilla y comenzó a subir el cristal pareció aflojarse, aunque continuó con la mirada fija en cada vuelta de la mano hasta que el cristal pegó con el toldo. Una vez que el prisionero volvió a su posición y entrelazó sus dedos, ya el custodio pudo mirar de nuevo a través del parabrisas lo que sucedía delante. El civil y el militar discutían. Llegó un momento en que la conversación se interrumpió, y el civil regresó al auto. No abrió la portezuela. El chofer bajó el cristal. Inclinado, mirando hacia adentro dijo el joven: "El cabo no quiere dejarnos pasar sin identificar a los ocupantes", y, por un segundo, miró al prisionero. Quizá descubrió algo en sus ojos, porque inmediatamente dio la vuelta, abrió la portezuela, montó y dirigiéndose al chofer ordenó:

-¡Dale marcha atrás!

Minutos más tarde, cuando hizo que el auto tomara por un callejón, más allá de la salida contraria del pueblo, hizo bajar al prisionero.

Allí lo fusiló y, luego, cuando quedó mirando el cuerpo sin vida, caído entre la yerba húmeda y la lluvia que lo empapaba, musitó unas palabras con las que pareció soltar todo su aliento:

-¡*Ite misa est!* -mientras parecía como si en ese momento algo se le hubiese quebrado para siempre

en su interior.

Márquez no sabe qué presagio misterioso lo ha hecho marchar esa tarde casi anocheada hacia Columbia, si él hasta las doce está de franco. Pero desde que el teniente Escandell lo llamó para contarle lo sucedido en el campamento y aunque le dijo que ya todo estaba resuelto, y que Duarte había encarrilado favorablemente el asunto, una inquietud se apoderó de él. También era cierto que a esa sensación de ansiedad contribuía que no hubiera podido localizar al capitán, para conocer más detalles de lo acontecido.

Cuando la corneta ya ha anunciado que la bandera ha sido bajada y comienza el rancho, entra en el campamento. Pero al llegar a la garita el titubeo de los alistados, sus rostros y sus actitudes le hacen notar algo raro. "¿Qué pasa aquí, sargento?", interroga al jefe de la posta y el hombre, turbado, le responde: "Nada, nada, mi teniente." Pero al seguir su camino, a causa del movimiento alterado que observa en el polígono y de los grupos de soldados que callan cuando pasa, intuye mentirosas aquellas palabras. Su sobresalto continúa acrecentándose luego, al descubrir más y más alistados con los fusiles colgados al hombro. Así que apresura el paso para llegar cuanto antes a la barraca de su compañía.

Al entrar, comprueba que sus hombres tienen también afuera las armas. La voz de "firmes" resuena aún avisando su llegada, cuando exclama "¿Qué es lo que está sucediendo?", de la misma manera que lo hubiera hecho un bogavante al sentir que una contracorriente le arqueara el remo y, de inmediato, le pregunta a Margarito, el tahúr, por el teniente Bolaños que debe estar de servicio. Aquel le responde que no sabe. Entonces, inquiera por Felipe. El sargento tiene que saber quién le ha dado la orden de abrir la armería. Margarito se pone lívido. "Esta en la oficina", le indica casi temblando.

Es cierto, Felipe se encuentra en su oficinita y también Benó y Sirique, porque el local de la

compañía 4, desde que los sargentos regresaron a Columbia, ha sido el puesto de mando de la acción. Es allí donde, en la tarde, luego de la reunión con Duarte, Beno, Felipe, Ruiz Esteban, Sirique y Olvido, fijaron la hora exacta del comienzo de la toma del campamento. Desde ella llamaron a sus contactos en las unidades para pasarles la consigna de que a partir de ese momento desacataran a los mandos, y Felipe le instruyó al resto de los sargentos de su batallón que, después de la fajina, se hiciesen cargo de las postas, dándoles una orden hasta ese día inverosímil: "Para adentro todo el oficial que quiera, para afuera ninguno sin permiso y fuego al que se resista."

Desde ese lugar también hicieron las llamadas al tercio táctico, porque este no se plegaba al movimiento, y acababan de pactar con sus sargentos el mantenimiento de una neutralidad precaria. No participarían a favor, pero tampoco en contra.

Márquez se acerca a la puerta de Felipe y trata de abrirla, pero no puede. Está cerrada por dentro, y tiene que tocar.

-A sus órdenes, mi teniente -saluda el sargento Antonio Felipe, mientras se cuadra reglamentariamente, una vez que le abre.

El teniente no tiene tiempo ni tranquilidad para percatarse de que no es sólo suya la perplejidad.

-Felipe, ¿qué rayos está sucediendo aquí -interroga.

El sargento le ruega que pase adentro. Márquez se sorprende más aún al ver a los otros sargentos, cuyos semblantes se muestran conmocionados por la aparición inesperada del oficial.

-Hemos decidido, mi teniente, plantear nuestro problema y hacer la depuración. Haremos la de todo el ejército. Por usted, no se preocupe. Con nosotros no tiene problemas -expone Felipe, con una voz firme.

El teniente abre los ojos desmesuradamente. En su vida cree haber escuchado palabras tremendas,

pero ninguna como estas, inesperadas, inconcebibles, que le hacen el efecto de un golpe de garrote sobre la frente. Mira a los sargentos, como si creyera que se han vuelto locos y se pregunta si todo no será mas que una broma. Pero finalmente abre la boca y un diluvio de reproches sale a estrellarse contra los sargentos. Beno y Sirique, anonadados, bajan la cabeza. Mas, Felipe, los aguanta sin que el pasmo le afloje el gesto. "¿Son ustedes tan irresponsables que no saben acaso que están provocando la intervención?", dice el teniente. Felipe, al escuchar por primera vez este juicio, se conmueve. Sin embargo, de inmediato se recupera, y cuando Márquez frena para escuchar una explicación, le responde:

-Mi teniente, ¿pero qué hay en contra de sacar del ejército a los maculados? Aquí todo el mundo sabe que ustedes andaban en eso, y que no se acababa de hacer. ¿Qué de malo tiene que lo hagamos nosotros de una vez? Lo que haremos es lo que ustedes querían.

Las palabras de Felipe, como flechas, parecen seguir una ruta preestablecida, cada una de las cuales va derechamente a buscar su blanco. Márquez queda callado, atónito, y todavía fuera de balance pregunta quiénes están al lado de los sargentos. Beno, que en la pregunta ha creído avizorar una nueva victoria, le explica al oficial que todos los cuarteles de La Habana están con ellos. Márquez considera que va a volverse loco. ¿Cómo ha sido posible todo este movimiento descomunal, silente, que según escucha ha horadado túneles de comunicación bajo los pies de los mandos sin que apenas se hubiesen dado cuenta. ¿Y dónde han estado los mandos que lo han permitido, dónde la oficialidad? ¿Por qué parecen haberse vuelto invisibles?

-Déjennos a nosotros, mi teniente, en un par de días tendremos al ejército limpio y volveremos a llamar a los puros -reitera Beno, persuasivo.

Ahora, de pronto, esas palabras hacen reaccionar a Márquez. Quizás es un tonto. Sí, porque ¿a causa de qué, tiene él que luchar por salvarles las cabezas a los viejos enfangados? ¿Acaso no es aún teniente por haberse atrevido un día a denunciar la corrupción? ¿No quiso incluso, por eso, quitarse el uniforme? ¿Por qué no dejar, entonces, que se haga lo que dicen? Sí, ¿por qué no dejar que estos hombres solucionen lo que ellos, hartos de parlotear, no han hecho? No le es fácil aceptarlo, ¿pero

no hay en el país una revolución? Quizás esto pueda ser parte de ese hecho prácticamente incomprensible que se infiltra en todo para estremecerlo, para hacer que todo se salga de sus moldes.

-Mire, mi teniente, esto no tiene marcha atrás. -Siente que la voz de Beno irrumpe en sus pensamientos, como para convencerlo de un tirón de que debe aceptar-. Además, mañana o pasado ya todo estará hecho, y los llamaremos de nuevo a ustedes.

Márquez parece llegar a una conclusión ¿Que puede hacer? Estos hombres son los dueños de las armas. Contra ellos, si estuviesen decididos a resistirles, ¿qué haría un puñado de oficiales? Además, una turbulencia a estas horas sería horrible para el país...

-Bueno, que sea lo que Dios quiera -dice, después de lanzar un suspiro-. Me parece una locura. Pero voy a dejarles mi teléfono para que me llamen tan pronto termine todo. ¡Suerte! -y luego de apuntar un número en su libreta de notas, arranca la hoja y la lanza sobre la mesa.

Mas cuando abandona la barraca, todavía indeciso sobre lo que hará, se dirige a la oficina de Duarte. Allí le informan que el capitán no está. Hace rato se ha marchado sin decir adonde. "Seguramente Duarte se ha perdido, para dejarles las manos libres, cree comprender, y decide volver a su casa.

-¡Sí, sí, a este lo que hay es que ahorcarlo! -grita un alistado, a la vez que amenazadoramente levanta su puño frente a la cara del cabo.

"¡Es un chivato, yo mismo le oí esta mañana lengüetearle las cosas a Graverán!", exclama otro, agitado, cerca de la puerta de entrada del cinematógrafo de Columbia, contiguo al club de alistados. Y el cabo, rodeado por una veintena de militares, refleja miedo, mientras trata de enfrentarse a sus colegas. Pero estos, con el rostro contraído, se le enciman, lo empujan y le lanzan miradas furiosas que hacen temer que las amenazas de un momento a otro serán cumplidas. "¡Aquí tú no puedes

entrar!", le gritan también. "¡Sí, sí, que se vaya si no quiere que lo guindemos!", añade en medio de la gritería un sargento, y le pega otro empujón violento. Entonces, el cabo comienza a alejarse entre silbidos, abucheos y denuestos.

Dentro, desde antes de las ocho, el recinto del cinematógrafo se ha ido repletando de uniformados. Las duras sillas de madera del lunetario, con agujeros en el asiento y el respaldo, para intentar que las nalgas y las espaldas de sus ocupantes tengan alguna ventilación, crujen una y otra vez ante aquella marejada de cuerpos cubiertos por los uniformes caqui. Ni siquiera los grandes ventiladores de los extremos del escenario logran refrescar la atmósfera. Sin embargo, no parece ser el calor lo que provoca este ambiente encrespado, inquieto, que parece flotar sobre el campamento. La noche no es tan bochornosa como la de los días finales de agosto y una brisa ligera corre entre las barracas. El ambiente cargado procede de la excitación y la vaga premonición de los presentes de que, en cualquier momento, se pueden producir hechos tremendos, que como vientos huracanados se les vengán encima inconteniblemente.

"El tercio no envía delegados. No se suma", le dice un alistado sentado al fondo a un soldado de la aviación. "El Estado Mayor está preparando fuerzas de La Cabaña, para arrasar todo esto", le comenta mientras se acercan a la puerta un cabo de Atarés a un sargento de la Escuela de Aplicación; y un soldado de primera de la administración militar le pregunta a un marinero de Tiscornia. "¿Es verdad que los cruceros están en zafarrancho?" Entretanto, frente a la puerta, dos sargentos le han bloqueado la entrada a un teniente: "Mi teniente, esta reunión es una cuestión sólo de alistados", dice uno de ellos, y añade lo más suavemente que puede "Aquí no está autorizado a entrar." El teniente enrojece. "Carajo, cómo me va a decir que no puedo entrar aquí", exclama. Enseguida, en tono respetuoso, el sargento le explica que así es la orden del Estado Mayor. El oficial insiste, pero nada consigue y, por fin, cede. Pero antes de volver la espalda, enormemente irritado, les grita que él sabe se está tratando de dividir el ejército, y que eso van a pagarlo caro.

Cerca de allí, en la oficina del club, están encerrados cuatro sargentos. En el momento en que escuchan un toque en la puerta todavía planean lo que van a exponer en la asamblea. Benó no quiere hacer caso de la llamada. Pero ante los toques reiterados Sirique abre, e inmediatamente se cuadra.

Al volver el rostro los otros tres militares descubren que ha entrado el oficial de día del puesto, el capitán Felino Portuondo. Y los tres se incorporan ante uno de los pocos oficiales negros del ejército, quien quizás de tanto leerse los reglamentos y cumplirlos al dedillo, hasta en sus comas, ha logrado los grados. Durante muchos años, Felino Portuondo fue sargento y, tanto en esos tiempos como cuando lo hicieron oficial, siempre le tocaba la primera línea en cualquier contienda. Eso le representaba una ventaja, sabía de táctica más que cualquiera, incluidos los profesores del Morro y, en su mochila, tintineantes, cargaba decenas de condecoraciones.

-Bueno, muchachos, aquí estoy -dice el capitán, y los sargentos descubren que el oficial no viene a increparlos, razón por la cual Felipe cambia una mirada con Ruiz Esteban. "¿Qué piensan hacer?", pregunta el hombre y, aún vacilante, titubeando, Beno le explica que van a llevar a cabo la asamblea y a exigir que la secretaría y el Estado Mayor cumplan sus demandas. El oficial dice que no se refiere a esa cuestión, sino a lo que harán con los mandos. Beno parpadea y vuelve a tartamudear. Felipe interfiere su balbuceo y expresa que van a tomarlos hasta que el gobierno acceda a cumplir sus peticiones. "Ahora vamos a hacer la depuración", afirma. El capitán asiente y, casi entre dientes, comenta que eso está bien. "Hacía falta", reitera. Después, pregunta si hay algo contra los oficiales. Beno va a responderle, pero en ese momento la puerta se abre violentamente y todos miran hacia la entrada. Nervioso, sin importarle la presencia del oficial, Aspiazu, el sargento vizcaíno, en medio del escándalo que viene del salón del club, casi a gritos, con el rostro desencajado, informa que aún no se sabe nada de los delegados del cuerpo de ingenieros. "Una gente de allá, dice que están presos", expone. "¡Está bien! ¡Está bien!", le responde Beno irritado, nervioso. Dificultosamente retoma el hilo de lo que pensaba decir, y le responde al capitán: "No hay nada contra los señores oficiales. Nada contra los puros", y con una sonrisa amplia agrega que contra él menos todavía. "Usted es amigo del soldado", señala. Y el oficial manifiesta:

-Ustedes saben que ahí estoy yo con mis hombres, porque no voy a abandonarlos. Estamos al lado de ustedes. Así que adelante y cuenten conmigo. Los sargentos le estrechan la mano, y el oficial abandona el local.

Felipe mira inquieto el reloj de la pared y, al comprobar que han pasado las ocho, le señala a Beno

que deben salir para la reunión. Mientras, Ruiz Esteban, desasosegado, con gestos torpes, como los de alguien que no sabe qué hacer para calmar su tensión, ha descolgado el teléfono y marca un número. Felipe le está comentando algo a Beno cuando de soslayo escucha la conversación. Después que el sanitario cuelga le pregunta que ha hecho y, este, le explica estremecido, como si hubiese cometido un desliz, que acaba de llamar a un amigo del coronel Borbolla para que le imponga al político de lo que está sucediendo en el campamento. Llamé como Beno me dijo, y al fin pude dar con él", se justifica. El cuartelmaestre recuerda entonces que, desde la tarde, Beno le ha insistido en la posibilidad de hacer contacto con "ese hombre, que es una personalidad de prestigio, y una opinión suya puede ser decisiva en cualquier cuestión". Y, en este momento, Felipe, como si cayera en cuenta de algo, le ordena al sanitario que localice a los estudiantes y los ponga también al tanto de los acontecimientos. Después, se acerca a la puerta y la entreabre. De afuera continúan entrando voces alteradas. Por la rendija se nota la sofocación del recinto contiguo y el desconcierto de los alistados. Como un turbión, entran y salen del club para hacer de esa noche, junto con la luz deprimente y mortecina del local y el canto de los grillos y las chicharras, una noche alucinada. Luego, Felipe se dirige al taquígrafo y le dice: "¡Ya es hora! ¡Vamos!".

Todavía el sargento Ajuria empuja la puerta y entra. Beno da la impresión de que ha estado esperándolo, porque le dice que había enviado por él para pedirle que con su pelotón tomara posiciones en el polígono y frente al cine. Beno parece como si no quisiera acabar de salir de la oficina, como si no acabara de encontrar el camino de la puerta, por lo que Felipe se muestra impaciente y vuelve a conminarlo hasta que, por fin, el sargento mayor, pálido, le dirige una mirada, y da dos pasos. Sin embargo, vuelve a detenerse, y hace una pregunta:

-¿Tú crees que los americanos desembarquen?

El otro sargento enarca las cejas en un gesto preocupado, intranquilo. Pero, por último, levanta los hombros. "Yo qué sé", manifiesta. Beno se vuelve. "Tú no vayas", le instruye a Sirique: "Quédate con Ruiz Esteban en el teléfono. Llamen a Santa Clara, a Camagüey, a Holguín y a Santiago, para que los sargentos de allá respalden el movimiento. También llamen a los marineros del distrito sur. Ya nada más parece quedarle por instruir, cuando echa a andar. Pero da la impresión de estar atontado. Sus pasos son vacilantes. Y, de pronto, junto a la puerta, se aferra con una mano a la hoja

y con la otra, en tanto una expresión agónica aparece en su semblante, se toca el estómago.

-¿Qué te pasa? -desde afuera, le pregunta Felipe.

El taquígrafo demora en responderle.

-Creo que me ha caído mal el tasajo -afirma, y sus ojos se ensombrecen.

Felipe le pregunta si quiere ir al médico, y que él y Sirique lleven adelante la asamblea. Beno le contesta negativamente. Ya se le pasará, afirma. Pero regresa y se apoya en una silla. Contrariado, el otro sargento le pide a Sirique que busque un poco de Magnesúrico en el botiquín del club.

Y en ese instante, por la puerta que Felipe ha dejado abierta aparece Olvido, el albéitar, que demudado anuncia:

-¡Coño! ¡El teniente Escandell está alistando el pelotón de ametralladoras para caernos arriba!

A quien, ya anochecido, el capitán, con un rostro visiblemente alterado, pudo localizar casi milagrosamente fue al secretario de Guerra y Marina, que en ese momento salía de su residencia para la representación por la Sociedad de Estudios Psicológicos, de la obra *Dios premia la Caridad*. Desde la casa de Clarisa, donde se hallaba, había hecho un nuevo intento de localizar al teniente coronel Antolín de Quesada, pero no lo logró. En la vivienda de este le dijeron que estaba en un coctel que Herr Erithropel, ministro del Reich en Cuba, ofrecía en el Deutsch Bund, por el onomástico del canciller Hitler. Y ahora, al informarle al secretario lo que sucedía en el Castillo de la Fuerza y que seguramente su toma por los sargentos del Máximo Gómez estaba ligada a la protesta y la asamblea de Columbia, sintió que su interlocutor quedaba perplejo. El secretario le preguntó entonces: "¿Qué cree que debemos hacer?". Duarte le propuso ir de inmediato a la sede de

la secretaría y del Estado Mayor y tratar de recuperarla.

Después de la reunión con Beno y Felipe, Duarte, inconforme con lo explicado por Soto Palacios a Quesada, había tratado de localizar desde su oficina al teniente coronel. Pero no pudo hablarle, porque poco después de la llamada del jefe interino de Columbia aquel se había marchado de la Fuerza. En eso su teléfono sonó. Era Clarisa. En ocasiones anteriores él la había llamado para pedirle verla, pero tropezó con evasivas. Por el compromiso tácito anudado entre ellos no debía preguntar nada más, porque no habría explicaciones. El era solamente otro de los lujos que la garzona se permitía. Sin embargo, fue ella esta vez quien lo incitó a que acudiera de inmediato a su casa, porque no disponía de mucho tiempo y sentía ansiedad de encontrarse con él. Duarte vaciló y hasta intentó decirle que no podía. Clarisa, con la imposición suave y melosa de las hembras que quieren algo, insistió. Por su parte, al oficial lo atenazaba el deseo de una cita por la que había esperado largos días. Fue en medio de las risas y los requiebros, que calculó las horas de que disponía hasta que los alistados entregaran sus demandas, y le dijo que iría. De inmediato, salió rumbo a Prado. En el lecho de la cortesana su pasión había amainado cuando, desnudo aún, experimentó como un presagio y corrió hasta el teléfono con la intención de seguir localizando a Quesada. Casi por rutina había llamado a la Fuerza. Al escuchar la que le dijeron sintió como si le hubieran pegado un latigazo: "No, mi capitán, aquí no hay ningún oficial, sólo los sargentos del Máximo Gómez que nos hemos hecho cargo del Estado Mayor..." Atontado aún por la sacudida, llamó a la casa de Quesada y al no encontrarlo marcó el número de teléfono de la vivienda del secretario y pudo hablar con este.

En los instantes en que se vestía a toda prisa para ir a su encuentro, sorpresivamente apareció en la habitación el caballo blanco de Clarisa. En otro momento, el incidente pudiera haber desembocado en algo terrible. Mas aquella aparición le resultó a Duarte de unas proporciones insignificantes y, aquel hombre, como algo que flotara en la platina de un microscopio. El caballo blanco vociferaba, gesticulaba, gritaba, mientras Duarte se abrochaba la guerrera. Clarisa, desnuda, retrepada en la cama, cubierta por la sábana, escuchaba de modo casi indiferente las amenazas de su amante, como si supiera de secretos encantamientos que le permitirían una vez más hacerse perdonar. Duarte Brier le dijo al hombre que se calmara, que no tenía tiempo de ocuparse del asunto, y siguió a toda prisa vistiéndose hasta calzarse las botas. El hombre trató de abalanzarse sobre él y abofetearlo. No tuvo

más remedio que darle un empujón. "¡Ya le dije que nos veremos cuando usted quiera. Ahora no tengo tiempo!", exclamó. Y cuando el humillado amante, pegando un puñetazo en el escarapate continuó increpándolo y lo retó a duelo, no vaciló en responderle: "No sea ridículo. ¿No ve que pertenezco al equipo de tiro del ejército y tengo medallas en esgrima?". Luego bajó las escaleras como una exhalación. "Cretino. ¿No se da cuenta de que está muy viejo para no ser tarrudo?", se dijo, y arrancó el auto.

Duarte fue a estacionarse al costado del Castillo de la Punta, donde le había especificado al secretario que lo esperaría. La sede del Estado Mayor de la marina aparentaba normalidad. Ese ambiente lo tranquilizó un poco y entonces encendió un cigarro.

Pasaron apenas segundos cuando por el malecón apareció el auto del ministro. El soldado que hacía de chofer apareó el vehículo al Buick de Duarte. Y el secretario, asomando la cabeza por la ventanilla, le dijo que fuera delante.

Igual que el 11 de agosto, el camino al Máximo Gómez y la Fuerza estaba interrumpido por unas barreras de madera guardadas por una posta. Al acercarse los autos, un cabo se aproximó y saludó al capitán. Duarte le dijo autoritario, luego de identificar al ocupante del segundo auto, que les abriera paso. El cabo vaciló. Con autoridad calculada, Duarte le dio la orden de quitar de una vez los maderos y, al fin, el otro militar obedeció. El capitán siguió unos cientos de metros adelante, pero cambiando de opinión no continuó hacia la secretaría sino que frenó frente al viejo edificio del Máximo Gómez. El otro auto se le acercó, y Duarte le propuso al secretario entrar primero a la sede del cuartel de artillería. "En definitiva, los que están allá son de aquí", le explicó.

Había centinelas exteriores junto a la cerca del recinto. Al verlos, presentaron armas. "Va bien la cosa", se dijo Duarte. Y a un cabo que estaba próximo a la puerta, casi con la certeza de que en el cuartel no podía estar el comandante Pío Domínguez y ningún otro jefe ni oficial, le preguntó quién daba allí las órdenes. El cabo, que al oír la pregunta tragó en seco, les informó que los sargentos Virgilio Rodríguez y Catalino Chacón, luego de lo cual preguntó si querían pasar a la oficina o los buscaba. Duarte no quiso transigir ni en los detalles. Ordenó que fuera a buscarlos. Después, en el

mismo zaguán, se apartó con el secretario. Con el recuerdo del consejo de Mendiola presente, manifestó: "No podemos usar la fuerza. Hay que hacerlos razonar."

Pasaron unos minutos hasta que, agitados, dos sargentos, uno de los cuales tenía una mancha roja en el pómulo, aparecieron. Ambos los saludaron militarmente, casi en forma exagerada. De inmediato, el secretario de Guerra preguntó qué estaba sucediendo en la Fuerza. Y el sargento de la mancha rojiza en el pómulo, bajó los ojos hasta que su mirada chocó con los ladrillos del piso y le dijo que se habían hecho cargo de la instalación. Duarte inquirió de dónde había venido la orden. Balbuceante, el sargento le respondió que era un acuerdo, pero no aclaró más. Y, cuando el secretario volvió a hacer la misma pregunta, el alistado expresó que así lo habían convenido con Columbia, "con los sargentos de Columbia", precisó. Duarte quedó helado. Curiosamente, hasta ahí no había creído en la posibilidad de que en Columbia pudiera estar sucediendo algo más que lo previsto, pero entonces ya resultaba obvio que estaría ocurriendo algo igual. Por su parte el secretario entonó un alegato en el que señaló que aquello era un hecho gravísimo e irresponsable. Gesticulaba y alzaba la voz, como para que lo escucharan hasta en el patio, desde donde decenas de soldados los observaban. "Cosas como esta son la ruina de la república. Acciones canallescas de malos cubanos", decía. Duarte, con su mirada, trataba de frenar a aquel hombre, graduado hacía muchos años en West Point, y que parecía no haber entendido nunca al cubano. Lo interrumpió. "Sargento, sabemos que ustedes son buenos soldados, honrados y cumplidores. Pero ahora están equivocados. Ya se les dijo que la rebaja de los sueldos era un infundio y que se tomarían medidas para cumplir las demandas que tengan. Reúna a la tropa. Queremos hablarles", expresó. Los sargentos se miraron. Duarte repitió sus últimas palabras con una decisión inequívoca, como para dragar el camino de la obediencia. Los militares, por fin, obedecieron, salieron al patio y ordenaron la formación de filas. Cuando avisaron que la tropa estaba lista, Duarte, ansioso ya por terminar y salir para Columbia, evaluó que habían logrado un triunfo. Junto al secretario, avanzó hacia el patio. Fue el secretario quien pronunció la arenga. Corta, ríspida, les planteó a los amotinados la vuelta a la obediencia y el acatamiento a sus oficiales. Por último, pidió un "viva" para el Presidente de la República y otros para el Estado Mayor y el ejército. La tropa lo secundó.

Duarte creyó que ya todo iba a ir bien. Volviéndose a los sargentos les dijo que devolvieran la

fortaleza y retiraran los hombres. Y el hombre del angioma, mirándolo como con pesar, con un gran esfuerzo, les respondió que por el momento no les era posible. No podían romper su compromiso. Entonces Duarte comprendió que aquello era irremediable. No los sacaría del acuerdo.

Al salir al exterior, el secretario, con la mano abierta sobre la frente entró en una lamentación: "¡Hundirán la república, la hundirán!" decía. Y con la mirada perdida y casi en medio de un sollozo, añadió: "¡Los americanos no van a permitir esto. Intervendrán, Duarte, intervendrán!" Duarte tenía demasiada prisa y no quería escuchar más lamentos. "Me voy a la mata del lío, a ver qué se puede hacer", anunció. El secretario asintió, y expuso:

-Y yo me voy a ver al embajador. Hay que informarle y localizar al Presidente.

Nunca el Buick de Duarte sorteó la ruta de Columbia, en menos tiempo. Tampoco nunca antes le pareció más dilatado el camino. Daba la impresión de que se estirara y Columbia no apareciera. Al aproximarse vio en la calzada a los vecinos asomados a las puertas. Parecían excitados y miraban hacia el campamento, cuyas luces estaban totalmente encendidas. Al atravesar la posta creyó que el campamento estaba en un estado de locura colectiva. En la garita lo saludaron normalmente, pero el número de alistados en la posta era excesivo y sus rostros atolondrados revelaban estar a la expectativa. Ya en el interior observó que escuadras de soldados vagaban por la carreterita que daba al club de oficiales. Por esta se tropezó también con un camión repleto de alistados y con autos que salían. Fue directamente a la jefatura del puesto. Entró velozmente en el recinto. En el antedespacho del jefe, varios oficiales hablaban. Unos estaban exaltados. Otros decaídos. No preguntó nada e irrumpió en la oficina de Soto Palacios.

El comandante seguía detrás del buró. Lo rodeaban tres o cuatro oficiales. Con su voz dura, el teniente Escandell, presa del furor, le decía en esos momentos al comandante:

-Felipe trató de desarmarme pero no lo dejé. ¡Le iba a caer a tiros! En eso llegó el capitán Portuondo, quien me dijo que dejara el asunto y le entregara a ese bribón el mando de la guardia porque ellos estaban autorizados por el Estado Mayor a dar la asamblea.

-¿Y usted qué hizo? -le preguntó Soto Palacios a Escandell.

-No podía hacer nada. Se la entregué. ¡Pero ahora mismo hay que ir y arrestar a los cabecillas!

Duarte vio a Soto Palacios sacudir la cabeza.

-Ya es tarde. No podemos hacerlo. Tratemos de entendernos con ellos -dijo, y dirigiéndose a Duarte le rogó:- ¿Por que no va a la asamblea y le pide a Beno que acabe de soltar las peticiones, para ver si arreglamos el asunto."

Beno había subido dificultosamente la escalera que daba acceso al escenario del cinematógrafo. Falló en el último escalón y dio un traspie. Para evitar la caída tuvo que apoyar una mano en el piso. Las voces agitadas y la excitación le conferían al local un ambiente expectante, mientras un color opaco provenía de las luces de las bombillas y las nubes de humo de los cigarros que le regateaban el espacio al oxígeno, para después escapar por las ventanas abiertas. Al acercarse a la mesa instalada en el centro, su turbación no lo dejó oír el crujido que provocaban en las maderas las pisadas de las suelas de sus botas ni el sonido especial del tablado al ceder bajo su peso.

El sargento sudaba a chorros, los dos primeros botones de su camisa caqui estaban zafados. Los papeles seguían sobresaliendo de sus bolsillos. Los enormes calzones abombachados lo hacían parecer enflaquecido. Las tiras del grado daban la impresión, súbitamente, de estar mal cosidas. Un mechón rebelde de su pelo negro y grueso, le caía continuamente a un lado de la frente. No exhibía un porte muy militar.

Se colocó detrás de la mesa y su vista recorrió el local. Sus ojillos, con un rasgo oblicuo prendido en ellos, se entrecerraron, y buscó en los rostros las miradas intensas, curiosas, de los hombres. Sintió

que volvía a ser el centro de todo ese mundo uniformado, como lo había sido en la mañana, y por un instante lo disfrutó. Parecía de pronto haber olvidado todo su malestar y que una energía extraída de la atmósfera se le alojara entre la piel y los huesos hasta hacer que sus nervios quedaran, uno a uno, dominados. Allí estaba, solo, único. Ahora debía imponerse, como lo hacían los jefes en el seno de la manada, y hacerse seguir.

De pie, sin apoyar los dedos sobre la mesa, reclamó atención. Pero la excitación no cesaba. Reiteró más alto y más firmemente su llamado y pidió silencio. Entonces pudo hablar. Y habló desde el primer instante, desde el inicio, como en un sermón en el que anunciara su propia epifanía, diciendo que los había citado para trazar el camino del patriotismo, del cual él era el más fiel y humilde servidor. Aunque ese camino debía ser encontrado en un ejército más limpio, por eso sus demandas eran nobles. Luego enumeró lo que buscaban y obtendrían, y afirmó que allí estaban para lograr lo que quisiese el soldado. "Pero esto no quiere decir", manifestó, "que todos no estemos dispuestos a cualquier sacrificio por la patria, como siempre lo hemos estado..." Repitió los agravios recibidos de los mandos, y dijo que, precisamente, sabía que todos sentían un dolor profundo, porque cuando la patria los necesitó fueron marginados, de manera que el hombre de uniforme reclamaba su papel, porque no era sordo a las penas que sacudían el país. Su voz, engolada, era cada vez más tensa y afiebrada. En ese momento un alistado de las primeras filas le cuchicheó a otro que le parecía un demagogo.

-No perseguimos posiciones personales -siguió Beno, ronqueando-. Todos lo sabemos. -Y luego de un instante, agitando el puño derecho, exaltado casi, dijo- ¡Juro ante ustedes, por mi mujer y mi hijita, a las cuales adoro, que nada ambiciono. Tan pronto se cumplan nuestras exigencias, volveré a mi puesto! -Y un sargento de la Escuela de Aplicación pensó que había algo de teatral en los gestos y las frases del taquígrafo. Beno cesó por un segundo, como para comprobar el efecto que causaban sus afirmaciones, pero realmente ya no podía distinguir en los ojos de aquella masa el carácter de ninguna mirada. Ante su vista sólo se extendía una tela rugosa, llena de puntos e imperfecciones. Sabía que estaba llegando a una cima filosa, bordeada por despeñaderos. Si bien intuía que no le quedaba ninguna reflexión que hacer y era acción lo que demandaban las circunstancias y que cualquier vacilación podía convertirse en algo trágico, también comprendía que a partir de ahora, de

lo que iba a señalar, si algo salía mal, si los sucesos se volteaban contra ellos, las responsabilidades le serían imputadas fundamentalmente a él. De ahí que durante el tiempo que puede durar un relámpago hubiese experimentado el deseo de retroceder, de borrar este día del calendario, de saltar esta fecha, como si fuese un tiempo ido, sin horas, sin memoria. No obstante, logró sobreponerse, porque estaba claro que no había más camino que arrojar a la brecha, de una vez por todas. Así que, echando a un lado la vacilación, afirmó que para poder conseguir lo que se proponían había tomado la decisión de deponer a los mandos, hasta que sus peticiones quedaran satisfechas y, después de una pausa para tragar saliva, con el tono mas enérgico que pudo, agregó: "De ahora en adelante no cumplirán más órdenes que las que provengan de mi." Quizás esas palabras, como si él mismo se hubiera asombrado de lo dicho, de que ese paso crucial hubiese quedado dado, de que ya no pudiese entrar en nuevas disquisiciones frente a este torbellino, de que ya nunca podría pedir que se considerara todo como un error descomunal, como algo que no había querido decir ni hacer, las que por un momento le trajeron el deseo de creer que aquello no era más que una obra de teatro contemplada en una pesadilla, pero tan real que en el ambiente se podía sentir el olor de la orina y las excrecias de las letrinas del cinematógrafo.

Mas pudo dominarse y regresar de la ilusión que había querido invadirlo. Sabía que las ilusiones en circunstancias como aquellas se pagaban caras. A partir de ahí, como si cada una de las palabras que pronunció las hubiese conocido bien de antemano, porque una a una las había acariciado en la soledad de su cráneo, instruyó que en cada unidad los sargentos primeros se hicieran cargo de los mandos, y si no el más antiguo, y si no un cabo, un soldado o un recluta, es más, quien lo quisiera, quien estuviera dispuesto a ocuparlo, porque ninguna unidad debía quedar sin mando, sin jefe.

En eso recordó la pregunta del capitán Felino Portuondo y lo que él le había respondido. Y como con los oficiales en funciones no era posible lograr el triunfo, aunque sabía que sus próximas palabras podrían traer en contra suya una revancha de los oficiales, porque mañana o pasado, conseguidos los propósitos estos quedarían restituidos en sus cargos, precisó: "Yo quiero decir que tenemos la mayor consideración y respeto para los señores oficiales, pero ellos deben permanecer fuera de los mandos, con el fin de asegurar nuestro movimiento de alistados." Quizás fue este el último tramo que debió recorrer su equilibrio, antes de que el paso le sustrajera las fuerzas finales.

No pudo más, y aquella tensión interior lo traicionó. Estaba prácticamente seguro de lo que sucedería de ahí en adelante. Es más, de que el Estado Mayor ya estaba a su merced y tendría que obrar como ellos le dictasen. Pero aún así, todo era tan incierto que flaqueó al sentir que posiblemente no habría un futuro para él. De forma que, sumido en una tremenda confusión, aturdido por un pánico contra el cual luchaba para que no le retrepara por las piernas, bajó el tono y la cabeza y casi dispuesto a abandonar el escenario, pronunció unas palabras urdidas al margen de su deseo:

-Veremos a dónde va esto, Aún no sé el rumbo que tomará.

No había terminado, cuando un sargento negro cruzó velozmente la entrada lateral, empujó a los alistados que se interponían en el camino y subió la escalerita del escenario. Tan pronto se le acercó, en voz baja le dijo al oído:

-En la oficina del club te está esperando Duarte. Reclama verte inmediatamente. Dice que si no vas viene a buscarte.

Mientras marcha rumbo al cineatógrafo, para tratar de participar en la asamblea, Felipe todavía siente la alteración que imprimieron en su ánimo los incidentes acaecidos un rato antes. Primero, el conato de ataque iniciado por el teniente Escandell, que logró sofocar gracias a la aparición providencial del capitán Portuondo. Y, posteriormente, cuando pensaba incorporarse a la reunión, después de dejar al bandido de Margarito al frente de la guardia del campamento, el aviso de Vicente de que había un nuevo problema, esta vez en el tercio, ya que el capitán Garaita una vez que obligó a la tropa a plegarse y formar, decía que iba a incendiar una barraca y, aprovechando la confusión, tomaría el cineatógrafo, el club y arrestaría a los cabecillas de la sedición. La noticia lo hizo torcer el rumbo y partir hacia la caballería. En efecto, los hombres del escuadrón 1 estaban en las afueras de la barraca y armados. Preguntó por el capitán, y le dijeron que se hallaba en el interior. Entró en

esta junto con Vicente Carretero cuando Garaita ya estaba dando la orden de sacar las cananas de emergencia. En cuanto lo vio, el oficial, encarándosele, le dijo que se fuera de allí o lo arrestaría. Felipe trató de guardar la calma, y dispuesto como estaba a emplear cualquier astucia con tal de disolver la contrainsurgencia, porque sabía que si empezaban los tiros la situación se podría volver incontrolable y entonces sería seguro que los marines vendrían y los desarmarían a todos, intentó explicarle al capitán que el movimiento se había acordado para evitar que los oficiales se perjudicaran, como resultado de que la depuración la harían al margen de los reglamentos. Pero su explicación no alejó la decisión de Garaita que, por el contrario, vociferando le expresó que no aceptaba tal "enjuague". Tenazmente, trató de frenarlo, de persuadirlo, diciéndole que no podía ir contra una asamblea autorizada por el Estado Mayor. Fue la única vez que vio vacilar al oficial, pero Garaita volvió sobre sus pasos y manifestó que no lo creía, que eso era imposible, y que tal autorización sólo podía ser un engaño urdido por ellos. Felipe lo escuchaba y vigilaba sus gestos. Si el jefe del escuadrón hubiera intentado tocar la funda de su arma, él hubiera sacado el colt. Al mismo tiempo, también vigilaba los movimientos de un teniente y dos sargentos del tercio que rodeaban a su jefe.

En ese instante sintieron un vocerío. El primero en sorprenderse fue Felipe, porque Vicente, al que había visto en los primeros momentos escurrirse de la barraca, y que pensó se había acobardado y escapaba de allí, entró de nuevo seguido esta vez por una masa de alistados. "¡Mi capitán!", exclamó Vicente, fusil en mano como para hacerle comprender al oficial que si resistía era hombre muerto, "Aquí la tropa no está dispuesta a acatarlo." Era obvio que el soldado había logrado sublevar al escuadrón. Gracias a esto el oficial perdió toda iniciativa. Y, finalmente, al comprender que insubordinada la tropa ya nada tenía que hacer, cedió. Pero antes de marcharse, junto al teniente y los dos sargentos esquiroleros que se le unieron, juró que eso no se quedaría así.

Después, Felipe se reunió con los alistados de la unidad y, luego de inducirlos a que designaran un nuevo mando, acompañado de Vicente, salió rumbo al cinematógrafo.

-A pesar de esta resistencia, todo aún me resulta inverosímil -le comenta ahora al soldado, mientras caminan-. Cuando esto se cuente nadie va a creerlo. Les hemos quitado los mandos, como se les

quita un juguete a un niños.

Vicente le responde:

-Tardaron mucho en limpiar esto. Unos por una razón y otros por otra, todos se sienten culpables, sargento.

A medida que se acercan al local del cinematógrafo, ambos escuchan la agitación y el vocerío que viene de su interior. Al entrar, Felipe se sorprende al ver que en el escenario no está Beno. Inquieto, pregunta por él. Le dicen que ha pedido que todos aguarden allí hasta que responda una llamada telefónica urgente.

Decidido a conocer lo que sucede, impedido de correr a causa de los alistados que se le interponen en el camino, a empujones, consigue abrirse paso hasta el club. Ya va a entrar en la oficina cuando en ese preciso momento se abre la puerta y sale el capitán Jorge Duarte Brier. En un gesto automático, Felipe pega un taconazo y queda rígido, en atención, y una vez que el capitán, sin devolverle el saludo, le da la espalda, el sargento se le queda mirando por unos segundos, con una interrogación en el semblante.

Pronto entra en la oficina. Beno se dispone a retornar a la reunión, pero Felipe lo detiene e inquiriere brevemente sobre la visita del oficial. "Vino a preguntar lo que está pasando y por qué la ocupación del Estado Mayor", le informa el taquígrafo y, mientras este hace gestos nerviosos con la mano, le refiere que le ha explicado a Duarte que están tomando medidas para que el movimiento sea irreversible. Como aquel había insistido en que le expusiera concretamente lo que harían, le respondió que aún no lo sabían. "Debiste decirle que vamos a hacer de inmediato la depuración. Con él habrá que contar y tiene que saberlo bien claro", asevera Felipe. Beno afirma que algo de eso dejó entrever, pero que el capitán con su insistencia sobre el "papelito" lo tenía obcecado. "Incluso le reiteré que todavía no estaba redactado, y quedó en que de todas maneras vendrá dentro de una hora o dos a recogerlo", revela Beno. Felipe sonrío. "Eso quiere decir que, como sea, quieren un arreglo, ¿eh?", comenta. Y Beno asiente.

Enseguida, ambos deciden volver a la asamblea. Hay que concluirla cuanto antes, advierte el taquígrafo.

Esta vez, Benó no sube a la tarima del cinematógrafo. Se coloca en el pasillo entre la primera fila de lunetas y el escenario. Felipe está a su lado. El taquígrafo pide silencio. Al fondo, un marinero se pone de pie y solicita hablar. Benó le indica que lo haga. El cabo de mar tiene una gran verruga negra bajo el labio. Expone que en La Punta ellos quieren designar como jefe a un oficial que les conviene. "Es bueno", alega. Benó recuesta las caderas contra el borde del escenario y mueve la cabeza. Nerviosamente, le responde que no. Repite lo que ha dicho anteriormente, de que se hará lo que quiera la mayoría, pero que en estos momentos los oficiales deben mantenerse al margen del movimiento y no participar en nada, hasta que se decida lo que van a hacer. Y un soldado, detrás, se levanta de su asiento. "Se dice que esto es un movimiento de alistados", manifiesta, "pero aquí hay oficiales", y con el brazo extendido y el dedo apuntando hacia abajo señala a alguien en la fila delantera. Benó reacciona agitado, se empina y trata de distinguir a quién se refiere el uniformado. Con el estupor grabado en las palabras, tartajea:

-¡Se le suplica a los señores oficiales que abandonen el local.

Este es un movimiento de alistados. El Estado Mayor prohibió su presencia aquí... la prohibió!

Los dos oficiales que permanecen en el local, parecen no hacer caso. Benó insiste, se le nota la inquietud. Hasta que, al fin, los oficiales, reticentes, con movimientos lentos, se ponen de pie y desfilan hacia el pasillo y de ahí a la puerta.

Cuando Benó comprueba que ya no queda ninguno, desasosegado, con su voz irregular quebrada por el esfuerzo, indica:

-¡Salgan enseguida para sus unidades y agarren las armas. Esperen mis órdenes, disciplinadamente. A partir de ahora el nuevo Estado Mayor está aquí, está aquí! -Parece tan incrédulo por lo que ha afirmado, que con una voz que trata de ser más intensa, reitera:- ¡El Estado Mayor está aquí, está

aquí! ¡Esperen mis órdenes!

Después, inseguro, empuja a Felipe en dirección al pasillo, pero al llegar a la puerta lateral se vuelve.

-¡Que se presenten los cuartelmaestres! ¡Que se presenten los cuartelmaestres para recibir instrucciones! -clama, y enseguida, también a gritos, pide que se presente un mecanógrafo-. ¡Hay que dictar las órdenes! -comenta, como pidiendo la aprobación de Felipe.

Este se le ha quedado mirando.

-¡Oye! -dice el cuartelmaestre-, tú has usado mucho el "yo" y eso de "mis órdenes". ¿Pero esto es una cuestión colectiva? ¿no?

Beno con una gesticulación justificativa, moviendo la cabeza como los caballos al intuir el peligro, titubea pero discurre una respuesta:

-El soldado no obedece mandos impersonales. Necesita saber de quien viene la orden. Si no, se aturden. Tú lo sabes.

A Oscar Valdivieso y a Cándido Milián no les fue difícil entrar por la posta del campamento. Lo difícil fue saber, una vez en el interior del recinto, adónde dirigirse.

Anocheciendo ya, Oscar había regresado a su casa. Se sentía absolutamente molido. No comió y se tiró medio vestido en la cama. Dormía cuando llegó una llamada urgente de Cándido. Gruñendo, fue hasta el teléfono. Lo que le aseguró su compañero, lo dejó pasmado. Los sargentos, según Ruiz Esteban, se habían apoderado de Columbia. Como Oscar no disponía de auto le pidió a su compañero que viniera por él. Mientras, tomó el teléfono y trató de comunicar con Angel en su casa.

Mercedes le informó que todavía no había llegado. Supuso dónde lo encontraría. Marcó el número de teléfono de la vivienda de América y, efectivamente, allí lo localizó. Después de explicarle lo que sucedía le pidió que encontrara a Regino y fueran para Columbia. Todavía vacilando, discó el número del hotel Inglaterra. Al ponerse al habla con Felo Moreno, le repitió la noticia. Este le dijo que estaba extenuado, y no estaba dispuesto a ir a ninguna parte. Además, no creía que "los guajiros esos de Columbia" estuvieran dispuestos a hacer nada por lo que mereciera la pena moverse. Oscar, sin rebatirle, levantó los hombros y colgó. Más tarde, ya en el camino, le comentaría a Cándido que "esos guajiros" ni eran tan tontos, como los pintaban, ni tan analfabetos.

Cándido y él, en el trayecto, hicieron un análisis apresurado respecto a la revolución que, según Ruiz Esteban, había comenzado en el ejército, y que era la razón por la que pedía que fueran allá. Pero sólo lograron hacer cábalas sobre lo que podía estar sucediendo en Columbia. Sin embargo, ahora, perplejos, pudieron verlo. En el interior del campamento la alteración reinaba por todas partes. "Esto parece Mazorra." afirmó Cándido. Y en el camino que bordeaba el polígono preguntaron de nuevo por Ruiz Esteban, Felipe o Beno. Un alistado les dijo que no sabía quiénes eran. Pero más adelante, al insistir, con la idea de evitar que esta noche fueran víctimas de una emboscada de los acontecimientos y terminaran detenidos o algo así, un cabo les indicó que si buscaban al taquígrafo siguieran hasta el primer local iluminado, el del club de alistados. Al llegar pudieron comprobar la imagen de colmena enloquecida que presentaba el lugar. Los alistados entraban y salían continuamente, pero sin que parecieran moverse sin ningún objetivo preciso. Sí, Columbia semejaba ser el universo antes del primer día de la creación.

En una esquina del salón divisaron al taquígrafo." ¡Puede haber un ataque!", le escucharon decir a Beno. "¡Tomen posiciones! ¡Tomen posiciones!", repetía, y de unas cajas que tenía a sus pies sacaba unos fusiles que les entregaba a los soldados.

Se acercaron al sargento y trataron de hablarle, pero este no les hizo caso, ocupado en señalarles a los alistados misiones inciertas. Y, casi maquinalmente, les alargó a ambos, sin que lo hubieran solicitado, un par de springfield y unas cananas de lona, de las de emergencia. Más por intuición que por la sorpresa, los estudiantes tomaron las armas y los cartuchos. Oscar trató de hablarle

nuevamente al taquígrafo para inquirir qué estaba sucediendo, pero Beno no pareció verlo ni oírlo.

En eso, el estudiante descubrió la puerta entreabierta de la oficina. Y él y Cándido se encaminaron a ella. En su interior estaban tres militares de baja graduación. También tres marineros, un cabo de mar con una verruga grande bajo el labio y dos más con insignias de condestable y contramaestre de segunda en las mangas de sus respectivos uniformes.

-¡No esperen más y arranquen para La Punta! ¡Háganse cargo de aquello! -les decía, agitado, Antonio Felipe.

Los marineros trataban de replicar, querían seguridades.

-¿Cuáles? Aquí no las hay para nadie -planteó finalmente el sargento.

A poco, Ruiz Esteban, que hablaba con Sirique, percatado de la presencia de los civiles, vino hacia ellos y les estrechó la mano, mientras nerviosamente exclamaba: "¡Ya tenemos aquí al Directorio, ya lo tenemos aquí!" Sin esperar, el cuartelmaestre, que acababa de despachar a los marineros, se volvió y comenzó a narrarles a los estudiantes, como si estos estuvieran al tanto de los acontecimientos, que habían llegado noticias de que se preparaba un ataque de La Cabaña, Estaban aguardando por la actuación de sus colegas allá, aunque en previsión de que estos no pudieran frustrarlo se preparaban para rechazarlo. También les expuso que momentos antes los habían llamado para decirles que "los americanos estaban desembarcando, pero que era "una bola de las de España". A todas estas los estudiantes lo que querían saber era a qué se debían los sucesos que presenciaban, y qué se proponían los sargentos. Sólo a preguntas de estos, Felipe se detuvo y trató de dar una explicación. Lo hizo brevemente, pero fue lo suficientemente explícito: habían tomado los mandos, depurarían a los maculados y exigirían que se cumplieran sus demandas. Al final afirmó: ";Ahora sí vamos a hacer la revolución en el ejército!" Oscar replicó de inmediato que las acciones no podían limitarse al sector militar, porque eso sólo significaría una revuelta como la del 11 de agosto. Si no había revolución en el país, no la habría tampoco para los soldados. Felipe lo miró, como tratando de descifrar los vericuetos de lo expuesto. Oscar, con una frase, remachó lo manifestado: "Si no hay

revolución de verdad, si esto se queda en un asunto de la tropa, dentro de dos días ustedes estarán fusilados o presos." Felipe abrió los ojos. Sirique pareció azorarse. En Ruiz Esteban surgió una mirada bovina.

Antonio Felipe se volvió entonces al sanitario y le encareció que, aunque a rastras, trajera a Beno.

-Repítale a él lo que usted ha dicho -rogó el cuartelmaestre, tan pronto apareció el taquígrafo.

Cuando Oscar concluyó nuevamente sus razonamientos, el sargento mayor, titubeante, como si reflexionara en voz alta, expresó:

- Sí, sí, pero es que esto es un movimiento de protesta. Los americanos no aceptarían... bueno... -y quedó en suspenso.

En respuesta, el estudiante sentenció: "Ustedes han desatado unos acontecimientos que ya no manejan. Delante sólo les queda la revolución o el calabozo."

Beno, confuso, cabeceaba como buscando una salida, Por fin, dijo:

-Bueno, por lo pronto llamen al resto de sus compañeros y a todos los revolucionarios y gente de confianza posible. Lo demás ya lo veremos.

Cándido, mirándolo extrañado, interrogó:

-¿A los comunistas también?

El sargento taquígrafo, horrorizado, le respondió de inmediato que no. "¡A esos no! Son unos alborotadores... y ahí si vendría la intervención,, subrayó. Pero no había terminado, porque un segundo después, como si su mente hubiera precisado algo, solicitó:

-Hágame el favor, avísenmele a Falcón que venga.

En eso apareció el sargento Aspiazu. Interrumpió la conversación e informó que en la jefatura del campamento no quedaba nadie, los mandos y los oficiales se habían retirado; Felipe propuso instalarse allí.

Sólo un momento antes de abandonar el club, llegó a la oficina un sargento rubicundo, de unos cuarenta años. Dirigiéndose a Beno, manifestó que era Jordi Prats, de San Ambrosio. "¿Qué hacemos nosotros?", planteó. Y Beno, mirándolo con sorpresa, con la voz engolada, le contestó: "¡Vaya... vaya para el cuartel, y usted mismo es el jefe de aquello!" Aún, por un instante, el sargento vaciló, Estaba demudado, parecía no poder hablar. Pero reponiéndose dio la impresión de estar listo para cumplir la misión. Oscar lo miró con respeto. "Ese es un hombre decidido", pareció decirse.

Cuando los alistados entraron en la jefatura desprendieron las órdenes de las tablillas y las rompieron, y Oscar intuyó que, comprendieranlo o no, los sargentos no estaban protagonizando una huelga militar ni una protesta, sino una acción subversiva, aunque desorientada. Así se lo comentó a Cándido. Después ambos se metieron en una oficina para comenzar a hacer llamada tras llamada. En eso estaban cuando de la puerta les avisaron que debían identificar a unos civiles recién llegados. Eran Angel y Regino, en cuyos rostros se revelaba todavía una alteración y un conflicto. Mas, en ellos, lo fundamental fue ahora el asombro que mostraban ante todo lo que observaban: los sargentos ocupando la jefatura, el trasiego de los hombres armados y, sobre todo, los fusiles de sus compañeros y las cananas terciadas, como listos a entrar en combate. Mediante preguntas y más preguntas quedaron al corriente de lo sucedido. Al referir Oscar su apreciación, Regino, asintiendo, señaló: "¡Hay que aprovechar y empujar esto. Ahora sí ha comenzando la revolución! Entre respuestas, Oscar había proseguido frenéticamente las llamadas. No pudo dar con Falcón. Nadie conocía su teléfono, sólo su dirección en la calle 17. Así que le rogó a Angel que fuera a buscarlo. Este rechistó. No quería marcharse, pero finalmente, molesto aún, le pidió a Regino que fuera con él. Empero, Oscar ya trataba de localizar a un estudiante cuyo apodo surgió de su identificación con el deporte que practicaba. "Habrán dicho que no a los, comunistas, pero del Ala no se habló nada. ¿Por que tendrías que haberlo preguntado?", recriminó a Cándido, mientras trataba de localizar a Jabalina.

Cuando sale de la jefatura hacia el aeródromo, como le había pedido Gómez Coll, el jefe de la aviación, Duarte sabe que detrás, en el puesto, deja un derrotismo total e irrecuperable. Al regresar del club de alistados les había narrado a los oficiales los resultados de su entrevista con Beno, aunque quizás para evitar alguna imputación por no haber previsto esa mañana lo que sucedería, lo hizo de forma que pudieran conservar el optimismo y la convicción de que aún era posible lograr un entendimiento con los alistados. Pero el teniente Escandell, que no compartía sus esperanzas, luego de preguntar si sólo iban a quedar en un intento de negociar un arreglo con unos sargentos que parecían no quererlo, propuso hacer algo efectivo. Así que llamó a La Cabaña para pedir al jefe de la fortaleza que se dirigiera a marchas forzadas sobre Columbia; y en ese instante otra noticia terrible vino a unirse a todas las recibidas hasta ahí. El jefe del séptimo distrito, desolado, informó que había intentado la salida, pero que los sargentos acababan de hacerse cargo de los mandos y él estaba con parte de la oficialidad bloqueado en las oficinas. Aquello funcionó mortíferamente en el ánimo de la mayoría de los reunidos, que plantearon que lo mejor era retirarse del puesto. Duarte vacilaba aún sobre lo que debía hacer cuando recibió la llamada del jefe de los aviadores. Fue esa petición la que lo hizo abandonar el campamento y poner rumbo al aeródromo...

Ahora, al llegar al campo de aviación comprueba que los soldados del cuerpo, totalmente armados, ocupan posiciones en sus alrededores. Un cabo de la posta le refiere que esperan de un momento a otro un ataque de Columbia. Entra en la oficina de Gómez Coll, quien se halla reunido con los aviadores y, este, al verlo, le dice: "Hemos cometido error tras error. Es inconcebible una conducta tan pusilánime", Duarte asiente y expone que Quesada y Graverán han sido unos ingenuos y unos irresponsables. Gómez Coll demora su respuesta. "Sí, reconoce, pero el momento no es de enjuiciamientos sino de actuar si es que podemos, y eso es lo que estamos valorando aquí." Duarte le pregunta si conocen la situación de La Cabaña. "No", le responde el aviador. Tan pronto Duarte la expone el silencio de la derrota se apodera de la habitación. Pero Duarte, como buscando detener el desaliento de los pilotos, lanza una especulación: "Sin embargo, la sublevación (sí, ya no puede

engañarse más) no puede estar totalmente extendida, y una muestra es que aquí mismo la tropa se mantiene leal. Gómez Coll, que ha permanecido sombrío, le responde que no se engañe. Está prácticamente seguro de que si le da a la tropa la orden de moverse no la acatará. No le sorprendería, incluso, que hubiese un pacto secreto con Columbia de no hacer armas, porque al mediodía habían arrestado a un soldado del campamento, un tal Lalo, que estaba soliviantando a los alistados, y al cual pusieron en libertad cuando unos sargentos de Columbia llamaron para señalar que la asamblea de que el soldado hablaba estaba autorizada por el Estado Mayor. "Esto es una conspiración más seria de lo que habíamos creído", sentencia Duarte. "Y muy bien preparada", añade Gómez Coll, y confiesa que una o dos horas atrás un sargento y un cabo de la infantería de Columbia lo habían venido a ver para ofrecerle la jefatura del Estado Mayor, y si no la quería quedara al menos al frente de la aviación pero ahora designado por las clases y los alistados. Al escuchar, el rostro de Duarte refleja un gesto de sorpresa inaudita. "¡Están locos!", exclama. "¡Están locos esos grandísimos hijos de puta!" Y es esa expresión de Duarte, que estremece el lugar, la que parece echar a un lado cualquier titubeo postrero de Gómez Coll, porque con el puño pega un golpe en la mesa, y exclama: "¡Si, hay que entrar en acción!", y pasa a exponerle a Duarte lo que han estado pensando: levantar vuelo con los Mitchell y los Corsair y bombardear Columbia. Con su pequeña tropa -si despegaran sería la mejor señal de que sigue fiel-, y aprovechando la confusión, tomarían el campamento. Duarte queda pensativo por un segundo y, finalmente, se muestra de acuerdo. Después, Gómez Coll da las órdenes y dos de los pilotos salen rumbo a los hangares. Si todo resulta propicio avisarán para que la escuadrilla completa se eche al aire y comience la incursión con la que abortarían el movimiento.

Cuando Duarte ve a los pilotos abandonar la jefatura, por vez primera y definitiva, una soberbia, un odio y un deseo de barrer del mapa el campamento le suben a la garganta. "Si, no hay que vacilar", se dice. "Las bombas de los aeroplanos serán la mejor manera de hacer entrar en razones a esa canalla!"

Desde que se logró convencer a los sargentos de la Cabaña para que actuaran, hasta este momento, la jefatura del puesto de Columbia se ha repletado de civiles. Miembros del Directorio, de Pro Ley, del ABC Radical, de casi desconocidas organizaciones como Unión Revolucionaria, hombres ligados a los estudiantes, como el ex teniente Fresnel y el doctor Vega, periodistas de la oposición a la dictadura, personajes sin una filiación muy precisa, curiosos, unos tras otros han desembarcado en el lugar en un eslabonamiento sin fin, en el que ya no se sabe quién ha convocado a quién. Fresnel ha aparecido con aquel que, bromeando, llama el Marinero. A un periodista que arribó al campamento, como Oscar lo consideraba un politiquero, se le acercó y le dijo que aquel no era lugar para la categoría de hombres que sólo se dedicaban a traficar con los destinos públicos sino para revolucionarios, y le planteó que se fuera. Aspiazu, que pasaba cerca y escuchó la frase, encarándosele le dijo que no sabía por qué los civiles tenían que estar metidos en el campamento ni armando discusiones, si el movimiento era una cuestión estrictamente militar. Ruiz Esteban llegó justo a tiempo para conjurar el incidente, y le pidió al vizcaíno que fuera para la oficina de la jefatura. Hasta Asia apareció con René Ortega y su tío, el doctor Roca, partidario del Mayoral, al cual Oscar, tan pronto reconoció, casi en la cara le hizo una mueca de desagrado. También llegaron Jabalina, Buenaventura Cardet y un periodista y poeta pelirrojo, cuyos versos habían desalmidonado la lírica de esos tiempos. Además, con estos, vino un médico, expedicionario de Gibara, que entre las rebeliones de su carácter y las otras, siempre estaba dispuesto, interpretándolo en su sentido literal, a asistir a la historia viva de la época. Todos formaban un revoltijo, en el que nadie acertaba a entender exactamente por qué estaba allí ni a dónde iba aquello, y para cuyo amontonamiento tendrían necesidad alguna vez de descifrar la razón.

Cada uno que llegaba comenzaba inmediatamente a preguntar lo mismo. "¿Qué está pasando? ¿Como fue? ¿Quién está al frente?", y Oscar y Cándido lo explicaban. Al terminar, una nueva oleada ya había arribado, y de nuevo comenzaban las preguntas. "¿Qué está pasando? ¿Cómo fue? ¿Quién está al frente?" Por lo cual tenía que renovarse la explicación. Sólo que, poco a poco, los que iban conociendo la historia se la empezaban a contar a los que llegaban después, y estos a los otros, logrando que por instantes se cambiaran los nombres, los lugares, los momentos y los objetivos de los acontecimientos, hasta no saberse si los sargentos pedían apoyo porque los alistados habían querido deponerlos, instigados por los oficiales, o porque había habido un intento de golpe de estado

de los abecedarios para derribar al gobierno, o porque los sargentos aspiraban a que las gorras, las polainas y los botones de los oficiales fueran iguales a los de ellos, o porque la tropa pedía que se le diera la misma ración que a los mulos.

Mientras, Benó, en medio de unos sargentos que se veían obligados a recibir a los estudiantes y a los otros civiles que entraban y salían caóticamente en la oficina, pidiendo confirmar la historia escuchada o conocer algo más o simplemente para verles las caras a los sorprendentes cabecillas, intentaba controlar la situación en Santiago. Había preguntado a su alrededor, a sus camaradas, si alguno conocía a cualquiera de los sargentos del primer distrito. Pero no tuvo resultados. Así que al primero de los sargentos santiagueros que tomó el teléfono, le pidió que se hiciera cargo del mando del Moncada. Poco después se recibieron noticias de allí. Unos sargentos llamaban para informar que el jefe del distrito, enterado de lo que pretendían, había convocado a los oficiales y trataba de dominar la situación. Anormalmente agitado el taquígrafo les pidió que se reunieran con los soldados, que los soliviantaran y lograran que, al igual que en La Habana, los mandos y oficiales fueran desacatados. Designaba jefe del distrito al sargento que estaba al teléfono. ¿Y quién da la orden?, le preguntaron, y él dio su nombre y su grado.

En eso hizo acto de presencia en la jefatura Enrique Falcón, el cual le narraría a un grupo de conocidos que conversaba en el pasillo de la entrada que Angel se le había aparecido en la casa y, a voces, desde los bajos, le había dicho que Benó pedía que viniera hacia acá. Adormilado aún -explicó a los que le escuchaban-, que al distinguir al estudiante en compañía de dos militares apenas pudo comprender lo que estaba ocurriendo, y hasta había llegado a sospechar que estaba prisionero o era un rehén de los soldados.

Empero, Benó, que había sido avisado de la llegada de Falcón, tan pronto pudo soltar el teléfono salió a buscarlo al pasillo. No lo hizo pasar a la oficina que ocupaban, lo tomó por el brazo y se lo llevó a la del auditor. Entre bostezos, el periodista escuchó de labios del sargento el relato de los sucesos. Para finalizarlo, este afirmó:

-Depuraremos el ejército y después llamaremos a algunos oficiales de prestigio, para poner los

mandos en sus manos.

El periodista volvió a bostezar y le dijo que no podían hacer eso.

-¿Ustedes son bobos? -expresó-. Buscándolo o no, ustedes han derribado al gobierno.

El sargento, azorado, abrió los ojos. Y, por si el militar no había comprendido lo dicho, Falcón le explicó que el gobierno no podía aceptar la situación creada. Pero lo peor no radicaba en eso, la oficialidad era un cuerpo. Si uno solo asumía el mando, llamaría al resto, y al volverles a quedar debajo los sargentos ya nadie podría impedir las represalias. Por último, todos los cabecillas terminarían ante un consejo de guerra. Beno argumentó que harían reasumir los mandos a la oficialidad, pero con un delegado representando a los alistados en el Estado Mayor...

Al escucharlo Falcón soltó una risita burlona. El sargento, que en tanto le hablaba había extraído un pañuelo sucio del bolsillo y se lo pasaba por el cuello y la frente sudorosa, se interrumpió como si comprendiera que había pronunciado un gran disparate. El periodista aprovechó la pausa y le dijo que se habían encaramado en una bicicleta, y que la única solución para no caerse era seguir pedaleando. "Mire, Beno, esto es el primer paso para la revolución nacional. Ustedes han coincidido con ella", apuntó Falcón, y añadió de inmediato que la única solución, en su criterio, para lo que estaba ocurriendo era que hablaran con el Directorio y aceptaran su programa. Debían insertar su movimiento dentro de la revolución.

-Asuman como propio el Programa e instalen otro gobierno. Con eso y haciendo regresar a los oficiales bajo su control, es que podrán quedar con la sartén por el mango. -razonó.

Beno estaba confuso. Miraba el pañuelo arrugado con el que jugaba, pasándolo de una mano a otra, y esponjándolo.

-Otra cuestión por la que tienen que hacer lo que les digo, es que a los americanos hay que presentarles unos hechos bien zangandongos -agregó, después de largar otro bostezo que lo hizo

lagrimear-. Si no, al amanecer los tendrán metidos aquí.

-Pero eso es un paso muy difícil, muy peligroso -alegó Beno, con una expresión acoquinada en el rostro.

Falcón, como si ya se aburriese de andar elaborando tantas consideraciones, replicó:

-Lo más difícil y peligroso, posiblemente ya lo hicieron. Y siempre después de la cadena tiene que ir el perro.

-¿No quedan otras alternativas? -preguntó el sargento.

Recostado en la butaca de cuero, el ex expedicionario de Gibara sacudió la cabeza entrecana, en un gesto negativo, absoluto. No, no la había.

Beno quedó pensativo. Había un desasosiego muy profundo en su mirada. Súbitamente recordó algo.

-¿Cree usted que podamos meter nuestras demandas dentro del programa del Directorio? -interrogó.

Y el periodista soltó una carcajada.

-Beno, no sean infelices. Ustedes son los dueños de la vaca. Para qué se van a preocupar entonces por un jarro de leche, ¡Ustedes son ahora el poder! ¡Compréndalo! -afirmó.

Menos de veinte minutos después de su partida, los pilotos encargados de probar la posibilidad de levantar vuelo regresaron a la jefatura de la aviación! Habían confirmado la sospecha de Gómez Coll. Su gestión había sido inútil. Los soldados no les ofrecieron resistencia, pero cuando pidieron

las llaves de los Corsair estas no aparecieron. Trataron entonces, con el apoyo de unos mecánicos de confianza, de hacerles unos puentes a los encendidos. Mas, descubrieron enseguida que a los motores les habían retirado los magnetos. Y Duarte, irritado, resoplando, le dijo al jefe de la aviación que sólo quedaba un camino hasta que lograran una mejor posición: insistir una vez más con los sargentos para que entregaran sus demandas, e intentar un arreglo. "Mañana o pasado, otro gallo cantará", afirmó.

-Mi única preocupación es la intervención -le manifestó en ese momento el capitán Gómez Coll.

Duarte quedó callado, reflexionando. Después le contestó que si la situación no se resolvía de forma conveniente, comenzaba a pensar que, por el contrario, el desembarco de los marines podía constituir una solución. "Es posible", confirmó el jefe de la aviación, "porque para mí que esto es una revuelta comunista."

Basado en la posibilidad dudosa de lograr el avenimiento, Duarte salió rumbo a Columbia. Al entrar en la jefatura se sorprendió de ver allí civiles, y entre estos, a Horta, René Ortega, Tomás de Aquino, y enseguida a Fresnel. Mortificado, le preguntó al ex teniente si iba a aprovechar la revuelta para incorporarse al ejército. Fresnel le señaló que no era el ejército lo que le interesaba, sino la revolución. Aquella respuesta lo molestó más aún. Enseguida preguntó por Beno. Un sargento le explicó que estaba ocupado, pero que Felipe y Sirique se encontraban en la oficina. Entró allí sin pedir permiso. Felipe acababa de colgar violentamente el teléfono. Había recibido desde La Punta una llamada del marinero de la verruga grande bajo el labio. El cabo de mar le había expuesto con una voz permeada por el pánico, que después de haberse hecho cargo del Estado Mayor de la marina, fuerzas, al parecer del cuartel Máximo Gómez, estaban rodeando la fortaleza con evidentes intenciones de atacar. Y al inquirir Felipe con toda viveza si les había informado a los soldados que ya la fortaleza de La Punta estaba junto al movimiento recibió una respuesta negativa, pues el marinero le expresó torpemente que no habían parlamentado porque desconocían cuál era la postura del 1 de artillería. Felipe, sulfurado, lo increpó: "¡Usted es comemierda!", exclamó, "saque bandera blanca y envíeles un mensaje. Esa gente está con nosotros."

Cuando los sargentos y los demás alistados presentes vieron entrar al capitán, se cuadraron.

-¡A sus órdenes! -afirmó Sirique.

Felipe no abrió los labios.

-A mi orden de qué -refutó con desdén el capitán.

Felipe apretó los labios.

-Vengo una vez más por el puñetero papel, Felipe. Déjense de jueguitos. Si siguen con esto, van a llevar al país al desastre.

-¡Capitán, sabemos lo que estamos haciendo, ninguno de nosotros es ya un chamaquito!

-¡Sí! yo lo sé -le contestó Duarte con una cólera subyacente bajo un semblante irónico, y agregó:-
¡Ustedes lo que son es mierda!

Felipe, como tocado en un resorte íntimo y explosivo, saltó en el aire. Sus ojos desprendieron fuego y una saliva rabiosa envolvió su lengua.

-¡Lo mato, coño! ¡Lo mato! -gritó fuera de sí.

Sirique, con un reflejo inusitadamente veloz, se interpuso entre los dos.

-¡Tú no ves que no eres más que un lindoro de pacotilla! -decía Felipe con voz irreconocible.

-¡Y ustedes, oíganlo bien, todos no son más que lumpen puro! ¡Todos! -respondió Duarte.

Sirique y los demás militares tuvieron que hacer enormes esfuerzos para aguantar a los dos hombres.

Sirique le pedía al capitán que abandonara el local.

-Sí, ya me voy. Pero pobre país cuando quede en manos de ustedes -vaticinó el oficial, como en una reflexión singular y alucinada.

Con cada palabra de Duarte, Felipe trataba de zafarse inútilmente del agarre de los otros uniformados. Sirique le suplicaba al capitán que acabara de marcharse del local. Dijo:

-¡Capitán, puede abandonar con toda seguridad el puesto. Nosotros garantizamos su vida!

Entonces el oficial, mordiendo las palabras, replicó:

-Gracias, pero me la sé cuidar solo. A ustedes nada les creo, porque en el fondo una cuadrilla de bandoleros tiene más moral que ustedes.

Cuando Jorge Duarte Brier, atropellando a quienes encontró en su camino abandonó la jefatura y llegó a su auto, vio acercarse al capitán Felino Portuondo. Venía por la acera. No resistió la tentación de esperarlo.

-¿Y tú qué? ¿Te quedas aquí con esta banda de degenerados? - le espetó de improviso, al señalar con la cabeza hacia la jefatura.

-Un oficial no abandona a sus soldados, Duarte. Además, el reglamento dice que no se puede entregar el mando sin presentar el inventario -le respondió Felino Portuondo.

Y, Duarte, sonriendo, con una mezcla de desprecio e ira, cuando ya abría la portezuela del auto, le contestó:

-¡No, señor, tú te quedas porque eres negro!

Pasa de la medianoche, cuando los sargentos reunidos en la oficina del auditor de Columbia van de regreso a la del jefe del puesto, después de tomar una decisión inesperada que comunicarán ahora a los presentes en la jefatura. Hay como un agobio fundamental el paso de Beno y un hilo de sudor corre desde su frente. Graciliano, Cardoso, Felipe, Sirique y Ruiz Esteban, lo siguen.

Graciliano y Cardoso han regresado apresuradamente a la capital, después de cumplir la misión vital para el movimiento que, esa tarde, en la oficina de Felipe, habían acordado: asegurar irrevocablemente la retaguardia por sus extremos. Con este propósito formaron dos delegaciones. La primera, integrada por Graciliano y Cardoso, marcharía a Matanzas, (donde desde la visita anterior el primero tenía contactos). La segunda, compuesta por Lalo -liberado poco antes de su arresto en la aviación- y por el teniente Salcines, el oficial que desde esa mañana andaba vociferando en las barracas que se quitaba los grados y se quedaba de sargento, que debía dirigirse a Pinar del Río. Beno había propuesto a Salcines para la misión, basándose en que su rango evitaría dificultades en el Cuartel Rávena. Al referirse a él, tuvo que precisar que el oficial era ese que se las daba de "chulito".

La misión de Graciliano y Cardoso había marchado bien, muy bien, inobjetablemente bien. El jefe del regimiento cuatro, con quien emplearon la clave que les abría las puertas, la autorización del Estado Mayor para celebrar la asamblea, sin poner mayor reparo los dejó entrevistarse con los sargentos y, al salir de regreso, los mandos de Matanzas ya estaban depuestos. Para adelantar, como habían viajado en un auto que un teniente amigo de Graciliano les había prestado, dejaron atrás en la carretera el camión repleto de alistados que los acompañó. Era tanta la ansiedad por volver que, amarrando el hambre como pudieron, pasaron frente al Congo, en Catalina, sin siquiera mirar hacia allí para evitar la tentación de bajar a comerse unas butifarras. De la otra delegación, aún no se habían recibido noticias.

Ahora, la oficina en que los militares se hallan está repleta de estudiantes y civiles.

-¡Señores! En nombre de la junta queremos hacer un anuncio -dice Beno, enronquecido, de pie, desde atrás del escritorio-. La junta ha decidido asumir como propio el Programa del Directorio, y que este sea implantado.

Y en aquella habitación, de pronto, se produce una explosión salvaje, como si el aire denso del local estallara. Los abrazos, los saltos y un júbilo intenso, casi demente, sigue a la noticia. Los miembros del Directorio, unos a otros, se felicitan. "¡Esta sí es una revolución auténtica!", exclama Horta. Todo ha sido como un regalo inesperado puesto a los pies de la organización. Incluso, los miembros del Directorio a los que Falcón y Beno habían llamado previamente a la oficina del auditor para comunicarles la decisión de los militares, se ven emocionados nuevamente. Por eso, al escuchar lo anunciado por el sargento, Oscar abraza a Cándido y enseguida se vuelve a Jabalina. Mientras lo sujeta por los brazos, exclama:

-¡Las revoluciones son como el viento, imprevisibles, viejito!

Jabalina sonrío cautamente. Sí, parece valorar que en todo lo sucedido hay algo fascinante, sorprendente, milagroso, como ese hecho mágico que los cubanos siempre aguardan, de que cuando el horizonte se vuelve más oscuro para bienandanza de todos llegará una fuerza de origen oculto que solucionará de golpe los problemas y que lo mismo puede ser sacarse la lotería o una subida del azúcar. Jabalina solía decir que los cubanos repelían, como mecanismo de solución de sus asuntos, la voluntad cotidiana, el esfuerzo tenaz o la acción racional, para dejarse animar siempre por un talante enemigo de toda identificación con el trabajo silente del aire o el agua, que aunque blandos conseguían pulverizar la roca. "Somos teleológicos", razonaba. "Siempre pensamos que al final el Ser Absoluto se reconocerá a sí mismo súbitamente (nunca en forma evolutiva, por supuesto) y desde entonces imperará una gozadera a la cubana, en un mundo donde el Espíritu Absoluto, sin dudas, será cubano y que tampoco se apurará ni prever nada hasta que el agua le esté llegando al cuello. Nada, que nuestro pensamiento racional es una liga de Hegel con mito yoruba, una mezcla de pasajes de la *Filosofía del Espíritu* con toques de tambor selvático".

Oscar observa el chisporroteo en los ojos del estudiante. Pero es Buenaventura, quien en medio del alboroto, le responde.

-La insubordinación parecía el primer paso de una revolución verdadera. Pero los sargentos se han equivocado al aceptar el Programa. Eso significará una cura de mercurocromo -expresa.

Oscar, aún en medio de las voces, junto con una sonrisa sarcástica, le dice. "¿Es que tú crees que una revolución es un mango que madura solo?" Jabalina no lo contradice, sino que revelando un pensamiento muy íntimo asevera: "A pesar de todo, por alguna parte percibo un aroma a Octubre, a bolchevique." Por su parte, Buenaventura Cardet continúa su disidencia. "Por ahora, esto no pasa de ser un menchevicazo", responde, y agrega que ellos ya nada tienen que hacer allí.

La puerta del despacho está ahora abierta de par en par. Los presentes en la habitación aledaña, para no perderse nada de lo que ocurre, se acumulan en el vano. Todavía persiste la algarabía cuando Felo Moreno -al que Horta finalmente pudo sacar de la cama-, risueño, excitado aún, le apunta algo al sargento taquígrafo, y enseguida pide que el ex teniente Fresnel entre. "Es necesario hacerse cargo de las estaciones de policía", manifiesta, mientras espera a que el oficial atraviese el apiñamiento de la puerta. Graciliano, como si comprendiese el propósito de Felo, le propone al jefe del ABC Radical que comience a ocuparlas con su gente. Felo lo interrumpe. "Creo que el teniente Fresnel debe ser designado jefe de la policía", expone. Beno asiente, y entonces le pregunta al caudillo de Gibara si acepta el cargo. Este responde afirmativamente y, después, acompañado por Escopeta y otros estudiantes, sale a cumplir la misión.

Entretanto, espumante, Horta ya ha propuesto redactar un manifiesto para dar a conocer los sucesos a la nación. "Que lo redacte Falcón", plantea. Y cuando todos quedan de acuerdo, se marchan detrás del periodista rumbo a otra oficina.

Los sargentos quedan solos unos minutos. Beno vuelve al teléfono, para continuar haciendo llamadas. Graciliano sigue explicándoles a algunos de sus compañeros los sucesos de Matanzas. Y, a un lado, Ruiz Esteban, que parece inquieto, les dice a Sirique y a Aspiazu que debieran llamar al

cuartel Rávena, para saber qué ha sucedido con la misión de Lalo y el "tenientico Salcines".

En eso, la puerta se abre nuevamente y de improviso aparece Nicolás Fernández Báez, seguido por otros hombres. Trae auestas su aire de catedrático y su mechón, negro y rizado, totalmente alborotado sobre la frente. Beno, de pie, con la caña del teléfono en una mano y el auricular en la otra, se vuelve de espaldas como si rehuyera su presencia y continúa hablando. Es Graciliano quien se le encara. El secretario de Hacienda pide que le expliquen lo sucedido. Y cuando el jefe de la organización celular insinúa que estarían dispuestos a unirse a la revolución, Graciliano le responde que la junta de Columbia no quiere tratos con el ABC. "Ya hemos adoptado el Programa del Directorio", concluye. Molesto, Nicolás Fernández Báez, a la vez que hace retrepar con el dedo los espejuelos sobre su nariz, murmura lo suficientemente alto como para ser escuchado "Pues ya tendrán que contar con nosotros." Después, cuando el primer jerarca del ABC se marcha, en aquella habitación queda flotando un ambiente de amenaza y malos presagios.

-Deberíamos haber propuesto a Fresnel para jefe del Estado Mayor reparó Oscar, cuando ya los puntuales gallos de Marianao cantaban, ante los siete u ocho hombres reunidos en aquella oficina de la jefatura del campamento de Columbia.

Al escucharlo, Felo Moreno sacudió la cabeza en un gesto de rechazo, Horta quedó pensativo, Tomas de Aquino, desde atrás de sus espejuelos de armadura dorada, lo miró dudoso, Angel se revolvió en la silla que ocupaba, el doctor Vega chupó su cigarro, habitualmente mojado de saliva, y botó el humo sin absorberlo, y René Ortega no hizo ningún gesto. Sólo Juvenal asintió.

Los estudiantes, desde momentos antes encerrados en la habitación, habían decidido convocar para media hora después una reunión del Directorio. En ella se decidiría quiénes serían los cinco miembros de la presidencia colegiada que el programa estudiantil propugnaba, y que a partir de su constitución iba a sustituir el gobierno. En este momento habían establecido que el doctor Vega sería

uno de sus integrantes. También, que entre los cinco estuviera Enrique Falcón. Acordaron, además, que a la conjunción se agregara el profesor de Fisiología de la Universidad, aquel que parecía salido de un cuadro de El Greco, que había pronunciado uno de los discursos en las honras fúnebres de Margolles. Lo propuso Horta, que siempre se refería a él como "el Doctor". La amistad de ambos databa de los tiempos del penal, donde el médico había estado encerrado hasta su salida para el exilio. Las conversaciones de colombina a colombina, era el nudo que los ataba. Como no estaba allí. Horta apremió a Angel y a René Ortega, para que tan pronto concluyeran se ocuparan de traerlo al campamento. Juvenal, interrumpiendo el curso de la discusión, dijo que le parecía necesario meter de alguna forma en el asunto a los comunistas. "Es una cuestión estratégica", argumentó. "Si no, va a haber muchos líos." Felo y Horta, que incluso ignoraban lo dicho por Beno, saltaron de inmediato y tacharon la propuesta de locura. Eso significaría, con toda seguridad, la intervención americana y el rechazo del nuevo gobierno por los de América Latina. "¡Trujillo nos declararía la guerra!", exclamó Felo, zarandeándolo por un brazo. Y Oscar, volviéndose a Juvenal, con una mueca en el rostro, le apuntó:

-Déjalos, no pierdas tu tiempo. Los sargentos tampoco quieren.

Y en estos instantes, luego de reflexionar sobre lo apuntado por Oscar de que debían haber propuesto a Fresnel para el Estado Mayor, Felo rió nerviosamente, y dijo: "Oscar, tú estás boloña", y alegó que los sargentos no tragarían eso, porque ellos eran los que habían dado el golpe -fue la primera vez que la revuelta se calificaba así-. Consiguientemente, exigirían, hasta que decidieran la forma en que iban a entregar de nuevo los mandos a los oficiales, que uno de los miembros de la junta fuera quien permaneciese al frente del ejército. "Seguramente, antes de soltar nada, querrán estar garantizados y con los hierros bajo su control", conjeturó finalmente Felo. Oscar contraargumentó. La revolución no era propiedad de los sargentos. Si habían aceptado el programa tenían que quedar subordinados a lo que dispusiese la Comisión Ejecutiva, el gobierno de los cinco, es decir, el poder civil. Pero Horta replicó: "Sí ,pero es que a ese poder lo han traído ellos con la punta de sus springfield."

-Propongo entonces otra cosa -porfió Oscar-, integrar a Beno a la pentarquía. Así los sargentos

quedarán atados a las decisiones del gobierno.

El doctor Vega asintió. Dijo que le parecía una buena idea y que de esa forma habría menos peligro para el poder civil. Felo expuso que para que prevaleciera la civilidad de la revolución estimaba preferible que no hubiera militares en el gobierno. Mas, Vega y Juvenal reiteraron lo conveniente del punto de vista de Oscar. Y, Felo, luego de mirar al resto, y comprendiendo que no tendría apoyo, convino en que si ese era el criterio de la mayoría le fueran a preguntar al sargento si aceptaba. Por eso Horta y Tomás de Aquino se levantaron y salieron en busca de Beno.

En tanto esperaban la respuesta los demás consideraron una proposición de Horta, de que el quinto miembro de la comisión fuera el titular de Derecho Penal de la Universidad. "Es un hombre honrado", enjuició. Oscar, inconforme, señaló que para lo que se necesitaba, ese hombre le parecía demasiado añejo. "Demasiado decimonónico", afirmó. Sin embargo, Felo insistió y les recordó que había sufrido cárcel y exilio y Oscar, para equilibrar quizás su triunfo anterior, calló.

Pronto regresaron los misioneros. En la expresión de su rostro venía la respuesta: Beno no aceptaba.

-No, no traga. Dice que es mucho honor, pero que su papel está aquí, junto al soldado -expuso Horta.

-Entonces habrá que buscar el quinto miembro, subrayó el doctor Vega.

Iban a proseguir en la elección en el momento en que entró Enrique Falcón. Traía un papel en la mano. Detrás de él venían Asia, Regino, el Marinero, Quevedo, el doctor Roca y el jefe del ABC Radical. "¡Aquí está!", anunció el periodista mientras enarbolaba la proclama, la que a continuación, de pie, con inflexiones casi solemnes, comenzó a leer.

PROCLAMA DE LA AGRUPACION REVOLUCIONARIA DE CUBA

4 DE SEPTIEMBRE DE 1933

PROCLAMA AL PUEBLO DE CUBA

-98-

cuba literaria

La Agrupación Revolucionaria de Cuba, integrada por alistados del Ejército y la Marina y por civiles pertenecientes a distintos sectores encabezados por el Directorio Estudiantil Universitario, declara:

Primero: Que se ha constituido para impulsar, de manera integral, las reivindicaciones revolucionarias por las cuales lucha y seguirá luchando la gran mayoría del pueblo cubano, dentro de amplias líneas de moderna democracia y sobre principios puros de Soberanía Nacional.

Segundo: Estas reivindicaciones, de manera sucinta, son las siguientes:

1.-Reconstrucción económica de la nación y organización política a base de una próxima Asamblea Constituyente.

2.-Depuración inmediata y sanción total de los delincuentes de la situación anterior, tanto de la civilidad como del Ejército, sin las cuales es imposible el restablecimiento del verdadero orden y de la auténtica justicia, salvaguardando la vida y la propiedad de los nacionales y extranjeros.

3.-Respeto estricto de las deudas y compromisos contraídos por la República.

4.-Formación inmediata de tribunales adecuados para exigir las responsabilidades mencionadas.

5.-Reorganización dentro del menor plazo posible, de todos los servicios y actividades nacionales, procurando un rápido retorno a la normalidad.

6.-Tomar, en fin, todas las medidas aún no previstas en este documento, para iniciar la marcha hacia la creación de una nueva Cuba, asentada sobre las bases inconvencibles del derecho y del más moderno concepto de la Democracia.

Tercero: Por considerar que el actual gobierno no responde a la demanda urgente de la

Revolución, no obstante la buena fe y el patriotismo de sus componentes, la "Agrupación Revolucionaria de Cuba" se hace cargo de las riendas del Poder como Gobierno Provisional Revolucionario que resignará el mandato sagrado que le confiere el Pueblo, tan pronto la Asamblea Constituyente que se ha de convocar, designe el Gobierno Constitucional que regirá nuestros destinos hasta las primeras elecciones generales.

Este gobierno Provisional dictará Decretos y disposiciones que tendrán fuerzas de Ley.

Ante el Pueblo de Cuba y con el indudable beneplácito del Pueblo de Cuba, al que saludamos en nombre de la Libertad y de la Justicia, este nuevo gobierno irá adelante garantizando plenamente la estabilidad de la República y se desenvolverá dentro de los tratados, confiando en que Cuba sea respetada como una nueva patria soberana que surge plena de vigor a la gran vida internacional.

CAMPAMENTO DE COLUMBIA, a 4 de septiembre de 1933

-¡Está muy bien! -afirmó Horta primero que todos, cuando Falcón concluyó. Felo y los demás, sonrientes, opinaron lo mismo. Oscar asintió también, aunque enseguida dijo que le gustaría leerla por sí mismo, porque "no leía bien de oído". No obstante, afirmó que en su criterio le faltaba algo y le sobraba algo. Horta pidió que expusiera sus reparos.

-¿Cómo vamos a decir que el gobierno actuará dentro de los tratados y a la vez afirmar que la revolución actuará sobre principios puros de soberanía nacional? -señaló-. Lo primero significaría que seguiremos acatando el Tratado Permanente, es decir, que aceptamos el grillete. ¿Dónde está entonces la soberanía? Por el contrario creo que debemos anunciar con toda claridad que desde ahora ha muerto la Enmienda Platt y el Tratado Permanente está oxidado. Además, ¿por qué proclamar el reconocimiento de las deudas de la tiranía, cuando lo primero será pagarle a todos los que se están muriendo de hambre?

Falcón le respondió. Dijo que el tratado Permanente no era el único firmado por el país. Pero que, de todas formas, el término utilizado en relación con los tratados era que la actuación se desenvolvería

"entre estos", y no que se reconocerían, y por si quedaban dudas a continuación se hablaba de la confianza en el respeto a la soberanía de Cuba. Para buenos entendedores, entre líneas todo quedaba bien detallado. En cuanto a lo de las deudas, le aseguró que no era táctico anunciar que el gobierno decretaría la moratoria. No se podían echar en contra a la banca norteamericana.

-¿Entonces, se va a declarar la moratoria del hambre? -preguntó Oscar, irónicamente.

Como casi todos consideraron suficientes las explicaciones de Falcón, Oscar quedó solo, sin otro apoyo que el de Juvenal, que amagó con salir en defensa de su opinión, pero finalmente calló también.

Falcón, mirando galantemente a Asia, afirmó luego:

-La firmaremos sólo los hombres que estamos aquí, responsabilizándonos con los hechos.

Mientras, Oscar, había mirado al tío de Asia, para preguntarse si un documento que llevara su firma podía ser de verdad revolucionario.

-¿Y por el ejército quién firmará? -interrogó Juvenal.

Falcón no titubeó al responder:

-Por supuesto, Beno, como jefe de todas las fuerzas armadas revolucionarias del país.